



HQN™

ERIKA
FIORUCCI

*Antes
de
caer*

ERIKA
FIORUCCI

*Antes
de
caer*

Índice

ANTES DE CAER

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Agradecimientos

Sinopsis

Sanela Darby siempre ha sido considerada "una chica con suerte": adoptada por millonarios, heredera de una corporación, directora ejecutiva antes de los treinta y con un novio perfecto por más de una década. Sin embargo, una figura de su pasado aparecerá en su fiesta de compromiso para recordarle un secreto que se ha esforzado en olvidar, pero que sin darse cuenta ha moldeado cada paso de su vida.

Tal vez sea el momento de soltar el peso que lleva en su conciencia, de dejar de desafiar la gravedad y caer, probando por primera vez qué se siente al estrellarse contra el pavimento sin red de seguridad.

Es una novela sobre los recuerdos que nos atormentan y moldean quienes somos, sobre el primer amor que a la distancia siempre parece mejor de lo que fue, sobre las máscaras que usamos durante tanto tiempo que terminan convirtiéndose en nuestro verdadero rostro.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Erika Fiorucci

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Antes de caer, n.º 217 - febrero 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1307-537-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Ahora

—Buenos días, señorita Darby.

Mi asistente, Lisa, me esperaba de pie a la puerta de la oficina con una mirada expectante y un poco aprehensiva. No era una alerta que indicara algún tipo de problema, era su forma tradicional de recibirme.

—Aquí están las fotografías de la nueva colección de joyas, las trajeron muy temprano y esperan por su aprobación para el catálogo y la publicidad —prosiguió, entregándome el libro—. En su correo electrónico está la lista de las modelos seleccionadas para la sesión de fotos de la colección de otoño, y del departamento legal pidieron una cita para que revise algunos contratos pendientes.

—Buenos días, Lisa —dije con una sonrisa que ella devolvió de forma tímida antes de apresurarse a abrir las puertas dobles del despacho.

—Déjeme saber si quiere que mande a buscar por su desayuno —ofreció parada en el umbral—, o si desea café u otra cosa.

Me limité a enseñarle el vaso de Starbucks que había comprado al final de la calle, justo antes de entrar al edificio. No valía la pena recordarle, por enésima vez, que solo en muy contadas ocasiones llegaba a la oficina sin desayunar, por aquello de que en casa había menos tentaciones en forma de esos *muffins* con lluvia de chocolate o de pastelillos llenos de crema con tendencia a cruzarse en mi camino cuando tenía hambre.

—¿Quiere que tome su bolso? ¿Su chaqueta? —insistió

acompañándome al interior.

—No, gracias, yo puedo hacerlo. —Dejé el café sobre el escritorio, el bolso sobre una silla y procedí a sacarme la chaqueta; todo mientras en mi mente hacía los ajustes necesarios para acomodar las tareas pendientes típicas de un viernes y cualquier otro imprevisto que pudiese presentarse a lo largo del día—. Hazle un hueco a la gente de legal en mi agenda, no más de cuarenta y cinco minutos, eso bastará. Cancela mi reservación para almorzar en Scampi, ya no voy a necesitarla, y recuérdale a la oficina de talentos que no tomen ninguna decisión sobre las modelos hasta que yo las vea. No quiero chicas anoréxicas pretendiendo ser felices en nuestros vestidos. Diles que no me bastan fotos, quiero vídeos, nada de caminatas robóticas o estampando los pies, quiero que se vean naturales.

—Inmediatamente, señorita Darby.

—Gracias, Lisa.

Apurada, como si de sus gestiones dependiera el fin del calentamiento global, Lisa salió de la oficina cerrando la puerta tras ella.

Lamentaba decepcionarla. Cada día, durante el mes y medio que Lisa había trabajado para mí, mi pobre asistente esperaba que me convirtiera en un diablo que viste de Prada, y no sabía cómo explicarle que no todas las mujeres con altas posiciones en el mundo de la moda eran una copia al carbón de Miranda Priestly.

A pesar de ser la directora ejecutiva de la casa de modas con mi apellido, de tener un asiento reservado en las semanas de la moda de Nueva York, París y Milán; a Michael Kors y a Carolina Herrera en mi agenda personal y asistir, sin perderme una, a las fiestas corporativas de Vogue; compraba mi propio café todas las mañanas, no tenía chófer porque consideraba que la mejor manera de moverme en Nueva York era el subterráneo y si dependiera de mí, vendría a trabajar en zapatillas y vaqueros. El glamour nunca había sido lo mío.

La compañía era realmente el «bebé» de mi tía Ally y me preparó desde que fui una adolescente para que me ocupara de todos esos asuntos corporativos que le daban fastidio. Con el pasar de los años, y un crecimiento que nunca anticipó, más cosas del manejo de la

compañía la aburrieron, y ahora viajaba por el mundo casi todo el tiempo, dedicándose, mayormente, a ser una especie de «embajadora» de la marca que construyó desde cero como una salida a su aburrida vida de esposa trofeo.

No odiaba mi trabajo. Sin embargo, lo trataba como lo que era: un negocio, una compañía que debía dar dividendos, una marca que por fuerza debía mantener estándares de calidad, así como su sello personal, para poder perdurar en el tiempo.

Claro, que al trabajar en un mundo en el que la imagen lo era todo, estaba prácticamente obligada a vestir bien, arreglar mi cabello de una forma determinada y a hacer dieta, entre otras cosillas incómodas. Era un precio pequeño por heredar un imperio enorme que otros habían construido y del cual disfruté los beneficios la mayor parte de mi vida sin pagar ninguna contraprestación, por sentarme como reina designada de una corporación multinacional con apenas veintiséis años sin haber tenido que «subir la escalera» por el solo hecho de ser una Darby, aunque fuese una solo de papel.

Era una privilegiada y no me permitiría olvidarlo. Eso me convertía en una jefa seria, exigente, organizada, dispuesta a probar, en cada paso del camino, que tenía lo necesario para ocupar la oficina principal.

Antes de dirigirme a mi escritorio, me paré frente a las ventanas enormes desde las que podía ver el tráfico de Manhattan, como una pequeña colonia de hormigas perfectamente organizada.

Sonreí con satisfacción recordando que hacía muchos años alguien me había dicho que esta ciudad desayunaba chicas como yo.

«¡Mírame ahora!», pensé mientras mi sonrisa se ensanchaba cada vez más. Cuando me di cuenta del lugar hacia donde se dirigían mis pensamientos, un horror parecido al pánico me asaltó.

¿De dónde rayos había venido ese recuerdo?

—¡Feliz cumpleaños, jefecita!

El director creativo de Darby, Quincy Stanford, entró a mi oficina sin anunciarse ni llamar a la puerta, deslizándose como una brisa de verano (no estaba segura de si alguna vez lo había visto caminar como cualquier persona normal) y recordándome con sus palabras

que hoy debería ser una fecha especial, desterrando de un porrazo aquel pensamiento intrusivo e inadecuado.

Como demandaba su cargo, estaba impecablemente vestido con una combinación de colores poco ortodoxa, pero *trendy*, y el cabello peinado a la última moda. Aunque ya no podía ser llamado por nadie un hombre joven, Quincy poseía cierta elegancia intrínseca gracias a la cual su vestuario llamativo no lo hacía parecer excéntrico, sino que marcaba tendencia.

Por eso le pagaba la cantidad que le pagaba. Era él el encargado de suplir lo que a mí me faltaba, más desde que mi tía prácticamente se había retirado.

Quincy se inclinó para darme un par de besos en las mejillas y, en el proceso, dejar sobre mi escritorio un pastelillo cubierto por una gruesa capa de chocolate para luego limpiarse los dedos con una toallita húmeda que apareció de la nada desde el interior de uno de sus bolsillos.

—¿No te provoca? —le pregunté sarcástica.

—Ni muerto me conseguirían comiéndome esa cantidad calorías —dijo dejándose caer en una de las sillas y mirando el pastelillo con desdén—, y tú tampoco deberías envenenar tu cuerpo con ellas. Me haré de la vista gorda, y sí, estoy haciendo un juego de palabras, debido a la fecha tan especial.

—Gracias —le dije haciéndole un guiño y antes de dar una mordida al pastelillo, miré a ambos lados como una chiquilla a punto de hacer una travesura.

En lo que mis dientes se cerraron sobre la delicia azucarada, Quincy cerró los ojos como si me estuviese comiendo una rata cruda y no tuviera la fuerza de estómago para atestiguarlo.

—¿La señora Darby-Mountagh, inspiración para todos nosotros y líder espiritual de esta compañía, nos honrará hoy con su presencia? —preguntó mientras el chocolate todavía se disolvía en mi boca.

—Ally está en Indonesia —respondí, todavía saboreando el chocolate.

—¿Qué demonios hace allá? —preguntó con una mueca de horror.

—¿Probando comidas exóticas? ¿Surfeando en Kuta? ¿Quién sabe?

—Me encogí de hombros mientras terminaba de dar cuenta del dulce —. De todas formas, es mejor así.

—¿Es mejor que tu tía, la única familia que tienes, se salte tu tradicional almuerzo de cumpleaños? ¡Hiciste esa reservación en Scampi hace meses!

—Es mejor que no venga ahora cuando la nueva colección de joyería y accesorios está prácticamente lista y, conociéndola, tendría unas cuantas ideas locas sobre cualquier cosa que, sin duda, lanzaría al descuido a última hora, lo que nos obligaría a hacer cambios y, en consecuencia, a perder un montón de dinero y retrasar el lanzamiento. Dividendos, Quincy, dividendos.

—Eres toda una sentimental —dijo arrugando la boca—. De todas formas, no puedo creer que tu tía no venga para tu cumpleaños.

—Nunca le he prestado mucha atención a la fecha —dije convencida—. No es importante. En este negocio a nadie le gusta envejecer y, a fin de cuentas, no es mi verdadero cumpleaños.

—Lo ha sido por más de veinte años, es el que figura en tu certificado de nacimiento y tus padres siempre, siempre, se encargaban de que fuera un día especial. No puedo creer que Allison...

—Ally tampoco es mi tía —dije levantando una ceja tratando de dar por terminada la conversación.

Quincy abrió la boca para decir algo, pero un par de golpes en la puerta precedieron a Lisa, quien entró cargando un enorme ramo de margaritas frescas.

—Acaba de llegar este ramo para usted, señorita Darby —anunció asomando la cabeza por un lado del enorme arreglo floral—. ¿Dónde quiere que lo ponga?

—Aquí, en mi escritorio.

Quitó de en medio unos cuantos papeles para hacerle un espacio justo donde lo quería: a mi izquierda y un poco hacia adelante, para poder verlo durante todo el día, para que me hiciera sonreír con su simplicidad en medio de tanto glamour artificial.

Nunca lo reconocería en voz alta, pero, aunque no me importaba la fecha, daba cierto calorcillo delicioso que alguien la recordara.

—Los del departamento legal vendrán a las once de la mañana — explicó Lisa tras dejar el ramo sobre el escritorio—, y ya cancelé la reservación para almorzar. En la oficina de talentos esperan su respuesta sobre los modelos.

La miré levantando una ceja. Había trabajado mucho para perfeccionar el movimiento.

—Dile a la oficina de talentos que tendrá mi respuesta cuando yo esté lista, no les conviene presionarme —dije en voz baja, aparentemente tranquila—. Por favor, haz arreglos de una vez para que me envíen algo de almorzar aquí a mi oficina. Aparentemente será un día largo y no quiero terminar muy tarde.

—¿Alguna preferencia?

—Cualquier cosa estará bien.

—No cualquier cosa —intervino Quincy dirigiéndose a Lisa—. Ni se te ocurra ordenar una ensalada o un plato de salmón. Pide algo grasoso, algo que nunca haya ensuciado este templo dedicado a la talla 0, como una pizza o una hamburguesa, Dios nos perdone a todos. —Teatralmente juntó sus manos como si estuviera rezando—. Eso sí —continuó cuando su breve momento de introspección religiosa pasó—, todo debe venir acompañado con una Coca-Cola de esas que tienen azúcar. ¿Todavía existen de esas en el mercado?

—Creo que sí, señor Stanford —respondió Lisa.

—Bien. Hoy es un día especial para nuestra querida Sanela, así que podemos permitirnos algunas indulgencias.

Lisa me miró dudosa, como si Quincy acabara de pedirle que cometiera un robo a mano armada, exhumara un cadáver o usara sandalias con medias. Estuve a punto de decirle que lo olvidara todo, que ordenara algo a base de espinacas o lechuga solo para hacerla sentir mejor; pero era mi cumpleaños y si quería «ensuciar», tal y como había dicho Quincy, las oficinas de un imperio de la moda con comida basura de alto contenido calórico con una perfecta justificación, no habría nunca mejor ocasión, más cuando mi tía estaba al otro lado del mundo.

—Y si viene acompañado con patatas fritas, mucho mejor —dije finalmente con una sonrisa.

—Sí, señorita Darby —respondió Lisa y salió de la oficina apurada, probablemente para hacer una investigación exhaustiva sobre la existencia mítica de alguna subespecie llamada «comida basura gourmet de bajas calorías».

No se había terminado de cerrar la puerta cuando Quincy y yo estallamos en carcajadas.

—Eres malvado —le dije.

—No, tú lo eres. Esa chica, con toda seguridad, no se ha comido una patata frita desde que tenía doce años.

—Por favor.

—Tienes que ver la cara de cada una de nuestras empleadas cada vez que anuncio que vamos a hacer espacio en el armario de las muestras.

—A todo el mundo le gusta la ropa gratis.

—Sí, pero esa ropa es la usada por las modelos en desfiles y sesiones de fotos, lo que implica que es talla dos o cuatro. Si quieren algo de alta costura gratis, deben matarse de hambre.

—Es por eso que nuestras próximas modelos serán talla seis. Es mi guerra actual con la oficina de talentos.

—Siempre he sabido que, detrás de ese frío corazón, eres buena persona.

—Con una campaña de promoción adecuada sobre el tema de las tallas, nuestra nueva colección estará en los titulares.

—Retiro lo dicho sobre tu corazón de hielo.

Comencé a poner los ojos en blanco, pero el gesto no concluyó porque mi mirada se topó nuevamente con el ramo de margaritas sobre mi escritorio.

—Imagino por tu expresión bobalicona que las flores son del doctor Clermont —dijo Quincy con una sonrisita.

—Imaginas bien.

—Un hombre llamado Augusten Clermont debería tener un gusto más refinado en cuanto a flores, y sin embargo... —Negó con la cabeza y suspiró—. Envía margaritas, y no es porque le falten fondos. Definitivamente, tu novio tiene en flores el mismo gusto que tú tienes en comida.

—Son mis flores favoritas —dije presumida—. Agustén me conoce bien.

—Más le vale. Son novios desde siempre. —Volvió a negar con la cabeza—. Todavía no concibo la existencia en este siglo de una mujer que permanezca por años con su primer y único novio, sobre todo alguien de tu posición rodeada de los más bellos, famosos y ricos.

—¿Qué te puedo decir? —Me encogí de hombros—. Todo me salió bien en el primer intento.

Y aunque estaba convencida de mis palabras, una sensación extraña se apoderó de mi estómago, la misma que me asaltaba cuando de niña les decía a mis padres que tenía muchos amigos en la escuela o que me había comido todo el almuerzo.

—Agustén y yo tenemos los mismos gustos, los mismos intereses, nos entendemos. Siempre ha sido así —insistí como si necesitara justificarme—. Ambos estamos comprometidos con el trabajo que realizamos, nos gusta llevar una vida tranquila, ver películas de superhéroes, comer comida basura, quedarnos en casa los viernes por la noche...

—¿Estás segura de que es lo que les gusta a ambos o solo lo que le gusta a él?

—No empieces, Quincy.

—¿Dónde queda el misterio? ¿La aventura? ¿El drama? —insistió desafiante—. ¿Dónde dejas el glamour de un amor atormentado? ¿De esos imposibles que desafían las adversidades? Imagino que Agustén nunca te ha hecho sufrir, llorar, esperar sentada al lado del teléfono.

Nuevamente la maldita sensación en el estómago.

Tal vez simplemente tenía hambre.

—Dirijo una compañía de modas que cotiza en Wall Street y tiene dos páginas mensuales aseguradas en Vogue. Mi existencia está rodeada de temperamentales modelos, misteriosos diseñadores y aventureros fotógrafos, eso sin mencionar las apariciones intempestivas de Ally y los chismes de pasillo que dicen que no tengo lo que se necesita para dirigir esta compañía. Te aseguro que tengo todo el drama que puedo soportar.

—Primero que nada, nadie dice eso, y segundo, tienes que admitir que Agusten y tú parecéis una pareja de sesenta años lista para mudarse a Florida y asistir a tardes de Bingo. Ambos son jóvenes, exitosos y viven en Nueva York. Un poco de brillo tormentoso no les vendría nada mal.

—¿Qué tienes en contra del amor tranquilo? —me quejé—. Amo a Agusten y él me ama a mí. Es así de simple. ¿Qué más puedo buscar por ahí? ¿Cuántas personas tienen la dicha de encontrar a ese alguien perfecto al primer intento? ¿A ese ser que encaja contigo en cada sentido, en cada situación? Esa fantasía del chico malo, de los hombres misteriosos, oscuros y maltratados, nunca funciona en la vida real.

Quincy me miraba ligeramente asombrado. No era típico de mí entrar en una tirada de explicaciones sobre mi vida privada, y mucho menos ser tan vehemente, pero las palabras se me habían escapado. Tal vez era la fecha, la llegada inexorable del verano.

—Dicen por ahí que toda chica necesita que le rompan el corazón alguna vez para saber apreciar lo bueno.

—No tengo ninguna tendencia masoquista y no necesito un corazón roto para apreciar a Agusten por todo lo que es.

—Pero ¿cómo sabes que eso es amor tranquilo, como tú lo llamas, y no simple camaradería si nunca has experimentado otra cosa?

—No hacen falta comparaciones ni tampoco es necesario hacer una cata de hombres porque no son vinos...

—Algunos pueden ser tan deliciosos como un buen Merlot —me dijo con un guiño.

«Y otros se te suben a la cabeza como una botella de Patrón haciéndote olvidar hasta tu nombre».

Suspiré frustrada.

—Si te preocupa tanto la falta de drama en mi vida sentimental, te confesaré que Agusten me engañó una vez. Durante su segundo año en Harvard, cuando yo todavía iba al instituto, se fue de *spring break* a Florida y, bueno, hizo lo que todo estudiante hace en unas vacaciones en la playa con sus amigos. Me lo confesó a su vuelta y lo resolvimos. ¿Feliz?

—Cariño, hasta tu drama es libre de drama.

—Tengo una buena vida que me fue regalada, un trabajo que me encanta por el que no tuve que luchar, un coche que no uso y que pagó la compañía, y un buen novio. Soy una chica con suerte.

Capítulo 2

Antes

«Una chica con suerte».

Eso es lo que las personas suelen decir de mí, lo que piensan cuando escuchan mi historia. Hay días en los que el sol brilla en medio de un cielo azul sin nubes, donde el aire huele a mar y el verano se presenta como una promesa, una nueva oportunidad. En días así, yo también lo creía.

Mi historia hasta los siete años prácticamente no existió: una huérfana, como tantos otros miles, abandonada en un orfanato en Sarajevo al inicio de la guerra de los Balcanes, sin familia, sin pasado, sin historia ni contexto. Si me esfuerzo mucho puedo recordar esos días y, tras lo que aprendí con el paso de los años y la madurez que me impulsó a buscar más información, puedo decir que la institución era buena. Desvencijada, con poca comida y demasiados niños, pero sin el maltrato que tanto han denunciado los organismos internacionales.

Fui adoptada por una pareja de adinerados norteamericanos retirados que hacía trabajo voluntario para la ONU y mi vida cambió. Durante los ocho años siguientes mis horizontes se ampliaron y conocí el amor de una familia. Los Darby me llevaron a vivir a Suiza, donde se habían radicado para pasar sus años dorados y, si antes todo había sido gris y viejo, mi vida se llenó de colores y cosas nuevas.

«Una chica con suerte».

Definitivamente, aunque también, en esos años, tímida y un poco

asustadiza; insegura. No fue fácil pasar de tener nada a tener todo, de no tener ningún contacto social a aprender a relacionarme; de no hablar con nadie a estudiar diferentes idiomas, de no tener expectativas de nada a tener los ojos de una familia entera que había apostado por mí, fijos en mi comportamiento y en mi adaptación.

Ocho años después de mi rescate, cuando creí que le había agarrado el paso, cuando ya no temía que cada mañana al despertar me anunciaran que no llenaba los requisitos y que sería enviada de vuelta, mis padres murieron: George de un ataque cardíaco y Martha lo siguió un mes más tarde aquejada por la tristeza. Supongo que, a pesar de mis esfuerzos, no fui suficientemente buena para que, al menos mi mamá, decidiera seguir viviendo por mí. Tampoco lo esperaba cuando la de verdad, la que me trajo al mundo, me dejó en una puerta en medio de la noche.

Allison, la hija biológica de George y Martha, técnicamente mi hermana y legalmente mi tutora, me rescató de ese nuevo abandono. Esperó que terminara el semestre en Suiza y me llevó a vivir con ella: una nueva mudanza, una nueva familia, un nuevo país, una nueva forma de vida, diferente a la tranquilidad que había disfrutado en Europa con el amor de un par de sexagenarios retirados.

—Sanela, cariño, el desayuno está listo —me llamó la tía Ally desde la cocina.

No podía llamarla Allison y se sentía raro atribuirle el calificativo de «hermana» a una mujer veinticinco años mayor que yo que nunca había vivido conmigo, a pesar de que regularmente nos visitaba en Navidad y me llevaba regalos. Siempre, desde nuestro primer encuentro hacía muchos años, había sido «tía Ally».

—Ya voy.

Bajé las escaleras de la enorme casa en la que Ally y su esposo, un próspero inversionista de Wall Street, acostumbraban pasar los veranos en Los Hamptons.

—Buenos días —dije entrando en la enorme cocina y encontrando a Ally impecablemente vestida, maquillada y peinada, lo que me hizo sentir más desarreglada que de costumbre, pues todavía tenía puesto el pijama y el peine no había entrado en mi cabello desde la tarde del

día anterior.

—Tenemos granola, yogurt descremado y frutas —dijo señalando un enorme bufé de cosas saludables colocadas con estilo sobre el mesón de mármol—. Siempre olvido si prefieres café o té.

—Té está bien —dije sentándome en uno de los altos taburetes.

—Los europeos y sus costumbres —dijo poniendo a hervir la tetera, una acción que parecía demasiado doméstica para alguien como ella—, aunque creo que ya hace demasiado calor para estar tomando bebidas calientes. Leí en alguna parte que no es sano. —Se quedó pensando un momento como tratando de recordar dónde había escuchado la información—. Mandaré a que hagan jarras de té frío con limón y las tengan listas en el refrigerador para cuando te provoque.

Sonreí sin ganas.

Allison se esforzaba demasiado. Era una mujer de negocios y no del tipo «doméstica» como mamá, que mostraba su amor horneando galletas y bordando toallas en punto de cruz, enseñándome en el proceso todas esas labores que creaban un vínculo entre nosotras. Mi tía, por el contrario, no estaba acostumbrada a velar por el bienestar de otra persona y probablemente no tenía idea de qué hacer ante un catarro o una fiebre pasajera, y eso le preocupaba.

Algunas veces quería decirle que no tenía por qué cambiar quien era solo porque yo había llegado a su vida de forma inesperada; que, al igual que yo, también había perdido a sus padres hacía apenas seis meses, que podíamos apoyarnos una en la otra, permitirnos recordarlos, estar tristes de vez en cuando. Yo lo estaba, todavía, la mayoría de las veces. Algunas mañanas solo quería quedarme en la cama viendo fotografías viejas, recordando buenos momentos, mi vieja vida, y aunque no deseaba nada más que Ally me acompañara en esos momentos, no era algo que podía pedirle. No podía recordarle su propio dolor, una pérdida que no era exclusivamente mía. Si ella era fuerte por mí, yo lo sería por ella, sin importar qué tan inadecuadas me parecieran unas vacaciones en la playa en esos momentos.

Entendía su fachada, su deseo de ser una roca, de continuar. Les

había prometido a George y a Martha que se haría cargo de mí. Desde el principio, y debido a que no eran precisamente jóvenes cuando me adoptaron, sabían que, probablemente, tendrían que dejarme antes de tiempo y le arrancaron esa promesa.

Allison y su esposo Mark no tenían hijos propios, por lo que estaban haciendo lo mejor que podían, lo que su visión del mundo les indicaba por instinto, y yo también cumpliría mi parte en ese trato, aunque desde mi perspectiva, en esos momentos, todo pareciera un océano negro de soledad garantizada que había comenzado a llenarse poco a poco de oscuridad en esos seis meses en Suiza, sola, en un internado, con la muerte de mis padres tan reciente y sin nadie con quien hablarlo, con quien llorar. Solo que ahora, con únicamente un viaje de avión de por medio, Ally quería que socializara, que tuviera amigos, como si el duelo fuese un abrigo que pudieras quitarte cuando cambia la estación, un par de zapatos que descartas cuando pasa de moda, algo que dejas atrás con tu anterior código postal.

Nadie le había dicho que la tristeza y la soledad, aunque escondidas debajo de una fachada tranquila, pueden convertirte en blanco de depredadores que pueden oler el miedo a distancia.

—¿Tienes algún plan para hoy? —preguntó sentándose a mi lado, mirándome esperanzada.

—Quedé con Vida para ir a la playa —dije llenando un plato con yogurt y granola.

—¿Vida?

—La chica que conocimos cuando llegamos. —Me metí un par de cucharadas en la boca—. La que trabaja en la tienda de antigüedades en Montauk.

—¿Una chica local? —dijo y sonrió nuevamente, aunque en esta oportunidad le salió un poco forzada—. Bien. Te ayudará a conocer el lugar. Ya tendrás tiempo de frecuentar otras personas cuando la temporada comience. Creo que Mark tiene algunos amigos o socios con hijos de tu edad y, con uno que conozcas, ya llegarán otras invitaciones.

—¿Y tú qué vas a hacer? —pregunté, tratando de no pensar que

conocer demasiadas personas al mismo tiempo seguramente me abrumaría, sin mencionar que no me atraía en lo más mínimo. No era precisamente extrovertida y todo era tan diferente. Lo último que quería hacer era avergonzar a mis tíos frente a sus amigos.

—Mark y yo vamos a almorzar con algunos conocidos en un yate. Algo sobre organizar una cena de caridad, creo. —Hizo un gesto con la mano y se puso de pie para verter el agua caliente en una taza—. Aunque lo llamemos vacaciones no significa que dejemos de hacer negocios. Las relaciones públicas son importantes. —Me trajo el té, se me quedó mirando por unos momentos y una duda pareció asaltar su rostro—. ¿Quieres que le diga al personal que te prepare algo para comer cuando regreses?

—No te preocupes. De seguro comeré algo con Vida por ahí.

—Ten cuidado. En el verano tendemos a cometer excesos y cuesta un mundo sacarse luego los kilos. —Me sonrió indulgente—. Por cierto, usa el bañador azul que te traje. Ese color te queda perfecto y es de la nueva colección, que es más grande atrás para chicas con algo de trasero como tú. ¡Me siento tan orgullosa de haber descubierto el camuflaje perfecto para las menos afortunadas! —Hizo un gesto presumido con las manos. Así, hablando de moda, de su marca, de sus diseños, era cuando la verdadera Ally salía a flote, dándole a sus ojos color café un brillo especial—. También puedes ponerte el vestidito blanco con las sandalias, es un atuendo que grita: «¡Comenzó el verano!». Y no olvides las llaves, el dinero, la tarjeta de crédito y el Blackberry que te compró Mark. Cualquier problema, puedes llamarme y me bajaré de ese bote, aunque tenga que regresar remando.

—Todo está en mi bolso. —Aparté el plato vacío.

—No es un bolso, es un Anya Hindmarch.

Sonreí ante esa costumbre de llamar a los objetos por su marca. Para mí era solo un bolso, uno muy bonito, con unos ojitos que lo hacían gracioso, pero un bolso.

—De todas formas, no creo que haya necesidad de que aprendas a remar —dije intentando tranquilizarla—. No pasará nada. Seguramente me encontrarás en la cama con un libro cuando llegues.

—Espero que no —dijo con horror—. A tu edad y en unas vacaciones en la playa tienes permiso de ser un poquito irresponsable. Pero, ojo, solo un poquito.

—Solo un poquito —asentí—. Queda debidamente registrado.

Ally me miró con una mezcla de ternura y tristeza.

—¿Estás segura de que estarás bien por tu cuenta? —preguntó, y nerviosa se mordió el labio.

—Segura. Solo iré a la playa. —Me puse de pie. Quería decirle algo de cómo me sentía en realidad, pero se veía tan incómoda... Además, mi presencia era un cambio en su vida y no quería interrumpir su rutina más de lo necesario—. Mejor voy a cambiarme.

—¡No olvides el protector solar! —dijo como si la idea la hubiese asaltado de repente—. Ustedes las rubias tienen una piel muy delicada y las arrugas no son bienvenidas en este hogar.

—No lo olvidaré. —Me empiné y le di un beso—. Que tengas un lindo día.

—Tú también, y diviértete.

El exhorto parecía casi una orden difícil de llevar a cabo. Sin embargo, un par de horas después, y usando mi bañador azul, ese que cubría bien mi poco afortunado trasero, estaba tirada con Vida en la arena de la playa tomando un poco de sol y, aunque no era precisamente una diversión extrema, al menos no estaba triste.

¡Un hurra por la vitamina C!

—Este verano va a ser fantástico —dijo Vida con convicción, casi como si pudiese adivinar el futuro.

Eso era lo que me había atraído hacia ella desde el momento en que Ally me arrastró hasta la tienda de antigüedades el día que llegamos. Vida era una joven hermosa, feliz y optimista, como se supone que deben ser los jóvenes a los que la tragedia no ha tocado; que no han estado solos, con frío, con hambre; que nunca se han ido a dormir intentando arrullarse con el sonido de su propio llanto. Para ella, la vida era una enorme lista de posibilidades, todas buenas, que se extendían, listas para ser tomadas, como inocentes manzanas maduras en las ramas de un árbol. Seguramente nunca se le habría ocurrido pensar a quién pertenecían las manzanas, cuánto había

costado cultivarlas, si eran solo manzanas o tenían un nombre que las asociara con quien las había creado, qué pensarían de ella si las tomaba sin permiso, si tenían muchas calorías...

—Poco a poco esto comenzará a llenarse de gente —continuó mientras hacía una trenza en su largo y rebelde cabello castaño. El mío era liso, plano y sin mucha forma—. Luego vendrán las fiestas en la playa, las tardes cerca de las piscinas, las recepciones en todas las casas por allí por donde vives, los cócteles gratis... —Me guiñó un ojo.

—No bebo. Solo tengo dieciséis —me sentí en la necesidad de aclarar en caso de que Vida, que recién había cumplido dieciocho años, lo hubiera olvidado.

—Seguro. Todas decimos eso a los dieciséis —dijo con una sonrisita—. Mi novio Aaron llegará pronto —explicó como si no lo hubiese mencionado ya un millón de veces—. El año pasado se fue a la universidad en Nueva York, en tres años se graduará, conseguirá un trabajo y me iré a vivir con él. Claro, si ahorro lo suficiente, tal vez pueda irme antes y hacer pruebas como modelo.

—Yo voy a ir a vivir a Nueva York después del verano —dije con toda la aprehensión que ese hecho me generaba—. Terminaré la escuela en un instituto privado.

—Pues entonces tienes que conocer a Aaron, así tendrás un amigo allá hasta que yo llegue a la ciudad.

Sonreí prácticamente sin notarlo. La perspectiva de conocer a alguien en esa ciudad que me aterraba era más que reconfortante, y mucho más que Vida, la única amiga de mi edad que había podido hacer en mis pocos días en un nuevo país, pudiera también acompañarme.

«Amiga».

Cuando eres adolescente, los amigos se hacen en un minuto y crees que durarán toda la vida. Más cuando se trataba de alguien como Vida, que prácticamente hacía todo el trabajo en esa nueva relación y yo me limitaba a ser quien era: callada, tímida y un poco triste.

Seguimos por un rato allí, echadas en la arena, en tranquilo

silencio en algunos momentos o con mi compañera parloteando como una loca en otros, hasta que una sombra tapó el sol que nos calentaba y Vida lanzó un grito como si el extraño parado sobre nosotras fuese el mismísimo monstruo de la laguna negra.

—¡Aaron! —gritó poniéndose de pie de un salto y echándole los brazos al cuello al joven que nos espiaba desde las alturas—. Dijiste que llegarías pasado mañana.

Se separó un poco de él, lo suficiente para darle un manotazo en el hombro, y luego volvió a echarse en sus brazos plantándole un beso apasionado en los labios, y otro y otro...

—Esta es mi nueva amiga Sanela —me presentó cuando la sesión de besos parecía haber terminado o su necesidad de tomar copiosas cantidades de aire había puesto fin a la muestra pública de afecto—. Está aquí por el verano y luego vivirá en Nueva York, así que eventualmente volveremos a ser vecinos.

—Encantado. —Sonriendo estrechó mi mano. Tenía una linda sonrisa, casi que de catálogo. Es más, Aaron era la perfecta descripción del «típico muchacho norteamericano»: es decir, alto, rubio, ligeramente fornido y con un aire relajado que se contagiaba al instante—. ¿Te estás quedando en uno de los hoteles aquí en Montauk?

—No seas tonto —le dijo Vida poniendo los ojos en blanco—. Es la sobrina de Allison Darby y Mark Mountagh.

—Me agrada tu tío, es un tipo guay, a pesar de lo que dicen de los de Wall Street —me dijo Aaron sonriendo todavía un poco más.

—¿Conoces a Mark?

—Solía limpiar piscinas para ganar dinero extra en el verano y la de tu tío estaba en mi lista. —Me guiñó un ojo—. Por cierto, tu piscina es de las más bellas de por aquí. La diseñó alguien que solo se dedica a eso, por lo que tiene todo un trabajo paisajístico alrededor.

—Aaron va a ser arquitecto —explicó Vida con orgullo—. No se cansa de hablar de esas cosas.

—Por cierto, yo también tengo un nuevo amigo por el verano. —Aaron se dio la vuelta como buscando a alguien—. ¡Jer! Ven acá para presentarte a mi novia.

Incluso antes de que el joven, alto y delgado, que estaba de espaldas a unos cuantos pasos de nosotros, concentrado mirando el mar, se volviera, de alguna forma lo supe, mi cuerpo lo supo.

Fue como una premonición, ese segundo justo antes de que la gravedad haga su trabajo, en el que te das cuenta de que la caída es inevitable.

Cuando se volteó dejé de respirar y sentí como si todos los huesos de mi cuerpo, mis músculos, resintieran el daño de estrellarse contra el pavimento.

Tenía el cabello negro más desordenado que hubiese visto en mi vida, gracias a la brisa del mar que parecía no resistirse a jugar con las suaves hebras. Por alguna razón su existencia no combinaba con el sol radiante y la arena bajo mis pies, y esa disonancia lo hacía resaltar todavía más.

Evidentemente era mucho mayor que yo, incluso parecía más maduro que Vida y Aaron. Era algo pálido, con los pómulos y la quijada perfectamente definidos, una nariz aristocrática y los ojos oscuros más penetrantes que hubiese visto. Iba vestido de negro: vaqueros negros, camiseta negra; lo que completaba ese aspecto de incongruente dibujo en tinta sobre un fondo de color. Se veía como yo me sentía.

—Vida, él es Jericho —dijo Aaron señalando al extraño—. Es inglés, pero está pasando una temporada en Nueva York. Nos conocimos por allí casi por casualidad y decidí traerlo a ver si agarraba un poco de color.

Vida estrechó la mano de Jericho y, por el cambio en su rostro, pude adivinar que le había causado una impresión similar a la mía. Creo que incluso se sonrojó un poco y no era para menos, no todos los días se estaba frente a lo que parecía ser uno de esos modelos que adornaban las portadas de las revistas que mi tía Ally tenía por toda la casa.

—Ella es mi amiga Sanela —dijo Vida señalándome y parecía un poco nerviosa.

Cuando los ojos de Jericho se enfocaron en mí, el efecto de su presencia dejó de ser moderado, indirecto, y me quemó con la

intensidad de ver directamente el sol durante un eclipse. La arena se movió bajo mi cuerpo y todo lo que estaba a mi alrededor: sol, mar, personas, pareció desaparecer o, al menos, hacerse borroso.

—Jericho Huxley —se presentó estirando su mano en mi dirección y creo que la tomé, no estaba segura. Todo parecía estar envuelto en medio de una especie de bruma onírica. Ni siquiera podía afirmar si había vuelto a respirar desde que lo vi.

—Y ahora —dijo Aaron trayéndome de vuelta y solté un poco de aire, prueba irrefutable de que mis pulmones seguían funcionando tal y como fueron diseñados—, a seguir la tradición del comienzo del verano.

Sin explicar más nada, se sacó la camisa y corrió hacia el mar con Vida a su lado, ambos tomados de la mano para enfrentarse a las olas que, aparentemente, Vida trataba de amedrentar con sus gritos de felicidad.

Me quedé a solas con Jericho sin ser capaz de articular palabra. Lo único que pude conjurar fue un intento, nada agraciado, de sonrisa antes de bajar nuevamente la vista y concentrarme en el brillo encantador, y mucho menos letal, de la arena.

Sin embargo, sentía su presencia en mi piel, casi como si me estuviera tocando, respirando sobre mis poros. Era extraño estar rodeada de personas, pero solo sentir la presencia de una, casi como haciendo cosquillas en tu piel.

Jericho se dejó caer a mi lado, justo en el lugar que hacía pocos instantes había ocupado Vida. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—No recuerdo tu nombre —dijo y su voz tenía ese acento que me recordaba mi vida anterior, pues el inglés británico fue el que aprendí primero en el colegio en Suiza—. Sé que es horrible admitirlo, pero Vida lo dijo tan rápido...

—Sanela —dije sin levantar la vista de la arena—. Sanela Darby.

—¿Sanela? Es un nombre un poco raro. Lindo, pero raro.

Escucharlo decir algún halago en cualquier cosa relacionada con mi persona, aunque fuese una simple denominación que no tenía historia familiar ni significado, salvo la intención de una religiosa de llamar de alguna forma a todos los que llegaban a su puerta, me hizo

sentir la chica más afortunada del planeta.

Claro, eso fue antes de darme cuenta de que era el momento de decir algo al respecto y, cualquier cosa cierta que pudiera decir sobre mi nombre, como que era un típico nombre bosnio, implicaba una historia que no quería compartir. No era una historia linda o alegre, no era una anécdota, y siempre me hacía sentir que estaba parada un peldaño más abajo que el resto de las personas.

—Gracias —me limité a decir, aunque tuve el valor de levantar la vista y esbozar otro intento de sonrisa.

Era realmente el muchacho más hermoso que había visto en mi vida, un estudio de contrastes en claroscuro, una oscuridad brillante, con una suavidad en las orillas que parecía cortar; una contradicción.

—¿Vives aquí? —me preguntó atrapando mi mirada.

—No. Es mi primera vez. Solo estoy de vacaciones. Mis tíos tienen una casa en East Hampton —solté toda la información de golpe, señalando vagamente con la mano el área donde estaba la casa y aprovechando el momento para escapar de sus ojos.

—¿Recién la compraron?

—No lo sé. Creo que no.

—¿Y nunca antes habías venido a la casa de tus tíos? —Esbozó una sonrisa curiosa—. ¿Eres un huésped indeseable? ¿Un pariente pobre?

—No, no. —Negué levemente con la cabeza—. Es que iba a la escuela en Suiza.

—¿En Suiza? —Juntó las cejas, confundido, aunque en su boca seguía estando esa sonrisa—. ¿Ibas? ¿Ya no?

—No, ya no. —Y la pena estaba de vuelta, levantándose en mi pecho—. Ahora iré en Nueva York.

—¿Y eso por qué? ¿Te expulsaron?

Eso era lo que más odiaba de conocer gente nueva: las preguntas, los detalles, el compartir una vida que se sentía mucho y poco al mismo tiempo, y esa condescendencia implícita que mi historia generaba.

—Mis padres murieron —dije sintiendo que las palabras me costaban un mundo, pero la explicación era necesaria. Tenía que acostumbrarme a las preguntas, debería responder muchas similares

en los días por venir. La gente era intrínsecamente curiosa sobre la vida de otras personas y era mejor no andarse con rodeos—. Ahora viviré con mis tíos.

—Mierda —dijo y arrugó la boca—. Lo siento.

Y el genuino arrepentimiento en su cara, aunque sin una pizca de pena hacia mi persona, me hizo sonreír un poco.

—No es tu culpa.

—No que hayan muerto, obviamente, al menos eso espero, pero sí lo es andar por ahí haciendo preguntas impertinentes. Nunca fui bueno en modales y etiqueta. Soy una de las grandes decepciones de Eton. —Con rabia apagó su cigarrillo en la arena—. ¿Qué tal si también nosotros nos apegamos a la tradición?

Se puso de pie y se sacó la camiseta, dejándome con la boca abierta. Lo que había parecido delgadez, no lo era completamente. Jericho no tenía una excesiva musculatura, pero estaba levemente definido, proporcionado, sin un ápice de grasa en todo su cuerpo.

Llevó la mano al botón de sus vaqueros y unas cuantas células de mi cerebro murieron por falta de oxígeno solo por la anticipación. Los pantalones cayeron en la arena revelando el bañador que había debajo.

—¿Nos bautizamos con agua de mar y damos inicio al verano? —preguntó estirando la mano en mi dirección—. Acompáñame a lavar mis pecados pequeña Sanela. Dios sabe que tengo muchos.

Para mí era una invitación que iba más allá del simple momento e incluso creí que Vida tenía razón: el verano no iba a ser tan malo.

Capítulo 3

Ahora

—¡Hola, cariño! Ya estoy en casa —saludé gritando.

Las luces del apartamento estaban todas encendidas y un extraño olor salía de la cocina, lo que era evidencia más que irrefutable de que Agusten había terminado su guardia en la sala de emergencias y estaba en casa.

—¿Sanela? ¿Qué haces aquí tan temprano? —gritó en pánico desde la distancia, así que preocupada seguí el sonido de su voz.

Cuando llegué a la cocina entendí su miedo.

—Trabajé sin descanso para poder escaparme antes del anochecer —expliqué recargándome en el marco de la puerta y poder apreciar, con una sonrisa indulgente, el desastre en toda su magnitud—. ¿Estás haciendo la cena?

Una sartén estaba sobre el fuego y contenía lo que, presumía, era pollo, aunque, si era honesta, estaba simplemente adivinando. Ni el olor a quemado ni la cosa negruzca contenida allí daba alguna evidencia sobre su origen animal.

En otra cacerola algo, evidentemente, había hervido hacía algún tiempo dejando un derrame enorme a su alrededor. Ni siquiera me atreví a indagar qué había dentro. ¿Leche? ¿Crema? ¿Patatas? Si pensaba en grande, tal vez podía ser un intento, miserablemente fallido, de un *risotto*.

—Quería sorprenderte —dijo Agusten con una sonrisa apenada mirando a su alrededor.

—Estoy sorprendida —respondí tratando de aguantar la risa.

—Creo que hice un pequeño desastre.

—¿Crees?

El rostro de Agusten era tan inocente que, en ese instante, me recordó al chico que conocí hacía tantos años: dulce, educado y atento, siempre dispuesto a ayudar. A pesar de sus guardias eternas en el hospital, todavía, a sus veintiocho años, conservaba esos rizos marrones sobre su cabeza que lo hacían parecer mucho más joven y algo inexperto, como si la vida pasara por él sin dejar ninguna marca permanente, a pesar de su profesión.

—Salvas vidas diariamente. ¿Por qué no puedes conformarte con esa habilidad? —Entré a la cocina, le di un beso en la mejilla y le desordené el cabello con la mano—. ¿Por qué insistes en querer matarme de una indigestión? ¿No va eso en contra del juramento hipocrático?

—Es tu cumpleaños —dijo a modo de disculpa.

—¡Ya lo entiendo! —Teatralmente me di un golpe en la frente—. Hiciste todo esto para que finalmente el chef Gordon Ramsay responda uno de mis tuits. No va a poder resistirse a emitir un insulto por las redes sociales cuando le envíe esta foto. ¡Gracias por ese regalo!

Saqué el móvil del bolsillo y capturé para el futuro la imagen de aquello que reposaba en la sartén.

—Ally no regresó —dijo bajito, como si temiera que sus palabras pudieran dañarme—. Hiciste la reservación hace meses y ella no regresó.

—Ally nunca ha estado realmente aquí —le dije tratando de no lucir apenada o triste porque no lo estaba—. Tampoco esa mancha en la pared.

Señalé el lugar convocando mi mejor expresión de horror.

—Prometo limpiar —dijo volviendo a mirar a su alrededor un poco perdido, como si no tuviera idea de por dónde empezar.

—Más te vale. —Aproveché que tenía el móvil en la mano para explorar la lista de mis lugares favoritos que repartían comida a domicilio—. Y yo, a cambio, prometo solemnemente procurarnos algo de comer, aunque, como te quiero tanto, te dejaré opinar.

¿Chino? ¿Tailandés? ¿Griego?

—Es tu cumpleaños. Tu elección.

«Sí, definitivamente soy una chica con suerte», me dije y sin pensarlo mucho le di un rápido beso en los labios.

—Eres el mejor y te amo, pero mantente alejado de la cocina, después de que la limpies, claro.

Salí de allí evaluando cuál de mis opciones para cenar tendría la menor cantidad de calorías. El almuerzo no había sido tan generoso como Quincy solicitó, pues, diligentemente, Lisa consiguió unas hamburguesas Keto bajas en carbohidratos y altas en vegetales; pero las patatas fritas sí habían estado presentes y la Coca-Cola con azúcar también. Si a eso le sumaba la cena, al día siguiente iba a tener que pasar más tiempo del acostumbrado en el gimnasio.

Hice la orden de la cena desde mi teléfono y me dejé caer en el sofá sacándome los incomodísimos, pero siempre vistosos, Walter Steiger que, más que ayudarme a caminar, embellecían mis pies. Nadie dijo nunca que la belleza y la comodidad iban en el mismo renglón.

Al momento en que sonó la puerta de nuestro apartamento, Agusten salió apresurado de la cocina secándose las manos con un paño que, después del incidente, seguramente iría a parar en el cubo de la basura.

—Yo me encargo —dijo corriendo hacia la puerta.

Permanecí en el sofá, con mis pies en alto y jugando con el control remoto, mientras saboreaba un exquisito Pinot Grigio Trimbach que Agusten había tenido la gentileza de servir para mí.

Lo escuché intercambiar las frases usuales con el repartidor y la puerta cerrarse.

—Voy a buscar platos, cubiertos —dijo dejando la bolsa de comida, griega para más detalles, sobre la mesa de centro—, y unos mantelitos para comer aquí.

—No ensuciamos más que después habrá que volver a limpiar. Mejor comemos directamente de los contenedores.

—¿Qué dirían en tu oficina si supieran? —me preguntó con una sonrisita.

—Probablemente lo mismo que dirían tus pacientes si supieran

que el sujeto que está con ellos en el quirófano, bisturí en mano, no es capaz de cocinar un simple pollo grillé.

Se rio bajito.

—Siéntate aquí conmigo —dije tocando el lugar a mi lado—. Descansa, amor, que pasas tus guardias prácticamente de pie.

—Al menos no tengo que hacerlo con eso. —Con la cabeza señaló mis zapatos descartados.

—Entonces ten compasión de mí y dame un masajito. —Moví los dedos de los pies en su dirección.

—Iré por la botella y otra copa —dijo caminando hacia la cocina, pero antes de desaparecer se volteó y me miró un poco preocupado—. No abras esas bolsas hasta que yo llegue.

Llevando la contraria a sus advertencias, porque el olor me torturaba, inmediatamente después que Agusten desapareció de mi campo visual fui por las bolsas para tenerlo todo ordenado cuando regresara (ya el pobrecillo había trabajado bastante). Sin embargo, allí, sobre mi ensalada de queso feta, había una extraña cajita azul de Tiffany.

Agusten regresó a la sala y me encontró con la cajita en la mano y una expresión que, de seguro, igualaba la confusión que estaba sintiendo.

—Te dije que no abrieras la bolsa hasta que regresara. —Negó con la cabeza y sonrió—. Siempre arruinas las sorpresas por golosa.

—¿Me compraste joyas por mi cumpleaños? —pregunté, aunque algo me decía que no era el caso. Nosotros no éramos así—. Las flores eran suficiente. Me encantaron. Las amé.

Agusten puso la botella y la copa adicional sobre la mesa y se arrodilló tomando la cajita de mis manos, lo que generó que mi corazón se sintiera como del doble de su tamaño y listo, en el momento más inesperado, para salir de su sitio acostumbrado y caer en el suelo. Al menos estaba en compañía de un cirujano...

—Sanela Darby, fuiste la primera mujer de la que me enamoré, la única. Todavía recuerdo la primera vez que te vi en esa fiesta del cuatro de julio en la casa de tu tía en Los Hamptons, con ese hermoso vestido verde. Allison nos presentó y tú ni siquiera me miraste.

—Sí lo hice —protesté queriendo cambiar el pasado porque así debió ser.

—No, pero no importó. —Sonrió como quien recuerda el momento más feliz de su vida—. Antes de verte había decidido que sería el último verano que pasaría allí, que Harvard ocuparía todo mi tiempo, no más vacaciones vacías de niño rico. Sin embargo, en el momento en que te disculpaste y me dejaste en medio del jardín, prometí que regresaría, cada año de ser necesario; que aprovecharía cada conexión de mi padre para saber de ti, estar cerca, hasta que te dieras cuenta de que existía, hasta que me dieras una oportunidad y no te fueras, dejándome con el único placer de ver tu bella espalda alejándose.

—Agusten...

—Hoy te pido que me des otra oportunidad, que tus ojos no se desvíen nuevamente. Cásate conmigo, quédate a mi lado hasta el final de este y de todos los veranos por venir.

Y si mi corazón no se salió después de eso, fue un milagro.

Era una propuesta que no esperaba, que no estaba en mis planes, pero me di cuenta de que la deseaba.

—Sí —dije no pudiendo, ni queriendo, evitar la enorme sonrisa que había tomado posesión de mi rostro—. Este verano y todos los veranos por venir y también los inviernos y las primaveras.

Sacó el anillo de la caja y lo puso en mi dedo, antes de besar mi mano.

—Se te olvidaron los otoños —dijo sonriendo.

Sentí que la risa subía por mi garganta como burbujitas.

—Esos meses podemos tomar vacaciones.

—Nunca. —Besó mis manos nuevamente—. No quiero tener vacaciones de ti jamás.

Posó sus labios sobre los míos en un beso igual a los que habíamos compartido desde el primero: dulce, suave, tierno. Era como si Agusten temiera, aun después de tanto tiempo, que pudiera romperme, quebrarme de alguna forma, sin darse cuenta de que, por el contrario, había sido él quien unió muchas piezas en mi interior que con el paso de los años habían quedado fragmentadas, lo supiera o no.

—Te amo —dijo mirándome a los ojos.

Y en ese momento estaba convencida de que nunca me cansaría de escuchar esas palabras saliendo de su boca.

—Yo también.

Me besó nuevamente, una y otra vez hasta que sus manos se unieron a la fiesta y la ropa fue quedando a nuestro alrededor. Una vez que la ropa ya no fue un obstáculo, sus diligentes manos pasaron por mi cuerpo con reverencia; sus labios reflejando una adoración que, en el fondo, no creía merecer. A fin de cuentas, tener algo bueno en mi vida siempre había sido llamado «suerte»: mis padres, los tíos Ally y Mark, la empresa, Agusten... todo era una especie de favor de la diosa Fortuna, algo que llega a ti sin que lo pidas o trabajes por ello y, como tal, el karma tiene la obligación de dar algún balance al universo. Cuando venía algo bueno, inevitablemente, lo malo debía aparecer tarde o temprano.

Así había sido siempre.

Me penetró lentamente, como si se tratara de la noche de bodas de una señorita decimonónica. El sexo salvaje, con palabras subidas de tono y cuerpos sudorosos que se encontraban en la oscuridad creando el ruido de piel contra piel, no existía en el diccionario de Agusten. Para él, desde siempre, estar juntos físicamente era una especie de baile hecho de disolvencias, de besos que se deslizaban sobre mi piel como la seda, y no importaba que estuviésemos en el suelo, sobre la alfombra, era igual que estar sobre una enorme cama con almohadones de plumas alrededor, la misma delicadeza, la misma trascendencia. Nunca, al final, quedaba esa sensación de un pequeño desastre maravilloso, con dolores, raspones o pieles marcadas.

«Y extrañas eso. Extrañas ser esa persona», dijo una voz en mi mente que, por enésima vez en el día, me hizo regresar a ese verano en el que nos habíamos conocido.

Agusten estaba en lo cierto, no le había prestado atención. Mis recuerdos de ese momento, que ahora parecía tan importante, eran vagos y los detalles los había tomado prestados de las descripciones que él siempre hacía porque mi mirada, mis pensamientos y toda la

adrenalina de mi cuerpo habían estado enfocados en otro lugar, en el menos conveniente y saludable, por cierto.

«No puedes ni recordar el momento en el que conociste al hombre de tu vida», dijo con reproche nuevamente esa voz que se parecía mucho a la de la Sanela cínica y sin corazón que comandaba una corporación.

Lo sentí incrementar el paso y, debido a la costumbre de tantos años, sabía que el pequeño y ahogado gemido que escapaba de su garganta indicaba que terminaría pronto. Lamentablemente había estado tan perdida en mis pensamientos, en esos recuerdos poco placenteros que habían regresado en el peor momento posible, que iba a serme imposible ponerme al día. Así que decidí moverme a su ritmo, ir a su terreno, tocarlo donde más le gustaba, donde sabía que un mero roce solo apresuraría el desenlace.

El momento sería para él, una especie de disculpa que necesitaba dar por no recordarlo y por estar distraída en este día tan importante. Me repetía, una y otra vez, que tener una pareja, estar en una relación estable, no era una carrera por llegar primero a la meta, ni el sexo traía siempre fuegos artificiales. Había otras cosas que importaban más, como la conexión y la compañía, como darle lo mejor al ángel que había reparado tu corazón roto cuando el demonio lo había destruido.

—Sanela —dijo casi como una exhalación no exenta de horror al darse cuenta de lo que iba a ocurrir, y que ni intentando recordar el procedimiento quirúrgico más complicado iba a poder retrasar.

Le mordí el labio y le apreté el trasero hasta que lo sentí terminar dentro de mí, acompañándolo a navegar las olas de su solitario orgasmo.

—Lo siento —dijo Agusten cayendo a mi lado. Incluso pasó un brazo sobre su cara avergonzado.

—No te preocupes. —Me acurruqué a su lado y le di un beso en el pecho, sintiéndome todavía más miserable al escucharlo disculparse cuando era yo la que no había estado allí con él—. Cuando estás con la persona adecuada, importa más el viaje que el destino.

«O el comienzo», completó esa voz odiosa en mi cabeza.

Capítulo 4

Antes

—Aaron estará aquí en cualquier momento —dijo Vida saliendo de la tienda de antigüedades. Por suerte su jefa era también su madre y no le molestaba que me quedara por allí husmeando hasta que mi amiga terminara su turno—. Creo que vamos a un bar aquí mismo en Montauk para mostrarle a Jericho un poco de la diversión local.

Jericho.

Mi estómago dio un pequeño brinco, recordando vívidamente el día anterior en la playa, la sensación de sus manos sobre mi piel mojada mientras jugábamos con Aaron y Vida en el agua, la forma en que las gotas se quedaban adheridas a sus pestañas, la manera en que casi sonreía sin que el gesto se manifestara nunca completamente, los contornos de sus músculos reflejados por el sol...

Estaba tan concentrada en recordar hasta el más pequeño detalle que me tomó un poco de tiempo entender por qué todo el plan de Vida era una mala idea.

—No puedo ir a un bar —dije cuando finalmente mis neuronas hicieron sinapsis—. Solo tengo dieciséis. No me dejarán entrar.

—El único con edad legal para beber en un bar es Jericho, que tiene veintiuno, pero Aaron es primo del dueño y, además, no es un antro, sino un sitio familiar. —Hizo un gesto con la mano—. No habrá problema.

—De todas formas...

—Sanela. —Vida me miró muy seria—. Jericho viene y no me vas a

negar que es todo un bombón, así todo misterioso, un poco amargadito, presumido y con ese acento... —Tembló teatralmente—. Ustedes tuvieron una conexión ayer en la playa. No lo niegues, todos lo vimos. Obviamente está interesado.

—¿Tú crees?

—¡Seguro! Aaron dice que nunca lo había visto sonreír de la forma en que sonrío cuando te está viendo.

—¿Y cómo sonrío?

—Como si de verdad lo sintiera. Pero si te la pasas recordándole que tienes dieciséis no lo vas a alentar. Chicos así no se quedan quietos mucho rato comiendo helado y dando paseos por la playa. Aprovecha el momento para que termine de volverse loco por ti, luego tendrán tiempo de enfrentar esa diferencia.

Supongo que, en ese momento, debí pensar que Jericho y Aaron no se conocían hacía mucho por lo que era probable que el novio de Vida no pudiera catalogar tan adecuadamente todo su arsenal de sonrisas, también que el objeto de mi infantil infatuación no vivía en el país, solo estaba de vacaciones y, tarde o temprano, iba a desaparecer; pero estaba tan ocupada imaginando ese «futuro posible», casi al mismo tiempo en que Vida lo estaba narrando, que no tuve tiempo ni ganas de considerar la realidad.

Los chicos llegaron casi inmediatamente en un coche deportivo negro descapotable.

Aaron salió del asiento para abrazar a Vida y darle un beso.

—Hola, Sanela —me saludó sonriendo con esa expresión tranquila y simpática.

—Hola, Aaron —le devolví la sonrisa—. Lindo coche.

—Jericho tiene buen gusto. —Me guiñó un ojo y tomando a Vida de la mano saltaron al minúsculo asiento trasero en el que, por fuerza y sin disgusto, estaban prácticamente uno encima del otro, dejando el asiento del pasajero libre para mí.

—Hola —saludé a Jericho mirándolo de reojo una vez que me subí en el coche y cerré la puerta.

Por toda respuesta gané solo un movimiento de cabeza antes de que pusiera la primera y saliera de nuevo al camino. Aparentemente

mi buena suerte con sus «sonrisas» se había agotado o fue una alucinación colectiva.

Nerviosa miré hacia la parte posterior, pero Aaron y Vida se estaban besando, otra vez. No iba a tener ningún tipo de ayuda allí.

—Muy lindo tu coche —repetí el mismo comentario que había empleado con Aaron.

—No es mío —bufó—. Lo alquilé por estos días porque no voy a andar caminando por ahí como un indigente bajo este calor. Era lo mejor que tenían en la agencia, así que tuve que conformarme.

—Creo que es bonito.

—Por supuesto que lo crees. No has visto mucho, ¿verdad?

Con una mueca, sacó un cigarrillo y lo encendió, cercenando todo intento de conversación.

Aparcamos cerca del muelle y entramos a un establecimiento cuya fachada parecía un barco con todo y esas pequeñas ventanitas redondas. Dentro, la música, las conversaciones, las risas, golpearon mi mente dejándome momentáneamente mareada. El lugar estaba a reventar y había tanto ruido y tanto calor...

A pesar de las palabras de Vida que me aseguraron que era un establecimiento familiar, al ser mi primera vez dentro de un bar me sentí como si hubiese entrado a una especie de territorio prohibido y peligroso que podía tragarme si me descuidaba.

Aaron se dirigió inmediatamente hacia la barra donde un hombre joven lo saludaba efusivamente y Jericho lo siguió.

En medio de mi parálisis, sentí la mano de Vida deslizarse en la mía.

—Busquemos un lugar donde sentarnos —gritó cerca de mi cara con una expresión de felicidad en el rostro y, si Vida estaba tan feliz, no podía ser tan terrible.

El bar tenía un segundo piso, más bien una especie de galería lateral a la que se accedía por unas escaleras de madera de no más de seis peldaños. Desde allí se podía ver el bullicio de abajo, pero había mucha menos gente. Se trataba, como había indicado Vida, de familias cenando o algunos amigos, para nada bulliciosos gracias al Señor, disfrutando de unos tragos o jugando unas partidas de billar

en unas mesas que estaban cerca de las ventanas.

Vida seleccionó una mesa cerca de la baranda y se dedicó a contarme la historia, con todos los detalles, de la primera vez que Aaron la había llevado allí en su segunda cita.

Poco después llegó Aaron con cuatro botellas de cerveza, dos en cada mano, y las colocó en la mesa antes de sentarse junto a Vida y pasarle el brazo por los hombros.

—Trabajé aquí un año antes de irme a la universidad. Las propinas son buenas —explicó continuando la historia de Vida justo donde había quedado interrumpida con su llegada—, y espero que me devuelvan mi trabajo este verano.

Era agradable que siempre estuviese pendiente de hacerme parte de la conversación.

—No esperes ninguna propina de mi parte —le dijo Vida arrugando la boca.

—No tienes por qué pagar mis servicios con dinero —le respondió con una sonrisa pícaro.

—Abusador —le respondió ella dándole un cariñoso manotazo y los dos estallaron en risas.

Yo también. Era divertido verlos juntos, como la descripción exacta de la pareja perfecta.

Mi sonrisa duró hasta que una figura oscura se paró al costado de la mesa.

—¿En serio, Aaron? —Jericho miró acusadoramente primero a las cervezas sobre la mesa, luego a mí y finalmente a Aaron—. Ella no debería estar bebiendo alcohol. Es una niña.

Sus palabras me golpearon justo en el medio del pecho. Nunca pensé que ser llamada «niña» se sentiría como una vergonzosa ofensa en contra del universo, después de todo, cada persona comenzó siendo niña.

Pero claro, era una adolescente y, como tal, quería dejar de serlo, así que, inmediatamente me puse del color de un tomate.

—¡Es solo una cerveza! —protestó Aaron genuinamente confundido—. No es como si le hubiese traído una copa de Absenta con todo y terrón de azúcar.

—Además a ella no le molesta —intervino Vida—. ¿Verdad, Sanela? —Sin esperar mi respuesta miró a Jericho—. ¿Cuántas chicas de su edad conoces que no se hayan tomado una cerveza alguna vez?

Jericho me miró no muy convencido y por pura terquedad tomé la botella y le di un trago.

Sabía horrible. Era amarga y dejaba un gusto extraño en la boca. Lo único bueno que tenía era que estaba fría.

Así y todo, mantuve mi compostura y, cuando separé la botella de mi boca, volví a mirar a Jericho. Me gustaría decir que la mirada fue desafiante, pero no, simplemente lo miré como esperando algún tipo de aprobación.

—Deberé cuidar mi tequila entonces —dijo Jericho con una ligera sonrisa en los labios mostrándome un pequeño vaso que no me había dado cuenta que sostenía en su mano izquierda.

—¡Tequila! —gritó Vida con una sonrisa maliciosa—. Deberíamos jugar a Billar y tequila.

—¿Billar y tequila? —preguntó Jericho capcioso.

—El que falle el tiro deberá beber un trago de tequila.

—Vida... —protestó Aaron.

—Ustedes dos parecen los asesinos a sueldo de la diversión. —Se puso de pie y se acercó a Jericho—. Y tú —dijo golpeándole el pecho con el dedo en varios puntos, como intentando hacerle cosquillas—, eres el comandante del escuadrón.

—Está bien —dijo Jericho mirándola con un brillo raro en los ojos—, pero yo jugaré contra Sanela.

—¡Eso no es justo! —replicó Vida haciendo un puchero.

—Tómalo o déjalo, preciosa.

—Está bien. —Vida hizo otro de sus pucheros—. Voy a ordenar el tequila.

—¿Alguna vez has jugado al billar, Sanela? —me preguntó Aaron una vez que su novia desapareció escaleras abajo.

—Me temo que no —respondí con toda la dignidad que pude convocar, no fuera a ser que nuevamente me llamaran «niña».

Aaron miró a Jericho con cierta preocupación.

—Vamos, Sanela. —Jericho estiró su mano en mi dirección—. Te

daré primero unas cuantas lecciones.

Lo seguí hasta la mesa y puedo afirmar que no aprendí nada del juego. Allí inclinada, con Jericho recostado en mi espalda, arropándome, tomando mis brazos, mis manos, para dirigir mis movimientos, robó toda mi concentración para lo que estaba ante mis ojos, así como para las explicaciones teóricas, pues todo estaba dedicado a las sensaciones que parecían recorrer mi cuerpo de adentro hacia afuera y que, a pesar de nuevas, por alguna razón se sentían correctas.

Vida llegó con una bandeja sobre la cual reposaban varios vasos de lo que suponía era tequila y el juego comenzó.

Jericho era bueno, pero no perfecto, por lo que me tocó jugar tres veces, fallando miserablemente en todas, y debiendo pagar mi penitencia con los vasitos de tequila.

El primero me quemó y me ahogó, exactamente en ese orden, por lo que terminé tosiendo y con lágrimas corriéndome por la cara, lo que generó risas a mí alrededor. Para el segundo estaba preparada, aunque el sabor no mejoró, y para el tercero tenía la boca dormida.

Afortunadamente mi juego concluyó rápido con una victoria aplastante de Jericho. Luego vino el turno de Vida y Aaron, pero no pude ver cómo terminaron las cosas. En algún momento tuve que recurrir a una silla pues todo comenzó a dar vueltas de la peor manera posible.

¿Por qué la gente siempre era retratada feliz y extrovertida cuando estaba borracha? Yo no podía permanecer de pie, mucho menos articular un pensamiento coherente.

No sé en qué momento mis compañeros decidieron que era hora de terminar la noche, tampoco cómo logré bajar la pequeña escalera. Solo la brisa nocturna y el aire con olor a mar cuando estábamos ya en el exterior hizo que recobrara un poco el sentido del allí y el ahora.

—Aaron y yo nos vamos —anunció Vida, en quien estaba recargada, y esas palabras mandaron una señal de alerta, casi de pánico, a mi cerebro. Si hubiese estado en control de mis facultades motoras con seguridad hubiese protestado.

¿Cómo iba a regresar a casa si me quedaba sola? No conocía el

lugar, no tenía idea de en qué dirección vivía ni de si podría poner un pie delante de otro si no había alguien sosteniéndome.

—¿Puedes llevar a Sanela a su casa? —preguntó Vida mirando a Jericho y aunque pestañee un par de veces no pude leer su expresión.

Estaba de pie a unos cuantos pasos, cerca de Aaron, pero el problema no era la distancia, sino mi capacidad de enfocar. Creo que lo escuché decir algo en voz baja con las palabras «niña», «borracha» y «coche», pero no estaba segura.

Después de un rato de cuchicheo y un largo suspiro se acercó, me abrió la puerta del coche y me ayudó a subir.

—Esperemos que el aire nocturno te despeje un poco, ¿sí? —me dijo con una sonrisa tranquilizadora que me cubrió como un manto. Creo que empecé a ver mejor porque delante de mí estaba Vida dándome unas cuantas instrucciones que no escuché del todo y no tenían mucho sentido.

Jericho se subió en el coche un rato después, creo que volvió a entrar al bar, pero no estaba segura, y Vida aprovechó para cerrar la puerta de mi lado y decirme adiós con los dedos en un gesto coqueto.

—Gracias, Jer. Te debo una —escuché gritar a Aaron antes de que el coche se pusiera en movimiento.

Aprovechando la poca lucidez que había traído la brisa nocturna a mi cabeza, pude indicarle vagamente el lugar donde suponía que estaba la casa de mis tíos. Por un momento creí que me sentiría mejor, que el malestar seguiría decreciendo poco a poco, pero no. Regresó con fuerza y de una sola vez, haciéndome sudar frío y salivar.

—¡Mierda! —exclamó Jericho y detuvo el coche en medio de ninguna parte.

Todavía no había registrado la ausencia de movimiento, preocupada como estaba en mantener esa sustancia caliente que intentaba subir por mi garganta, cuando la puerta se abrió y un brazo me sacó al exterior. En el momento en que mis pies tocaron la tierra de la orilla de la vía, no pude contenerme más. Me doblé por el esfuerzo y vomité allí.

Probablemente, en cualquier otra situación, me hubiese muerto de la vergüenza por estar dando un espectáculo tan grotesco frente a un

extraño, más si era precisamente Jericho el testigo de todo aquello, pero entre las lágrimas que rodaban por mi rostro gracias al esfuerzo, el ardor en la garganta, el mal sabor en la boca y la punzada en la cabeza con cada arcada, ni siquiera podía recordar que había alguien cerca.

Eso duró hasta que unas manos me sujetaron por los hombros y una voz dulce me susurraba palabras que me aseguraban que todo estaría bien, que pronto me sentiría mejor.

—¿Sanela? —me preguntó cuando ya nada más parecía salir de mi estómago.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que el momento más embarazoso de mi vida acababa de ocurrir y que, seguramente, sería seguido por otros igual de terribles.

—Lo siento —dije y la voz me salió ronca. Pasé una mano por mi boca tratando de limpiarla—. De verdad, lo siento mucho.

—No te preocupes. —Sonrió de forma dulce, cálida, y pensé que las rodillas dejarían de funcionarme, otra vez—. Todos hemos pasado por eso en algún momento.

Miró hacia el coche.

—Espera aquí un momento. ¿Puedes? ¿Solita en tus dos pies?

Asentí y Jericho fue hacia el coche y regresó con una botella de agua. Buscó en el bolsillo trasero de sus pantalones, sacó un pañuelo y lo humedeció. Luego lo pasó por mi rostro delicadamente e involuntariamente un suspiro de satisfacción escapó de mis labios.

—¿Mejor? —preguntó limpiando también mis manos y solo pude asentir—. Ahora bebe un poco.

Me dio la botella y el agua me supo a gloria.

—¿Por qué llevas agua fría en tu coche? —pregunté todavía persiguiendo la botella con la boca al momento en que la separó de mis labios.

—Sabía que algo así podía ocurrir así que regresé al bar por la botella.

—Y también traías un pañuelo —insistí sin saber ni por qué. No estaba segura de la forma en que mi cerebro estaba operando en esos momentos—. ¿Qué clase de joven todavía lleva pañuelos en el

bolsillo?

—Soy inglés. Vamos —dijo tomando la botella de mis manos—. Mejor te llevo a tu casa ahora que estás mejor.

—Gracias.

Volvimos al coche y, aunque me sentía mejor, físicamente claro, porque la vergüenza tomaba una segunda ola mucho más fuerte debido al breve lapso de lucidez, el malestar no había desaparecido del todo.

Así que para evitar tanto el malestar como la vergüenza, cerré los ojos y recosté la cabeza en el asiento. Los eventos de la noche venían a mi mente sin ningún tipo de orden y tampoco de certeza. Recordar algo con precisión parecía una tarea titánica y, cuando conseguía algo, todo parecía estar envuelto en una especie de bruma.

—¿De verdad no te gusta el helado? —pregunté antes de darme cuenta de que iba a hacer una pregunta.

—¿El helado? —la voz de Jericho sonaba divertidamente sorprendida—. ¿De dónde sacas eso?

—Vida dijo que no te gustaría y por eso, creo, se decidió por el tequila. Si te gustara el helado no estaríamos en esta situación.

—No deberías hacerle tanto caso a Vida. No es como tú...

—Pero es mi amiga...

—Y con esas palabras siempre comienzan los problemas.

La casa de mis tíos estaba ya a la vista y alguna parte de mí quería no decirle nada, seguir paseando en el coche pretendiendo no recordar donde vivía. Pero ya había hecho muchas tonterías por un día. Ally me había dicho que podía ser irresponsable, pero solo un poco.

—Es allí —dije señalando con la mano.

Sin preguntar nada, entró por la reja que todavía estaba abierta y se detuvo frente a la puerta.

—¿Tendrás problemas? —preguntó tras un breve lapso de silencio, tiempo en el que yo no había hecho el mínimo amago de comenzar a moverme.

—No lo sé. —En realidad no lo sabía. Nunca había estado en una situación así, pero de solo imaginarlo un escalofrío me recorrió el

cuerpo y no tenía nada que ver con mi estado de intoxicación etílica ni con la brisa refrescante que provenía del mar. Yo no era del tipo de chica que se metía en problemas. Nunca. Era un asunto de supervivencia—. Mejor lo averiguo.

Bajé del coche con movimientos lentos y algo torpes y me quedé mirando la casa pensando en que, tal vez al día siguiente, tendría que comenzar a empacar y tomar un avión de vuelta a Suiza.

Era momento de entrar y enfrentar las consecuencias.

—Toma mucha agua antes de dormir. —Me di la vuelta y Jericho estaba parado a mi lado recostado en la puerta del coche—. Ten unas cuantas aspirinas a mano. La cabeza te va a estallar en lo que abras los ojos. No hay nada peor que una resaca de tequila, sobre todo cuando es la primera vez.

Me guiñó un ojo y mi corazón se saltó un latido y luego dio dos, muy rápidos.

—También ayudaría mucho si no entras con esa cara de culpable. —Chocó su hombro contra el mío y sonrió juguetón—. Tú sigues como si nada raro hubiese pasado y tus tíos lo creerán.

—¿Y cómo logro eso? ¿Cómo hago para no verme culpable?

Pareció pensarlo un momento y luego simplemente se inclinó y posó sus labios sobre los míos.

Fue solo eso. Se trató únicamente de un choque de labios, como el que se le da a un familiar o a un amigo, y debido a la sorpresa me quedé allí sin hacer nada, solamente sintiendo que algo en medio de mi pecho quería salir volando y que la gravedad dejaba de existir a mi alrededor.

Fue el mejor primer beso que alguien podía recibir.

Capítulo 5

Ahora

—¡Necesito ver ese anillo en este mismo instante!

Quincy me esperaba el lunes a las puertas de mi oficina con una sonrisa de oreja a oreja y una bufanda anaranjada. Decidí ignorarlo el mayor tiempo posible.

Por primera vez en mi vida corporativa, dejé caer el bolso y la chaqueta sobre el escritorio de Lisa con el único propósito de darle la espalda a mi director creativo.

—Buenos días, Lisa —dije—. ¿La agenda de hoy?

—La acabo de enviar a su correo, señorita Darby.

—¿Algún asunto urgente?

—Las muestras de tela que envió la señora Darby-Mountagh desde Indonesia para su consideración llegaron esta mañana. Están sobre su escritorio. También están los presupuestos reestructurados que solicitó para la nueva tienda.

—Muchas gracias.

Todavía ignorando a Quincy, pero tratando de ocultar mis manos, entré a mi despacho. Sin embargo, él no era del tipo que entendiera indirectas.

—¿Y bien? —insistió—. ¿No lo traes puesto o el doctor decidió no darte nada por aquello de que llevan una vida simple?

—¿Cómo te enteraste? —pregunté con un suspiro, cruzando los brazos.

—Llamaste a tu tía para contarle y ella me llamó inmediatamente.

—Obviamente... —Volví a suspirar—. ¿Cómo no lo imaginé?

Quincy había trabajado con Ally desde mucho antes que yo fuera a vivir con ella. Comenzó como diseñador asistente y su buen gusto lo llevó a convertirse en director creativo de la marca. Eran amigos, tanto como mi tía podía serlo de alguien que trabajaba para ella.

—No seas tan amargada. —Quincy puso los ojos en blanco—. Entiende a Allison. Estaba feliz y cuando uno está feliz quiere compartir esa felicidad con todos los que conoce, y es por eso, jovencita, que no comprendo tu actitud. Las novias siempre están felices, poniendo fotos en Instagram, haciéndonos sentir miserables a los menos afortunados.

—Es un asunto privado y no soy una adolescente boba e inmadura que registra cada paso de su vida en Instagram.

—Las muestras públicas de felicidad no son solo para niños y tampoco señales de inmadurez, querida. —Quincy me miró preocupado—. Soy un hombre adulto, serio en mi trabajo, y tuve que ejercer un enorme autocontrol para no llamarte durante el fin de semana gritando de alegría.

—Te daré una medalla.

—No la necesito, siempre y cuando me muestres el anillo. —Me guiñó un ojo y sabía que, tarde o temprano, tendría que pasar por eso, así que estiré la mano en su dirección.

—¡Por el amor del cielo! —Quincy no pudo disimular su cara de asco mientras tomaba mi mano para inspeccionar el anillo más de cerca—. El pobre doctor no tiene esperanzas en el departamento del buen gusto. ¿Un solitario? ¿Con un diamante en forma de pera? ¿En oro amarillo?

Esta vez fue mi turno de poner los ojos en blanco.

—No estoy pidiendo una locura —dijo levantando las manos a la defensiva—. Nada de rubíes, zafiros o piedras que estén de moda, no, no; pero si tanto les gusta lo tradicional, pudo ser un corte esmeralda con un halo, todo montado en oro rosado. —Tomó mi mano nuevamente y volvió a inspeccionar el anillo—. Al menos un corte oval en platino. —Movié su mano sobre mi dedo como si recientemente hubiese desarrollado poderes mágicos y pudiera convertir el anillo en algo de su agrado—. Harry Winston tiene una

colección *vintage* muy bella. —Suspiró—. El tontito debió llamarme para pedir ayuda.

—Me gusta mi anillo. —Retiré la mano con brusquedad.

—No digas eso porque es imposible. —Hizo un gesto negativo con ambas manos—. Acabas de terminar de armar una colección de joyería que es sofisticada, atrevida, sexy y un poco misteriosa...

—Yo no la diseñé.

—Pero la imaginaste.

—No para mí, sino para nuestros clientes.

—No me mientas. Esa colección eres tú más que cualquier cosa que hayas hecho para esta marca. Esa es la verdadera Sanela Darby.

—Incluso si el anillo no me agradara del todo —dije sin afirmar o negar nada—, lo importante es lo que representa, lo que me hace sentir. No entiendo por qué siempre tienes que estar criticando al pobre Agusten.

—Porque te conozco desde que eras una adolescente y te quiero, y algunas veces no puedo dejar de pensar que Allison escogió a Agusten para ti y tú deseas tanto complacerla que te convenciste de que él es lo que quieres. —Quincy lucía verdaderamente apenado—. Solo quiero que tengas lo que realmente deseas, que no te conformes.

—Agusten es lo mejor, lo que deseo. Nadie puede llamar «conformarse» a casarse con el hombre que amas, que es dulce y considerado, que es un cirujano maravilloso, que haría lo que fuera por mí...

«Que ha mentado por mí sin hacer preguntas...».

—Si sigues defendiendo así al doctor Clermont creo que hasta yo voy a enamorarme de él, con todo y su falta de gusto. —Sonrió y fue a sentarse en uno de los sillones. Era la mejor tregua que iba a conseguir—. ¿Ya decidieron una fecha?

—No. Voy a esperar a que Ally venga.

—Estará aquí para la fiesta de compromiso.

—¿Cuál fiesta de compromiso?

—La que me pidió que organizara para ti. —Me miró levantando una ceja—. No la quiere discreta y, si tenemos eso como señal, imagino que sus planes para la boda no involucran treinta personas

frente a un juez, así que, si vas a pelear con sus intenciones, mejor empieza ahora que está lejos. Será más fácil.

—No. —Me dejé caer en una silla a su lado—. Si la hace feliz organizar mi fiesta de compromiso y mi boda no voy a quitarle esa satisfacción. Para mí es igual si es grande o pequeña y a Agusten no le importará, a sus padres tampoco. Además, tú estarás allí para evitar que se vuelva «demasiado Ally».

—Cuenta con ello. —Me señaló con el dedo—. Sé que es un poco pronto, más cuando no sabes ni la temporada en la que te casarás, pero ¿has pensado en el vestido? Eso hay que considerarlo con tiempo. Imagino que llamarás a la Wang, aunque Carolina sería más tu estilo.

—Lo creas o no, he estado pensando en eso.

—¿En serio? —preguntó sorprendido—. Cuéntamelo todo, por favor.

—Esto es una casa de modas, Quincy. Mi vestido de novia será Darby.

Me miró en silencio unos segundos con una expresión confundida.

—Odio informártelo cariño, pero no tenemos una línea de novias.

—Parece que es momento de remediar eso —le dije sonriendo—. Habla con nuestros diseñadores, veteranos y aspirantes; los que trabajan aquí y los que contratamos por colecciones, y que se pongan a trabajar. Quiero bocetos y muestras, usaré el diseño que más me guste el día de mi boda y, además, será la pieza principal de una nueva colección de novias que pondremos en el mercado junto con otros cinco vestidos que escogeremos ambos. Incluso podemos cuadrar las fechas para la presentación de la línea en uno de nuestros desfiles de la semana de la moda, ya sea la de aquí o alguna de las europeas. Trata de elaborar un presupuesto real y envíamelo, yo me encargo de las protestas del departamento de finanzas.

—¿No quieres que llame a los productores de *Project Runway* para que hagamos un pequeño *reality*?

—¿No crees que eso sería demasiado?

—¡Estaba siendo sarcástico! —Me miró con horror—. ¿Estás utilizando tu boda como publicidad para la marca?

—Va a haber publicidad de todas formas, es inevitable a pesar del bajo perfil que mantenemos Agustén y yo, así que se me ocurrió que sería bueno que podamos sacar algún provecho de todo eso.

—¿Algún provecho de todo esto? ¿No se supone que será el día más feliz de tu vida? ¿No te basta con eso?

—Sabes lo que quiero decir.

—Me confundes. —Quincy me miró ladeando la cabeza—. Generalmente eres una buena chica, demasiado buena para este mundo de fachadas o dobles caras, dulce incluso. ¡Hasta eres amable con Donatella y nadie la soporta!, y luego, en un pestaño, te conviertes en Cruella Corporativa. Eres como dos mujeres en una.

Bufé.

—Tengo un negocio que manejar, un legado que me confió mi familia que proteger, una respon...

—Y una vida que vivir —me interrumpió—, un romance que disfrutar, errores que cometer, y no me refiero únicamente a los de negocios. No trates tu boda como si fueras una Kardashian, es de mal gusto.

—De acuerdo con tía Ally, tengo el trasero que va con el apellido y un gusto criticable.

—Sanela, Allison te ama.

—Lo sé. Me hubiese podido dejar en Suiza, entregarme mi herencia cuando cumplí dieciocho años y olvidarse de mí y, sin embargo, Mark y ella me convirtieron en su hija, en su heredera. Estoy agradecida.

Miré por la ventana para evitar pensar, para concentrarme en esa tarea que significaba evitar los recuerdos que, últimamente, parecían volver de forma frecuente, y desterrarlos al lugar donde habían vivido todos estos años.

—Y ahora vas a casarte con el hombre que ellos consideran perfecto para ti.

—Voy a casarme con el hombre perfecto. Punto.

Me puse de pie, caminé hasta mi escritorio y tomé el teléfono.

—Lisa —dije en lo que mi asistente me respondió—, necesito que llames a Tiffany. Necesito un Patek Philippe «Grandes

Complicaciones» en oro blanco con esfera azul. Utiliza mi nombre para que lo envíen aquí hoy mismo.

Terminé la llamada y Quincy me miraba confundido.

—¿Y eso? —preguntó.

—Para Agusten. Un regalo de compromiso.

—¿En qué universo leíste sobre eso? ¡Eres la novia! Todo debería ser sobre ti.

«Y es sobre mí. Sobre mis remordimientos, sobre mis errores».

—Cuéntame lo que has planeado para la fiesta de compromiso — dije sin responder, regresando al sillón.

Sabía que Quincy mordería el anzuelo.

—Recién puse a trabajar a la gente, así que no hay mucho. —Hizo un gesto de disculpa con las manos, aunque yo sabía que era todo parte de un teatro. Conociéndolo, ya todo estaba estructurado en su mente y los empleados de Darby, estuvieran bajo su mando o no, trabajarían como esclavos aterrorizados hasta que todo resultara de la forma en que lo tenía previsto. No quería imaginar qué sucedería cuando comenzaran los preparativos para la boda. Tenía que considerar unos bonos extras para Navidad. Nota mental: llamar al departamento de finanzas—. Tu tía avisó que estará en el país para el fin de semana del cuatro de julio y sugirió, de una manera muy energética, por cierto, que la recepción tuviera lugar en su casa de Los Hamptons. Dice que es el lugar perfecto porque allí se conocieron Agusten y tú. —Se puso la mano en el corazón—. Odio las recepciones playeras, el tiempo y la arena lo hacen todo más difícil, por no hablar de las impredecibles tormentas de verano, pero todo sea por el romance.

Siguió hablando, dándome detalles, pero ya no lo escuchaba. Su anuncio fue todo el permiso que mis recuerdos necesitaban para regresar a atacarme.

Los Hamptons.

No quería regresar allí.

Capítulo 6

Antes

—Cuéntame qué pasó anoche con Jericho.

Vida me había enviado un mensaje para encontrarnos en un lugar cerca de la playa y aunque la resaca me estaba matando, tal y como Jericho había predicho, insistió tanto que no tuve corazón para decirle que no.

Al verla sentada en un banco de piedra cerca de la tienda de antigüedades donde trabajaba, con una sonrisa emocionada en los labios, me hizo sonreír de vuelta, jaqueca o no.

—¿Y bien? No me hagas esperar más que tengo que aprovechar que hay un respiro en la tienda. Con el inicio de la temporada, hoy hemos estado como locas.

—Me besó —dije sentándome a su lado y solo con recordar el momento el dolor de cabeza pareció disminuir.

—¡Lo sabía! —gritó y dio unas cuantas palmadas, cosa que mi cabeza no agradeció en lo más mínimo—. ¿Cómo estuvo?

—Suave, delicado...

Pude sentir el momento exacto en el que el sonrojo hizo acto de presencia al mismo tiempo que mi sonrisa se ensanchaba.

—¿En serio? —La mirada un poco defraudada de Vida borró de golpe el pequeño calorillo que había comenzado a subir por mi cuerpo con el recuerdo.

—¿Eso es malo?

—No, no... —Vida intentó sonreír—. Es solo que al ver a Jericho, con toda esa intensidad que tiene en cada paso, uno imagina otro

tipo de beso, más apasionado. Tú sabes, de esos que muerden y te dejan con la boca roja.

Realmente no sabía, pero mejor era no decirlo.

—Imaginé que se habían ido a la playa a nadar desnudos mientras se comían el uno al otro y frotaban sus cuerpos. —Vida me tomó las manos—. No te preocupes. Seguramente mejorará.

¿Mejorar? Desde mi punto de vista no había tenido nada malo, pero ahora que Vida lo había mencionado, la duda estaba sembrada y otras imágenes más sugerentes me hablaban de lo que podría haber sido.

—Escuché por ahí que mañana tu tía dará su fiesta oficial de inicio de temporada —dijo Vida casualmente, interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí, la casa es una locura. Gente que entra y que sale, tiendas levantándose en el jardín, camiones de entregas. —Suspiré—. Menos mal que salí de allí.

—¿No me vas a invitar?

La pregunta me tomó por sorpresa. Desde que escuché de la fiesta lo único que podía pensar era cómo iba a escapar de toda esa gente. Ni siquiera pasó por mi mente que podría llevar a mis propios amigos.

—Buenos días, señoritas.

La sola voz hizo que olvidara de qué estábamos hablando. Jericho venía caminando hacia nosotras con el cabello mojado, la piel bronceada y todo el aspecto, y el atuendo, de quien ha pasado la mañana en la playa.

El look medio desnudo definitivamente funcionaba para él.

—Hola, tú —lo saludó Vida con una sonrisa enorme, codiciosa—. ¿Dónde te habías metido?

—Ahora que Aaron recuperó su trabajo de verano, he sido oficialmente abandonado. —Hizo una mueca con la boca—. Estuve en la playa toda la mañana, pero los días, y sobre todo las noches, se me antojan muy largas y un poco aburridas. No estoy diseñado para estar solo. Tal vez deba regresar a Nueva York.

—La tía de Sanela dará una fiesta mañana —Vida se apresuró a

decir—, y son legendarias: langostinos, tortas de cangrejo, mucho *prosecco* y un bar abierto durante toda la noche. Además, todas las personas importantes, y sus hijos, estarán allí. —Vida me miró sonriendo—. ¿Es cierto que tu tío viaja con su chef particular?

—Claro que no. *Monsieur* Chaput llegará hoy para preparar la comida de la fiesta y se irá mañana.

—Tienes un acento francés muy sexy. —Jericho me miró sonriendo de lado—. Hola, Sanela. No me saludaste.

Sentí que la cara me estalló en llamas.

—Hola, Jericho.

—¿Cómo te sientes hoy?

—Bastante bien, considerando todo lo de ayer.

—¿Aspirinas?

—Las suficientes.

—¿Y tus tíos? ¿Tuviste problemas?

—No. Hice exactamente lo que me dijiste y no notaron nada.

—Esa es mi chica.

—¿De qué hablan ustedes dos? —preguntó Vida, mirándonos alternativamente.

—Sanela y yo tenemos nuestros secretos —dijo Jericho sin darse la vuelta para mirar a Vida y me guiñó un ojo.

—Lo que sea —dijo Vida con una mueca—. ¿Qué hay de la fiesta, Sanela? ¿Somos bienvenidos o no? No quieres que Jericho se aburra aquí y regrese a Nueva York, ¿verdad?

—No la presiones, Vida.

—Claro que son bienvenidos —dije de golpe. Jericho marchándose a Nueva York tan rápido no era una idea agradable—. Hablaré con mi tía. No creo que haya problema.

Vida dio un grito de alegría, me besó y me abrazó.

—Tengo que pensar qué me voy a poner. ¿Será elegante? ¿Tienes algo que puedas prestarme? Seguramente cualquier cosa tuya me quedará un poco grande, pero puedo hacerle algunas alteraciones. Es parte de mi entrenamiento como modelo...

La madre de Vida dio un par de golpes en la vitrina y eso mató toda la explosión de alegría momentánea de mi amiga.

—Tengo que regresar a trabajar —dijo con un puchero.

—Está bien —le respondí poniéndome de pie—. También debo regresar. Ally quiere darme un curso rápido de cómo organizar una fiesta a través de tu asistente personal.

—Llámame para ponernos de acuerdo y desde ya te notifico que no tengo ningún clásico vestidito negro, así que cualquier ayuda será bienvenida. Si puedes conseguir unos zapatos de mi talla mucho mejor y algo de joyería. Tu tía tiene muchos contactos y de seguro un armario con todas las tallas.

En su retirada, Vida se empinó para darle a Jericho un beso en la mejilla, que me hizo sentir extrañamente envidiosa.

—¿Tienes que irte tan rápido? —preguntó Jericho en lo que Vida desapareció al interior de la tienda.

«Ally me está esperando».

«Seguramente no se dará cuenta de que no estás. Nunca lo hace».

—No, no realmente.

—Bien. He estado haciendo una investigación interesante y creo que eres la perfecta candidata para ayudarme con la conclusión. A fin de cuentas, fuiste tú quien me dio la idea.

—¿Qué investigación? —pregunté curiosa.

—Los mejores helados de Montauk.

Sonreí sin poder evitarlo.

—¿Quieres ayudarme? —insistió.

—Seguro.

Resultó que, de acuerdo con Jericho, los mejores helados de Montauk los servían en un lugar que no estaba lejos, así que caminamos en comfortable silencio por el muelle hasta que llegamos a un lugar pequeño llamado Ralph.

—¿Cuál es tu preferido? —preguntó Jericho, pero entre la cantidad de gente que esperaba para hacer su orden y todos los sabores a la disposición, estaba momentáneamente con la mente en blanco. No estaba acostumbrada a tomar decisiones bajo presión sin la posibilidad de evaluar si sería juzgada por esa elección.

—Vainilla —dije porque era una opción segura.

—Obviamente —me respondió aguantando la risa—. Hay unas

mesas afuera y mucha menos gente. ¿Me esperas allí?

Agradecida de poder escapar del bullicio y, particularmente, de esa especie de broma que no podía entender, me apresuré a encontrarnos una mesa fuera. Unos minutos después, apareció con dos vasos que mi tía Ally consideraría excesivos.

—Praliné —me dijo entregándome el mío—. Es vainilla, pero sofisticada, extremadamente dulce gracias al caramelo y con cierto no sé qué que la hace especial, como tú.

Me quedé en silencio unos segundos. Mi estómago, con la voltereta respectiva, entendiendo las palabras incluso antes de que mi cerebro hiciera la lectura y análisis correspondiente.

—¿Te gusta a ti? —pregunté tímida—. ¿El Praliné?

—Ha sido un descubrimiento intrigante. Es ese tipo de sabor que, en principio, pensaste que jamás te gustaría, a fin de cuentas, parece simple vainilla, pero desde que lo pruebas no puedes hacer sino pensar en él.

Sintiendo que estaba del color de un tomate, tomé el helado y musité un «gracias» que no estaba segura de si había resultado del todo audible.

—Así que hablas francés —dijo interrumpiendo el silencio que no me sentía capaz de llenar.

—Y alemán. —Encogí un hombro—. Por lo de la escuela en Suiza.

—Claro. —Miró hacia el mar—. *Je contemple mon feu. J'étouffe un bâillement. Le vent pleure. La pluie à ma vitre ruisselle. Un piano voisin joue une ritournelle.*

—*Comme la vie est triste et coule lentement* —completé el poema de Jules Laforgue que había estudiado en la escuela.

—«Qué triste es la vida y qué lenta transcurre» —tradujo el último verso mientras sonreía un poco.

—Todos los poemas de Laforgue son tristes.

—Tal vez solo estaba aburrido.

—Tal vez sabía algo que nosotros no.

—Tal vez... —Me miró ladeando la cabeza—. Tienes helado en...

Rápidamente saqué la lengua para «borrar» mi descuido y aterrizó justo en el dedo de Jericho que tenía la misma intención.

Inmediatamente guardé mi lengua donde le correspondía estar, pero el dedo no fue a ningún lado. Se quedó allí en la comisura de mi boca y comenzó un suave y lento viaje por mi labio inferior hasta que se detuvo justo en el centro.

En una especie de impulso de origen desconocido, besé levemente su dedo y los ojos de Jericho se agradaron por la sorpresa. Luego introdujo la punta de su dedo en mi boca y, extrañamente, el gesto se sentía como una prueba. Sin saber qué hacer, lo mordí un poco.

Y así como existió ese breve momento, aparentemente recluso en una dimensión extraña y secreta donde solo existían sus ojos en los míos, desapareció.

—Tengo que irme —dijo poniéndose de pie—. Nos vemos mañana en la fiesta.

Y a pesar del vaso de helado frío en mi mano, todo mi cuerpo estaba en llamas y volvió a encenderse con igual intensidad cada vez que mi mente recordó el momento, cosa que ocurrió en múltiples ocasiones en las veinticuatro horas siguientes.

Capítulo 7

Ahora

—Buenas tardes, vengo a ver al doctor Agusten Clermont — anuncié a la enfermera detrás de la recepción de la sala de emergencias.

—¿Su nombre es?

—Sanela Darby.

La enfermera levantó la vista y me miró curiosa antes de dejar salir una enorme sonrisa, de esas que llegan hasta los ojos causando arruguitas.

—¡Felicitaciones por el compromiso! —dijo efusivamente y tuve que suprimir el gesto de mirar a mi alrededor a ver quién más había escuchado el anuncio—. Todos por aquí le tenemos mucho cariño al doctor Clermont. Es un gran ser humano y un excelente profesional.

—Muchas gracias —le respondí comedida—. Soy muy afortunada.

—Ya lo localizo para usted —dijo todavía sonriendo emocionada—. Si quiere puede tomar asiento, seguro que no tarda.

Traté de brindarle una sonrisa educada y fui hasta una de esas sillas incomodísimas que suelen estar en la sala de emergencia de los hospitales, como si no fuese suficiente tortura tener que estar allí para además tener que sufrir de dolores de espalda.

Tras dos minutos tratando de encontrar una posición cómoda sin hallarla, me amonesté mentalmente por mi sorpresa y falta de reacción externa ante la efusividad de la enfermera. Era normal que las personas compartieran detalles de su vida con sus compañeros de trabajo, especialmente detalles importantes como el hecho de que

fueran a casarse. No todo el mundo era receloso y excesivamente discreto, como yo; no todo el mundo vivía como si cada paso fuese una prueba, algún tipo de examen en el que puedes reprobarte a pesar de tus mejores esfuerzos. No todo el mundo llevaba sus relaciones de forma secreta, más cuando no iban contra la ley o la moral.

Lo viejos hábitos y su estúpida permanencia.

Además, debí esperar ese tipo de reacción. Agustín siempre se ganaba el cariño de los que estaban a su alrededor: sus amigos de la universidad seguían en contacto, incluso quienes estudiaron conmigo y no con él, todavía lo llamaban el día de su cumpleaños y él era del tipo de persona que parecía recordar anécdotas de cada uno.

Yo, por el contrario, podía pasar de ellos perfectamente. Como entraban en mi vida, salían. Estaba convencida de que la gente tenía una función y, cuando la cumplía, ¿para qué conservarla? Ya había intentado una vez eso de tener amigos y el resultado no fue el esperado.

Tal y como había vaticinado la enfermera, no estuve mucho rato en la incómoda silla. Agustín apareció al poco tiempo con ese paso apurado y seguro que demostraba que era allí, en el hospital, esa tierra inhóspita y aterradora para la mayoría de los seres humanos, donde estaba en su elemento. Normalmente era un hombre atractivo, pero así, con ese atuendo típico de los cirujanos y el estetoscopio colgado al cuello, parecía directamente sacado de una serie de televisión. Claro que, en ese caso no sería el sexy y mujeriego doctor, tampoco el emocionalmente inaccesible, sino el buenazo y considerado que quedaba relegado a ser el mejor amigo de la protagonista.

—Sanela, amor, ¿qué estás haciendo aquí? —dijo preocupado mientras se aproximaba—. ¿Pasa algo?

—Solo quería despedirme en persona y no por teléfono. —Me puse de pie y le di un beso en la mejilla que luego tuve que limpiar para no dejar la marca de mi pintura de labios—. Pero, si estás ocupado... —Miré a mi alrededor—. Debí haber llamado.

—No seas tontita. No estoy ocupado, al menos no en este momento. Aunque con este trabajo nunca se sabe, las alarmas

pueden sonar en cualquier momento. —Me tomó de la mano e hizo un gesto con la cabeza—. Ven conmigo.

Pasamos la sala de emergencias hasta una habitación en la parte posterior que, debido a las sillas, mesas, cafeteras y hornos de microondas, parecía ser la sala de descanso para el personal médico. En ese momento estaba vacía.

—No puedo creer que nunca haya estado aquí —dije poniendo mi bolso (o como diría Ally, mi «Celine») en una mesa y mirando alrededor curiosa—. Soy una novia terrible.

—Me gusta el tipo de novia que eres. Por eso te he conservado tanto tiempo.

—¿No te molesta que tenga tan poco interés en tu vida laboral? No es que no me interese —me corregí antes de que respondiera—. Tu trabajo es parte de lo que eres, pero nunca...

—No voy a los desfiles de Darby —me interrumpió—, porque me aburren y tú siempre estás muy ocupada. ¿Eso me hace un mal novio?

—¿Por qué siempre tienes las respuestas perfectas? —dije recostándome en la mesa donde había dejado el bolso.

Agusten fue a sentarse en la mesa justo a mi lado.

—Porque soy brillante —me dijo con un guiño—. Es parte integral de eso de graduarse en Harvard.

—Yo también me gradué en Harvard.

—Porque no podías vivir sin mí y querías tenerme vigilado.

—¿Insinúas que no soy brillante?

—¿Manejar una corporación internacional del mundo de la moda? ¿Discutir con inversionistas, banqueros, *socialités* y diseñadores? —Bufó teatralmente—. Pan comido. Cualquiera puede hacerlo.

Puse los ojos en blanco y luego sonreí, obteniendo una hermosa sonrisa por parte de Agusten como pago.

Por un momento miré a mi alrededor: estábamos solos, en una sala en la que podíamos ser interrumpidos en cualquier momento...

Una especie de escalofrío delicioso me recorrió el cuerpo cuando una idea atrevida apareció en mi mente.

Tal vez...

—¿Qué pasa? —me preguntó Agusten confundido. Quién sabría qué tipo de expresión había tomado posesión de mi rostro. Ninguna buena, eso era seguro.

—Me voy mañana temprano a Los Hamptons —dije poniéndome seria. Agusten se horrorizaría si intentaba hacer una de las mías, como aquella vez cuando comenzamos a salir—. Me llevo mi coche, así que no estaré en casa cuando llegues de la guardia.

—Y yo llegaré allá mañana al final de la tarde con mis padres a tiempo para la fiesta. Ya habíamos hablado de ello —me dijo con una sonrisa indulgente—. Ahora, si quieres sincronizar relojes o agendas, crear una alerta en mi teléfono...

—¿Ya empacaste?

—Lo haré después de que llegue a casa y duerma.

—¡Oh, Dios! —dije y, como impulsada por un resorte, levanté mi trasero de la mesa y comencé a pasear nerviosa tratando de hacer un plan—. Bueno, me encargaré de sacar tus trajes. El Armani estará bien. ¿Prefieres el Fioravanti? Debo mandar a limpiar tus zapatos. Lo llevaré todo conmigo, incluidas las corbatas, y cualquier detalle de tintorería lo resuelvo allá. Puedo dejarte empacada una pequeña maleta con lo básico para el resto del fin de semana y tú solo tendrás que poner cualquier otra cosa que yo haya pasado por alto...

—Sanela —me interrumpió serio—, yo puedo hacerlo.

—Tenemos una fiesta de compromiso mañana por la tarde a la que asistirán cerca de cien personas... —le recordé, mi voz elevándose un poco sin intención.

—No una fiesta de compromiso —dijo lentamente, como tratando de explicar algo muy complicado a un niño—. Nuestra fiesta de compromiso.

—¡Mucho peor!

—No. —Me tomó de las manos evitando que siguiera paseando—. Es nuestra fiesta, nuestro momento de compartir con nuestras familias algo que es importante para nosotros, para nadie más. Me importa poco si uso un Armani, un Fioravanti, o cualquier otro traje con nombre propio, o mis vaqueros favoritos.

—¿Estás seguro de que eres hijo de tu madre? —dije todavía

hiperventilando un poco.

—¿Sabes ese lunar que te encanta besar? Mi madre tiene uno exactamente igual.

—Nunca más esperes que te bese ahí.

Se rio un poco y yo también.

—Tienes que calmarte un poco, amor —continuó en un tono razonable—. Esto no es un desfile o una sesión de fotos de tu compañía, tampoco una recepción para los clientes. No tiene que ser perfecto. Mis padres y tus tíos están tan felices que les importará poco si aparecemos en la fiesta con faldas hawaianas.

—No estés tan seguro. ¿Recuerdas a Allison? Sé que hace tiempo que no la ves, pero...

—¿Te importaría a ti?

—No, pero...

—A mí tampoco, así que no hay peros. Esto es sobre tú y yo, y hace mucho tiempo que Sanela y Agusten decidieron que serían ellos mismos, que beberían vinos de ciento cincuenta dólares con comida para llevar si eso era lo que les provocaba, que se irían de vacaciones a Miami y no a Saint-Tropez, que seríamos quienes somos. Si Allison y mi madre quieren una gran fiesta de compromiso y una boda todavía más grande pueden tenerla, pero no pueden tenernos a nosotros. —Me miró a los ojos como tratando de enfatizar su mensaje—. Empacaré mi propia ropa y seré feliz solo con el hecho de que estarás allí conmigo, aun si olvido la corbata perfecta y a Quincy se le sube la presión.

—Eres médico, debería importarte la salud del pobre Quincy.

—Estaré allí para atenderlo en caso de que se enferme y de seguro se emocionará mucho al ver que le tomo el pulso llevando la cuenta en este reloj.

Me enseñó mi regalo que llevaba en la muñeca desde el día en que se lo di y me mordí la lengua para no recordarle que era un Patek Phillipe y que algo que costara tanto había ganado el derecho de ser llamado por su nombre.

¡Dios! ¿Cuándo me había convertido en Ally?

—¿Y todavía te preguntas por qué tenía que venir a despedirme?

—le pregunté sonriendo—. No sé qué voy a hacer sin ti allá casi por un día entero.

—Hablas como si fueras al cadalso y no a tu casa; como si te esperaran enemigos y no tus tíos que te adoran.

—Ir allá me hace sentir como una adolescente recién llegada, otra vez —lo dije bajito, con miedo de admitir ese hecho, aunque fuera a medias.

—Pero no lo eres. Eres una mujer maravillosa, una empresaria de las mejores, una sobrina cariñosa y la mejor pareja que un hombre podría pedir.

—¿Lo soy?

—No tienes que probar nada a nadie. —Dejó ir mis manos y me levantó la barbilla antes de darme un suave beso—. Me enamoré de la Sanela adolescente, pero es la mujer en la que se convirtió con la que quiero pasar el resto de mis días.

—No sé qué hice para merecerte.

—Ya te lo dije: miraste en mi dirección.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo. No tienes que ganar puntos o hacer algo en particular o comportarte de cierta manera para merecer amor, ese nace en respuesta a quién eres y ese razonamiento vale tanto para mí como para tu familia.

—Eres jodidamente perfecto, Augusten Clermont.

—Espera que nos casemos. —Y me guiñó un ojo—. Estoy esperando a tenerte amarrada para volverme un hombre odioso.

Capítulo 8

Antes

Había pasado casi un día y todavía no podía olvidar la sensación de los dedos de Jericho en mis labios, dentro de mi boca. A fuerza de recordarlo a cada momento, estaba hecha un manojo de hormonas revueltas, con una comezón que demandaba ser mitigada y nada de lo que hacía cuando estaba sola parecía ponerle remedio definitivo.

Quería que la fiesta comenzara, que los invitados llegaran, pero no podía convocar la suficiente calma para decidir algo tan simple como cuál vestido usar entre los cinco que habían llegado para mí directamente desde Nueva York y ni hablar de pensar en zapatos o estilos de peinados.

Finalmente opté por un vestido verde sin espalda, atado en el cuello, y más corto de lo que normalmente hubiese usado, sandalias de tacón (solo porque Jericho era alto) y un collar con un pendiente de diamante en forma de lágrima que me había regalado el tío Mark en mi pasado cumpleaños y que no usaba porque andar con diamantes colgados no era lo mío.

Una vez que, finalmente, comenzaron a llegar los invitados, mi ansiedad y mis dudas comenzaron a crecer por minutos y, desde mi esquina secreta, no despegué la vista de la entrada hasta que lo vi a aparecer.

Si normalmente Jericho se robaba toda mi atención, incluso despeinado, en ropa de playa y rodeado de la inmensidad del paisaje que nos rodeaba, vestido de manera formal en un espacio cerrado era toda una revelación, casi demasiado para soportar.

Caminaba por el salón como si fuera el dueño del lugar y hasta hizo una pausa para tomar una copa de champán de un camarero que pasaba cerca, con una naturalidad que dejaba claro que, a diferencia de mí, pertenecía a ese tipo de ambiente. Las paredes parecieron reducirse y el aire difícil de inhalar cuando finalmente descubrió mi escondite y comenzó a acercarse, tanto que me costó darme cuenta de que Vida y Aaron lo seguían. Ella usando uno de los vestidos que le había prestado.

—Mi princesa Praliné —dijo Jericho cuando estuvo frente a mí. Tomó una de mis manos entre las suyas y la besó. Casi solté una risita, un suspiro o algo igual de vergonzoso.

—Esto es genial. —Aaron miraba a su alrededor—. Ya había estado antes en esta casa, pero con la decoración todo parece salido de una revista.

—Y deja que pruebes el bufé. —Vida lo miró con cara de entendida antes de darme un beso en la mejilla—. Según dicen, los canapés de salmón son legendarios.

—Guíame al paraíso —le dijo él ofreciéndole su brazo y desaparecieron entre la gente.

—Te ves hermosa hoy —me dijo Jericho, recorriéndome con la vista. Su voz era tan suave que sus palabras se sentían como esa caricia que nunca había sentido, pero que mi cuerpo demandaba como su derecho, el tintineo en ciertas partes regresando con fuerza.

—Gracias —dije mirando a cualquier lado menos a él. Lo había esperado con ansias y ahora solo podía concentrarme en mis zapatos. Temía que si lo miraba por mucho rato podría leer en mi rostro cada una de mis fantasías.

—¿No bebes nada? ¿Tu tía no te deja?

—Un par de copas de champán están permitidas —dije recordando la regulación de mis padres para ocasiones similares.

Jericho dejó su copa vacía en la bandeja de uno de los camareros que pasaba y tomó otras dos, ofreciéndome una.

—Por una noche muy divertida —dijo levantando su copa en mi dirección y lo imité. Aunque mi brindis fue un poco tímido, por dentro me sentía adulta y cosmopolita solo por estar en su compañía.

Ya no era la chica parada en un rincón a la que nadie parecía notar, ahora estaba brindando con champán con el hombre más atractivo de toda la fiesta.

—Señorita Darby —me dijo bajito una de las camareras—. La señora Darby la está buscando. Está en el patio.

—Ve —me dijo Jericho—. Yo estaré por aquí cuando estés libre.

Apuré la copa y fui a buscar a mi tía. Cuanto más rápido terminara con ella, más rápido podría regresar con Jericho y a esa sensación de que no era simplemente una espectadora, sino que finalmente me habían convocado desde mi seguro asiento en la banca y salido al campo de juego.

Sin embargo, no fue fácil ni rápido. Ally estaba interesada en presentarme a todos los hijos e hijas de sus amigos. La mayoría pasarían el verano en Los Hamptons, algunos incluso irían a la misma escuela que yo en la ciudad. Tuve que conversar con todos ellos, pero no podía recordar sus nombres, sus caras o lo que decían, pues constantemente estaba tratando de ubicar a Jericho entre la multitud con miedo a que desapareciera o encontrara alguna compañía mucho más interesante que la mía.

Era frustrante estar compartiendo el mismo espacio, la misma fiesta, tener finalmente la oportunidad de conocerlo mejor, pero estar separados por la obligación de hacer conversación con personas que no me interesaba conocer en absoluto y que, aparentemente, tampoco estaban muy interesados en conocerme a mí.

Finalmente lo vi conversando con mi tío. Ambos sostenían vasos con escocés y hablaban amigablemente. Se veía tan adulto, tan diferente a todos los chicos que mi tía me estaba presentando, que el contraste lo hacía parecer completa y absolutamente fuera de mi alcance y, sin embargo, una voz en mi mente no se cansaba de recordarme que estaba allí por mí, me había besado y me había dicho que lucía hermosa. Solo el recordarlo me hizo pararme unos centímetros más erguida y tuve un deseo casi irrefrenable de dejar de esconderme, ir hacia allá, enlazar nuestros brazos y declararlo parte de mi propiedad delante de todo el mundo.

—Sanela —llamó mi tía a mi espalda y tuve que frenar el paso al

frente que estaba a punto de dar—. Quiero que conozcas al hijo de un gran amigo de tu tío.

Me volví dispuesta a pasar por otra ronda de presentaciones.

—Agusten, ella es Sanela, de quien tanto te he hablado.

Traté de seguir con mi actuación de la perfecta sobrina, pero Jericho se despidió de mi tío tras un apretón de manos y salió por una de las terrazas laterales, así que sin saber exactamente si estaba en medio de una conversación con mi interlocutor o si ya habíamos terminado, inventé una disculpa y abandoné a esa persona a la que no le estaba prestando atención.

Cuando finalmente pude llegar a la terraza, allí también estaba Vida, a quien Jericho le estaba diciendo algo en secreto, aparentemente muy divertido, pues ella se reía calladamente.

—Ahí estás —dijo Jericho en lo que me vio llegar y Vida dio un brinco—. Temía haberte perdido en la multitud.

Estiró la mano en mi dirección y me apresuré a tomarla, incrédula, pero esperanzada ante todo aquello. La llevó a sus labios, volvió a besarla y esa comezón bajo mi piel se incrementó.

—¿Dónde está Aaron? —pregunté con la mitad de mi cerebro que todavía funcionaba. La otra estaba ocupada sintiendo la suave caricia de los dedos de Jericho en los míos.

—Se encontró con uno de sus conocidos —explicó Vida—. Sabes que la mayoría de los que están aquí vienen todos los años y todos pasan por el bar de Montauk. Aaron conoce a un montón de gente, de la divertida, no de las estiradas que pasan por la tienda de mi mamá.

—Deberíamos brindar los cuatro por el comienzo del verano—dijo Jericho mirando a mi amiga, pero sin dejar de acariciar mis dedos—. Vida, cariño, ve por Aaron y trae más *prosecco*. Es tiempo de que inauguremos nuestra propia fiesta.

—Eso suena a diversión —dijo ella con una sonrisa enorme y salió de la terraza muy obediente y muy apurada.

—¡Dios, cómo odio el *prosecco*! —dijo Jericho con hastío en lo que Vida desapareció.

—Pero le pediste...

—Solo para que nos dejara solos y poder escaparnos de su charla incesante. —Soltó mi mano, posó su dedo sobre mi nariz y sonrió, y yo esperaba lo que vendría a continuación—. Seguro que tu tío tiene por allí algo bueno de beber, algo sin tantas burbujitas.

—Hay un bar abierto en la fiesta...

—No, algo que no esté allí, algo solo para nosotros.

—Imagino que en su oficina...

—Te sigo —dijo e hizo una reverencia algo pasada de moda.

Salí de la terraza adentrándome en la casa con Jericho siguiéndome no muy de cerca. La oficina estaba cerrada, debido a la fiesta, pero la llave estaba cerca, así que, tras mirar a ambos lados del pasillo y estar segura de que no había testigos, abrí y esperé dentro dirigiéndome de una vez al gabinete de licores.

—Elegante —dijo Jericho en lo que entró, mirando a su alrededor.

—¿Esta está bien? —pregunté enseñándole la botella.

—Lagavulin. Perfecto. Mi favorito —dijo mientras inspeccionaba los libros, las fotografías e incluso el escritorio y algunas gavetas.

—¿Qué buscas? —dije poniéndome un poco nerviosa y no era únicamente por estar sola con Jericho en una habitación cerrada. No nos iría bien si nos encontraban allí.

No era que tuviera el acceso negado a algunas partes de la casa o que mis tíos me hubiesen prohibido explícitamente que bebiera alcohol, nada de eso. Con Mark y Ally no existían reglas, al menos nunca las habían ni siquiera insinuado, pero de todas formas tenía la sensación de estar haciendo algo indebido.

—Cigarrillos.

Fui hasta el armario donde sabía que mi tío guardaba los paquetes, tomé uno y se lo di.

—No deberíamos estar aquí —dije nerviosa, tratando de escuchar ruidos de pasos que se aproximaban.

—Tienes razón. Deberíamos estar divirtiéndonos. Vamos.

Jericho abrió la puerta del despacho que daba a los jardines, me hizo una señal con la cabeza para que lo siguiera y salió. Lo seguí hasta la escalera que descendía hacia la playa donde paré para quitarme los zapatos.

Cuando llegamos a la arena, Jericho ya había abierto la botella y le estaba dando un largo trago. Su corbata había desaparecido y los tres botones superiores de su camisa estaban desabrochados.

—Esto sí vale la pena —dijo sonriendo antes de dar otro trago—. ¿Quieres probar?

Me extendió la botella, la tomé, di un trago y no pude suprimir la mueca de asco.

—Sabe a madera picante —dije y Jericho estalló en una ruidosa carcajada.

—Es un gusto adquirido. El próximo trago te sabrá mejor.

Lo dudaba. El por qué la gente querría adquirir ese gusto particular era todo un misterio, pero como todo misterio, demandaba ser descubierto así que di otro trago antes de devolverle la botella.

—¿De qué hablabas con mi tío? —pregunté mientras caminábamos casi por la orilla del mar, él dando cuenta de la botella y yo rezando para que no me la ofreciera nuevamente.

—Negocios.

—¿Negocios?

—Recibí parte de mi herencia hace unos meses y estoy buscando dónde invertirla.

Puso la botella en la arena y encendió un cigarrillo antes de recuperarla.

—No sabía.

—No sabes mucho de mí. No eres curiosa y eso es un alivio. Me gusta. —Dio otro trago. Ya más de la cuarta parte del líquido ambarino había desaparecido—. Tu tío me dijo que llamara a su oficina para pedir una cita y que hablaríamos de crear una cuenta de inversión, aunque imagino que los mejores datos son para los amigos.

—Datos como cuáles.

—Las acciones que van a subir, las que se ven bien a mediano y largo plazo. El mercado de valores es muy complicado. —Se encogió de hombros y ese gesto me hizo sentir como una chiquilla que no entendía nada, como la niña que me había acusado de ser el día del juego de billar.

—Sobre todo después de que estalló la burbuja inmobiliaria —dije rebelándome contra esa sensación de ser pequeña, poca cosa. No quería sentirme así, no con Jericho—. Todo parece estar cayendo en cadena, por lo que lo más recomendable es refugiarse en títulos estables, seguros, de ganancias sostenidas, aunque poco exorbitantes.

—¿Como cuáles? —me dijo con una nueva apreciación en sus ojos.

—Walmart o Dollar Tree. En tiempos de recesión —recité lo que había escuchado en el vuelo de venida—, esas compañías enfocadas en ventas al detal para las clases menos pudientes se mantienen estables.

—Hermosa e inteligente. —Jericho sonrió ampliamente—. ¿Qué más puedo pedir?

—Son las ventajas de hablar poco y escuchar. —Le sonreí de vuelta regodeándome en el cumplido—. Contrario a lo que piensas, sí soy curiosa y quiero aprender, aunque no me guste estar por ahí interrogando a las personas. Eso es invasivo y no me gusta que me lo hagan a mí.

—¿Y qué escuchas cuando hablas poco, princesa Praliné?

Estábamos ya alejados de la casa, aunque todavía podía ver las luces del jardín.

Jericho había vuelto su mirada al mar, a esa negritud que se extendía ante nosotros y de la que solo la espuma hecha por las olas al romper daba algún indicador de su existencia.

—Lo que la gente piensa, lo que nunca diría en voz alta si entendiera que les estás prestando atención, que escuchas lo que está debajo de sus palabras.

—¿Y qué piensa la gente que está cerca de ti? ¿Qué está debajo de sus palabras?

—Muchas cosas. Que no soy suficientemente extrovertida o divertida o sofisticada o delgada. —Hice una mueca que nadie vio—. A mis padres les preocupaba mucho que no me adaptara o que tuviera alguna enfermedad genética que surgiera con el tiempo.

—¿Por qué?

—Soy adoptada —dije lanzando las palabras más como una

revelación que como un reto. Siempre había una nueva sensación cada vez que lo admitía en voz alta y casi nunca era una agradable—. Fui abandonada a los pocos días de nacida en un orfanato en Bosnia, probablemente producto de alguna violación por parte de un oficial serbio. Hubo muchos casos así, incluso al principio de la guerra, antes de la masacre de Srebrenica.

El silencio nos acompañó un rato, solo interrumpido por el sonido de las olas.

—¿Lo recuerdas? —preguntó finalmente todavía mirando al mar. De cierta forma era más fácil así—. ¿La Guerra?

—Nací y viví en medio de ella por siete años. No conocía otra cosa, pero eso no lo hace normal. Dicen que los hijos de la guerra son más fuertes, pero yo no lo soy. —No pude evitar la sonrisa amarga—. El mundo es grande, confuso, me asusta. Es como el mar. Te hace creer que es suave, cálido, lleno de color, de diversión, pero puede llegar a ser horrible, hundirte, tragarte. Vivo con miedo de no encajar nunca, aun después de tanto tiempo, de que la gente sepa qué soy, de dónde vengo, y me juzgue por ello. También me da miedo que, por alguna razón, el horror vuelva. Es como si siempre estuviese esperando que el proverbial zapato caiga porque no tengo control sobre nada. No sobre lo que fui, lo que soy o lo que seré. Siempre parece que me define algo que es ajeno a mí.

Terminé de hablar y mi respiración estaba agitada, el inconfundible sabor de las lágrimas en el fondo de mi garganta. No podía creer que le hubiera dicho todo eso, era algo que nunca le había contado a nadie, unos sentimientos que no me había atrevido jamás a poner en palabras temiendo conjurar un destino que intentaba retrasar.

Tal vez fue la oscuridad, el sonido arrullador de las olas del mar, el *prosecco* mezclado con el escocés...

—Tienes que tener cuidado, Sanela —dijo Jericho finalmente tras botar la colilla en la arena—. A pesar de todo, princesa Praliné, eres inocente, dulce, pero la mayoría no es así. Tomarán tus miedos y los convertirán en su propio instrumento de diversión. Ellos también escuchan, pero tienen algo que tú no: malicia. —Dio otro trago a la

botella—. Las personas, incluso a las que les va bien en la vida y no les falta nada, a esas a las que tu historia nunca les tocará ni de cerca, viven aburridas y son egoístas. Por salir de ese estado de sopor, simplemente por el deseo de sentir algo que los aleje de su mortal cotidianidad, son capaces de hacer daño. Tal vez no sea intencionalmente, tal vez sí, pero todos tenemos una pequeña veta de maldad que espera deseosa salir a flote y la justificamos simplemente porque nos hace sentir algo. Es sensato temer al mundo porque sus colores ciegan, engañan.

—¿Por qué me dices eso? —pregunté confundida. Parecía que estábamos teniendo conversaciones diferentes.

—Porque vas a ir a Nueva York después del verano y esa ciudad se come a chicas como tú en el desayuno, y porque yo probablemente voy a estar allí. —Dejó de ver el mar y se volteó hacia mí con una sonrisa un poco triste en la boca—. Soy egoísta y me aburro fácilmente y a mi oscuridad malvada siempre le ha atraído la luz, y ahora está hambrienta después de un periodo de abstinencia y quiere consumir toda esa luz blanca que sale de ti, arrojarse en ella para sentir algo nuevo, diferente, cálido, hasta que la consuma totalmente, hasta que se agote.

No escuché la advertencia enmascarada en sus palabras porque la cuidadosa Sanela no era más que una adolescente y, a pesar de su miedo, tenía cierto gusto por el peligro retórico de un príncipe hermoso y torturado.

¡Demándenme si gustan!

Lo único que realmente registré de las palabras de Jericho, lo único que me importó, fue su deseo de arrojarse en mí, esa necesidad que creí ver en sus ojos de algo que solo yo podía darle. Conocía bien el sentimiento y también la decepción cuando ese anhelo no era entendido.

Así que esa vez fui yo la que se paró de puntitas para poner mis labios sobre los de él, para borrar de golpe esa tortura que surcaba su rostro haciéndolo parecer mucho más cautivador.

Mi pecho se llenó de satisfacción al sentirlo responder a ese beso. Primero con esa ternura de la primera vez que, poco a poco, fue

escalando.

Con cada paso de su lengua, con cada apretón de sus manos en mi cuello, en mis brazos, conquistaba un nuevo espacio que no sabía que estaba allí, pero que me hacía querer seguir explorando qué habría en el siguiente nivel.

Me sentía como Amelia Earhart, valiente y decidida, queriendo siempre alcanzar el próximo récord, la mayor altura, aunque me costara la vida; porque por primera vez en mucho tiempo no tenía miedo y no me sentía sola.

Recordé a Vida y su descripción de besos que marcaban y hacían sentir tus labios del doble de su tamaño y me di cuenta, tal y como sospeché, que el anterior no había sido nada, que con Jericho cada beso era un primer beso porque despertaba cosas nuevas, entre ellas una audacia que nunca creí poseer.

Fue entonces cuando decidí que quería completar el panorama que mi nueva mejor amiga había pintado para mí de forma tan casual, como si fuese algo esperado, que todo el mundo hacía.

Me separé un poco de su cuerpo y sentí una gran satisfacción al ver cómo su boca perseguía la mía, codiciosa, hambrienta, y esa boca, ese deseo, me hizo querer cruzar por primera vez la línea del buen comportamiento, de traspasar el mundo de mis fantasías recién descubiertas y llevarlas a la realidad.

Parecía tan sencillo, tan natural.

Silencié la pequeña voz de protesta en mi mente con argumentos que rezaban que, en el medio de mi oscura soledad, el mundo había puesto en mi camino a alguien que me escuchaba, que me entendía, que se preocupaba, que llenaba mi cuerpo de sensaciones nuevas que parecían correctas.

Mi vida era un ejemplo perfecto de cosas buenas que desaparecían en un pestañeo cuando las daba por normales y no quería volver a estar en la posición de preguntarme si las había disfrutado al máximo cuando hacerlo ya no era una opción.

Llevé las manos a mi cuello y deshice el nudo que mantenía sujeto mi vestido, dejándolo rodar por mi cuerpo hasta que aterrizó en la arena, como un cúmulo de algas dejado allí cuando la marea se

retiraba.

Era como si la Sanela que había existido durante dieciséis años se hubiese ido a tomar una siesta y una persona completamente diferente hubiera tomado posesión de mi cuerpo. Se sentía bien, liberador, ser esa Sanela que solo existía en mis momentos más solitarios, una que tenía control sobre algo, aunque fuese solo sobre ella misma.

Los ojos de Jericho se abrieron un poco, sorprendidos, para luego recorrer cada espacio de mi piel y su mirada me dijo que no había nada mal conmigo, que mi trasero no era muy grande ni mis pechos muy pequeños, que no importaba que mi piel no se tostara por el sol o que mi cabello se volviera casi blanco en el verano. Todo estaba bien.

—Vamos a nadar —le dije sintiendo que no cabía dentro de mi cuerpo, que era más que esa historia que me definía.

—Espera —dijo y me tomó de la mano deteniendo mi avance hacia las olas.

Por un momento temí que todo hubiese estado en mi imaginación, que Jericho tuviese mejor cabeza que yo y me dijese que no, que era una niña tonta, que esa otra Sanela era una chica terrible e irresponsable, indigna de las oportunidades que la vida había puesto en su camino; pero simplemente llevó sus manos a mi cuello y me quitó el colgante de diamante.

—No querrás perder eso en el océano. —Me sonrió con complicidad—. Hay algunas cosas que cuando se pierden no pueden ser reemplazadas.

Otra advertencia que no escuché.

Retomé mi camino hacia el mar, dejando que el agua refrescara mi piel caliente y atormentada por ese simple toque de sus manos y le permití al aterrador mar oscuro que me calmara, que su sonido me impidiera pensar en qué demonios estaba haciendo allí prácticamente desnuda, esperando a alguien que bien podría no estar interesado. Busqué dentro de mí esa adrenalina burbujeante de, por primera vez, estar haciendo algo que se parecía mucho a lo que yo quería, no a lo que otros esperaban, hasta que sentí sus manos

abrazándome por la cintura, su pecho desnudo contra mi espalda, sus piernas rozando las mías.

Me besó el cuello, el hombro y luego me volteó para que quedara frente a él y sus labios volvieron a estar sobre los míos: demandantes, hambrientos.

La sensación de mis pechos desnudos contra su pecho, de nada entre nuestras pieles más que agua acariciándonos, compartiendo ese momento con nosotros como único testigo, era tan estimulante que me arrancó un gemido que me sorprendió.

Extrañamente no estaba asustada, no me sentía observada, juzgada o vulnerable, ni siquiera cuando tomó mi trasero y me impulsó hasta que mis piernas rodearon sus caderas, tampoco cuando una de sus manos encontró la vía para colarse debajo de mis bragas y sus dedos comenzaron a masajearme justo allí.

Un grito escapó de mi garganta, asombrado de que pudiera sentir tantas cosas para las cuales no tenía definición.

—No pasa nada —me dijo en voz baja, jadeando un poco él también. Presionó la yema de sus dos dedos con más intención entre esas capas escondidas—. ¿Quieres que pare?

No podía hablar, así que solamente negué con la cabeza.

Metió un dedo en mi interior y mi espalda se arqueó como si hubiese sido víctima de una descarga eléctrica.

—¿Duele?

—No —dije en medio de un suspiro.

—Bien.

Continuó acariciándome con sus dedos experimentados, besándome con su boca que parecía saber exactamente en qué lugar aterrizar, con sus dientes que pasaban sobre mis hombros, mis pechos, hasta que no pude subir más, hasta que la gravedad me forzó a caer y el vacío en el estómago se convirtió en la más deliciosa sensación que había experimentado.

Todos los músculos de mi cuerpo se relajaron, dejándome flácida en sus brazos. Solo su mano en mi trasero me impedía seguir deslizándome hasta llegar al fondo del mar y de haberlo hecho no estaba segura de poseer la voluntad para patalear hacia arriba.

Estaba demasiado feliz dentro de mi propia piel para hacer esfuerzo alguno para cambiar alguna cosa.

Sin embargo, allí donde mi caída era detenida por sus manos y mis piernas, que continuaban alrededor de su cintura, sentí algo que despertó todo lo que estaba deliciosamente dormido. Las cosquillas regresaron en esa parte que creía satisfecha cuando sentí el bulto rígido que me aguardaba en el otro cuerpo con el que compartía el espacio.

Tomé un poquito de aire, algo asombrada, y mis ojos medio adormecidos se abrieron por la sorpresa. Jericho sonrió presumido mientras levantaba una ceja.

—Creo que voy a necesitar tu ayuda para deshacerme de eso—me dijo al oído y luego tomó el lóbulo de mi oreja entre sus dientes—. ¿Vas a ayudarme? Di que sí.

—Sí —respondí y mi voz salió ronca.

Jerichó me presionó un poco más contra ese bulto, moviéndome contra él y el deseo aparentemente saciado se encendió nuevamente como si nunca hubiese sido apagado. Me deslizó por su cuerpo hasta que mis pies tocaron la arena del fondo. El agua me llegaba allí donde comenzaban mis costillas y a Jericho un poco más abajo de la cintura.

Después de todo lo que habíamos hecho y de lo que, estaba segura, todavía nos quedaba por hacer, estar allí con mis pechos al aire me hizo sentir expuesta. Estaba en proceso de cubrirme con mis brazos cuando Jerichó tomó mi mano y la guio bajo el agua, pasando la frontera del elástico de su ropa interior hasta encontrarme con esa carne rígida sobre la cual me hizo cerrar la mano.

Era de cierta forma suave, aunque al apretar podría sentir la dureza que yacía debajo. Era delicioso mover la mano y sentir esa textura extraña que me hacía querer seguir explorando, sentir cómo se hinchaba aún más, cómo daba involuntarias sacudidas cuando presionaba ciertos puntos. La fascinación se volvió exaltación cuando escuché a Jericho jadear sorprendido, cuando su mano se cerró sobre la mía para guiar mi movimiento, que resultó requerir más fuerza y presión de la que estaba utilizando.

Lo sentí mover las caderas desesperado bajo el agua, echarse casi con rabia contra mi mano, morder mi quijada, mis labios, desenfrenado, casi enloquecido.

—Lo estás haciendo muy bien, como lo hice yo escondido en la playa después de que puse mis dedos en tu boca —me dijo entre jadeos cuando su boca no estaba buscando mi piel con frenesí y la imagen se grabó en mi mente como una marca.

Era de cierta forma poderoso hacer que un hombre reaccionara así ante mí, me sentía en control, adulta, enorme, y solo esa sensación casi me hizo explotar cuando lo sentí ponerse aún más rígido y algo caliente deslizarse por mi mano.

Nos tomó un momento a ambos recuperar el aliento y regresar a la orilla donde nos echamos en la arena, uno al lado del otro, en perfecta y silenciosa compañía.

—Últimamente eres lo último en lo que pienso antes de dormir y la primera imagen que me viene a la mente cuando despierto —dijo mientras acariciaba distraídamente mi brazo—. Me he corrido tantas veces pensando en ti que estoy pensando en ir al psicólogo. Me tienes completamente embrujado, Sanela Darby, con tu sonrisa tímida, tus avances inocentes...

—Yo también pienso mucho en ti, cuando nadie me ve, cuando estoy sola.

—¿No te asusta?

—No. Es lo único que no me asusta.

Jericho apareció sobre mí. Su cuerpo mojado nuevamente en contacto con el mío.

—Prométemelo, Sanela, prométeme que, así como esto, todas tus primeras veces serán conmigo. No hoy, no mañana, cuando estés lista, cuando tú quieras.

En ese momento hubiese podido prometerle toda la sangre de mi cuerpo y hasta mi alma inmortal si me lo hubiese pedido, pero no hizo falta. La promesa quedó sellada con un beso ardiente que ahuyentó el frío de la noche sobre mi piel mojada.

Capítulo 9

Ahora

Nunca pensé que volvería, no después del verano en el que Agusten y yo comenzamos a estar juntos, no desde que comencé la universidad y Harvard puso miles de excusas a mi disposición para no pasar más de un fin de semana en esa casa.

Era una hermosa casa si la evaluaba con interés inmobiliario. Muchas casas en Los Hamptons parecían mansiones que, más bien, deberían estar en un paisaje montañoso o en las colinas de Beverly Hills. Sin embargo, la de mis tíos, a pesar de su grandeza, de sus obras de arte convenientemente iluminadas y una cantidad de habitaciones que parecía nunca ocuparse por completo, conservaba esa vibra playera, con espacios abiertos y frescos, con cortinas blancas agitadas por el viento, terrazas, sus muebles claros y pequeñas alfombras de área.

No obstante, no podía ser objetiva, era imposible concentrarme en esos detalles que la hacían una propiedad única, costosa y con personalidad pues, donde quiera que mirara, había recuerdos de mentiras y engaños, de errores y arrepentimientos que ni siquiera los buenos tiempos posteriores habían podido borrar.

Quincy tampoco lo estaba haciendo fácil. Había hablado con Agusten sobre la noche en que nos conocimos y, cuando escuchó su historia, esa que a mi novio le gustaba tanto relatar, recordó aquel vestido verde de la colección de verano de ese año, uno que había estado entre nuestros modelos más exitosos, y recreó una versión parecida, aunque moderna y mucho más adulta. Seguramente

esclavizó a unos cuantos empleados para tenerme un modelo exclusivo y de alta costura, inspirado en un vestido playero para una jovencita, justo a tiempo para la fecha de la fiesta.

Sin embargo, y a pesar de los cambios en el modelo, de que ya no llevaba el cabello lacio hasta los hombros sino en un *bob* asimétrico muy moderno, de que mi rostro había perdido la redondez infantil y mis ojos la inocencia, la visión que me devolvía el espejo se parecía mucho a la que fui, a la que creyó, a la que se enamoró como una estúpida del primero que se tomó el tiempo de mirarla, de escucharla, de hacerle creer que la entendía.

—¡Ahí estás!

Ally entró emocionada en la habitación y su mirada se dulcificó en lo que me vio parada frente al espejo. Obviamente, la visión que a mí me aterraba a ella le traía los más dulces recuerdos.

Casi no habíamos tenido tiempo de hablar pues su vuelo desde Indonesia se retrasó y había llegado apenas tres horas antes, aprovechando cada segundo disponible para que todo estuviese según sus estándares cuando de una fiesta tan importante se trataba.

—Te ves tan linda, como si el tiempo no hubiese pasado —dijo parándose detrás de mí y colocando su cabeza sobre mi hombro para mirarme a través del espejo—. La idea de Quincy de reformular ese vestido resultó brillante. Ni siquiera lo recordaba. Es muy favorecedor.

—Agusten lo recuerda por todos nosotros.

—Es un joven tan agradable, de buena familia, de bajo perfil, sin escándalos, sin mencionar que sale genial en las fotos. —Ally sonrió soñadora—. Desde el principio supe que eran el uno para el otro.

Le sonreí de vuelta a través del espejo y me abrazó por la cintura.

—No puedo creer que vayas a casarte —dijo con los ojos haciendo agua.

—Si te pones así solo por la fiesta de compromiso, el día de mi boda serás tú la que no quede bien en ninguna foto, más cuando te pares al lado del novio tan amado por la cámara.

Se rio un poco y se secó las lágrimas sin derramar con el reverso de la mano.

—Tienes razón. Aunque los años me hayan vuelto una sentimental, no puedo permitir quedar retratada llorosa para la posteridad y hoy habrá por aquí muchos fotógrafos. —Respiró y volvió a verme sonriendo hasta que un casi imperceptible movimiento de sus cejas me dijo que algo no estaba bien—. Cariño, no te pusiste zarcillos. ¿No trajiste los de jade que te regalé? No puedes llevar las orejas desnudas, no cuando llevas el cabello de esa forma.

—No lo había decidido todavía.

—Eso no hay ni que pensarlo. ¿Es que no te he enseñado nada?

—Ustedes dos —Mark entró a la habitación salvándome de la inevitable discusión sobre mis habilidades en arreglo personal—, los Clermont llegarán en cualquier momento, después los invitados y la planificadora de eventos no hace sino preguntarme cosas para las cuales no tengo respuesta.

—Quincy está allá abajo y lo tiene todo bajo control —dijo Ally deteniendo el camino que ya había comenzado hacia mi pequeño joyero—. La chica solo te pregunta a ti porque te ves arrebatador en ese Tom Ford.

—¿Esta cosa vieja? —dijo tocándose la solapa y todos reímos—. Preferiría usar un Darby.

Lo miré poniendo los ojos en blanco. Ese Tom Ford y Mark tenían una relación más larga que cualquiera que Quincy hubiese comenzado en los últimos tres años.

—No puedo creer que yo me tome la molestia de actualizar tu guardarropa por temporadas —le dije con fingido reproche—, y tu insistas siempre en usar ese traje cada vez que hay una ocasión importante.

—Un Tom Ford es como los diamantes: eterno. —Se tocó los bolsillos del traje—. Hablando de diamantes...

Sacó una cajita de terciopelo.

—Felicitaciones, mi niña. —Me dio un beso en la mejilla y me entregó la caja—. Una joya para la joya de mi vida.

Curiosa, abrí la caja para encontrar una cadena de oro blanco con un colgante de diamante en forma de lágrima.

El aire a mi alrededor se volvió demasiado caliente y grueso para

respirarlo normalmente y por instinto mi mano fue hasta mi cuello buscando el original que debería haber estado allí.

—Es para reponer el que perdiste el primer verano que pasaste aquí. ¿Recuerdas cómo te pusiste? —Mark me miró sonriendo indulgente—. Nunca había visto a nadie llorar tan desconsolada por un collar. Me rompió el corazón, y aunque me ofrecí a comprarte otro, no quisiste.

—No se trataba del collar, sino de lo que significaba haberlo perdido —dije ateniéndome a la historia que inventé para justificar, con palabras reales pero otro sustantivo, el ataque de llanto incontrolable que me sobrevino en ese momento—. Estaba triste por no haber cuidado el primer regalo de joyería que me diste.

—Y finalmente, después de tantos años —prosiguió Mark—, encontré la ocasión para darte otro que también tenga un significado.

—Gracias. —Lo abracé y le di un beso en la mejilla—. Te quiero un montón, tío Mark.

—¿Estás feliz, Sanela? —preguntó tomando mi cara entre sus manos—. ¿Agusten te hace feliz?

—¡Mark! —protestó Ally—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—La que corresponde en un momento como este. No voy a entregar a mi niña perfecta a alguien que no la merezca.

—Agusten Clermont es perfecto —insistió Ally.

—Cálmense ustedes dos —intervine. Aunque se amaban con locura y raramente peleaban por algo serio, sus discusiones por tonterías podían extenderse por días—, y dejen de actuar como si me casara hoy y no existiera el divorcio ni los acuerdos prenupciales.

Los dos se me quedaron mirando con la boca abierta. Definitivamente no era la frase más acertada para ser dicha en voz alta el día de mi fiesta de compromiso, al menos no una que diría una novia enamorada, y yo estaba enamorada. Lo estaba.

No me quedó sino reírme para enmascarar mi indiscreción.

—Deberían verse las caras —dije y los señalé con el dedo, disfrazando como una broma la frase que había soltado sin darme cuenta.

El ambiente se distendió un poco y Quincy vino a salvarme para

anunciar que los Clermont estaban llegando.

La fiesta transcurrió como se suponía: con casi un centenar de personas, entre amigos de ambas familias y asociados de negocios, el champán corriendo libremente, un bufé enorme y exquisito, los discursos de todos los que quisieron dar su opinión sobre lo bien que íbamos Agustén y yo juntos, y el tradicional brindis de felicitación.

Aunque algunas veces estuve a punto de sufrir una contractura muscular en la cara de tanto sonreír, sobre todo ante bromas que no eran graciosas, y una crisis de antipatía ante tantas preguntas personales que me fueron hechas, la mano de Agustén en la mía, como tantas otras veces, me dio la fuerza que necesité para no estallar y probar a todos de una buena vez que tenía el temperamento y mal carácter asociado a mi cargo.

Cuando la orquesta comenzó a tocar viejos éxitos de Frank Sinatra y la multitud se dispersó a procurarse su propia diversión, sabía que la tortura había terminado, que finalmente mi momento de pecesito dorado en acuario, de mono en zoológico, llegaba a su fin.

Agustén, por siempre salvador providencial, me llevó al centro de la pista para apartarme de toda la gente, de todas las preguntas y los comentarios. Nunca me había sentido tan segura y protegida como cuando sus brazos me rodeaban. Siempre había sido eso: mi protector.

—Después de tantos años, imaginé que ya estarías acostumbrada a este tipo de cosas —me dijo mientras me balanceaba al ritmo de la música.

—Es más fácil, pero no es mi escena. Cuando se trata de eventos corporativos, sé que es trabajo y actúo en consecuencia con mi capa de mujer de negocios sobre los hombros. Sin embargo, cuando una cantidad de personas que apenas conozco quiere parecer feliz por mí solo con el objetivo de averiguar algo sobre mi vida, si los vamos a invitar a la boda, dónde vamos a vivir y si planeamos tener hijos, me parece tremendamente invasivo. ¿Qué les importa adónde vamos a ir de luna de miel? —Suspiré frustrada—. Y no me hagas empezar con las miradas. Los conozco bien, están tratando de calcular cuántos kilos tengo de más y si esos kilos son de felicidad o de depresión, y

no puedo decirles lo que realmente pienso de ellos sin arruinar la fiesta y ofender a los amigos de Ally. Es esa la razón por la que mi tía maneja la mayor parte de las relaciones públicas de Darby.

—No todo el mundo es así, Sanela. No todo el mundo es terrible.

«Todos tenemos una pequeña veta de maldad», pensé, pero no lo dije.

—Algunas veces todavía creo ver en ti destellos de esa niña tímida que conocí en esta casa —dijo y me dio un suave beso en la mejilla.

«Ya no era tímida cuando te enamoraste de mí, tal vez nunca lo fui. Estaba asustada, de mí misma, de las cosas que era capaz de hacer. De esa Sanela que estaba emergiendo y no era socialmente aceptable. No era buena».

—¡Sanela! ¡Agusten!

La voz de mi tío a mis espaldas me hizo poner los ojos en blanco, aunque fue más un gesto cómplice hacia mi pareja que de verdadera molestia.

Seguramente Mark quería pedir su baile reglamentario con la futura novia ya que nunca había podido resistirse a Sinatra o Bennet, y Ally era el tipo de persona que prefería no mostrar en demasía su falta de oído musical ante sus conocidos. Como ya estábamos cerca del borde de la pista, me volví con una sonrisa indulgente en el rostro que se deshizo al instante al notar la figura alta y oscura parada a su lado, una que pareció robar toda la luz a mi alrededor porque desde siempre ese había sido su poder.

«Esto no puede estar pasando. No hoy. No aquí».

Era como ser visitada por la mismísima parca o el fantasma de los veranos pasados.

Claro que, en teoría, los fantasmas no envejecían. En todo caso, y según algunas leyendas, se deterioraban desintegrándose al mismo tiempo que su carne mortal y, sin embargo, el espectro que tenía ante mí solo había mejorado con los años como el escocés de malta que tanto le gustaba.

—Quiero presentarles a un gran amigo y mejor cliente —anunció Mark cuando nos acercábamos o, mejor dicho, cuando Agusten me llevó hacia ellos, porque lo que mis piernas querían hacer era correr

hacia el próximo estado, tal vez hasta el siguiente país fronterizo, y esconderme adentro de una iglesia antigua, con un crucifijo en la mano, para mayor seguridad—. Agustén, Sanela, él es Jericho Huxley.

—Felicitaciones por su compromiso —dijo estrechando la mano de Agustén. Luego me miró con esos ojos oscuros que, aun después de tantos años, me desarmaban quitándome el poder del habla—. Disculpa que haya llegado tan tarde.

Mi estómago se contrajo de forma dolorosa, una mezcla de miedo y furia, de emoción y odio. Quería gritar, reír, llorar, golpearlo y abrazarlo, todo al mismo tiempo, y me despreciaba por ello.

Obviamente sabía que Jericho Huxley, probablemente, seguía allí en el mundo haciendo de las suyas, pero nunca pensé volverlo a encontrar, menos en esta casa en medio del verano, por lo que nunca pude anticipar el tipo de reacción que me produciría y prepararme adecuadamente para ella.

—Llegaste justo a tiempo —intervino Mark.

—Eso espero. —Jericho me sonrió de una forma que se sentía íntima, privada.

—Solo te perdiste la parte aburrida de los brindis y los discursos —continuó Mark y luego se volvió hacia nosotros—. Jericho vive en Londres y, a pesar de que he manejado su cartera de inversiones de este lado del Atlántico por casi una década, es muy raro verlo por aquí.

—Bienvenido —le dijo Agustén, siempre afable—. Gracias por acompañarnos en este día y espero que disfrute su estancia.

—Gracias.

Jericho sonrió nuevamente y no podía entender cómo las personas a su alrededor no notaban que esa sonrisa no era solo un movimiento de sus comisuras generada por algún tipo de emoción, sino que tenía toda una intención detrás, una que no estaba segura de querer descubrir, pero que podía intuir que no era casual, no era del tipo «pasaba por Los Hamptons justo el día de tu fiesta de compromiso y no pude decir que no».

—Un placer señor Huxley —dije con mi mejor sonrisa diplomática, aunque estaba más que lista para correr a esconderme en el baño

más cercano hasta que pudiera respirar normalmente o hasta que el despertador sonara y abriera los ojos para darme cuenta de que estaba en nuestro departamento en Nueva York con Agusten a mi lado, que todo esto no era más que una pesadilla.

—¿Sería mucho atrevimiento pedir un baile con la futura novia?

«Hijo de puta desgraciado. Déjame en Paz».

—Para nada —dijo Mark como si fuera su decisión y, si era honesta, no creía que Agusten se hubiese negado aun sin la intervención de mi tío. Así funcionaba el mundo: Jericho Huxley ordenaba y el resto obedecía. Era el puto flautista de Hamelín y nosotros unas ratas descerebradas—. No puedo creer que en todos estos años nunca hayas conocido a mi Sanela.

«Yo lo traje hasta ti, yo lo traje a esta casa, y no quieres saber las cosas que hicimos en tu despacho, en tu cama, pero movió tan bien sus piezas que nunca nadie lo notó».

—Señorita Darby —dijo ofreciéndome su mano y estuve a punto de rechazarla, de hacer una escena, pero no iba a arruinar mi propia fiesta de compromiso por un incómodo fantasma del pasado.

Le di la mano y dejé que me condujera hasta el centro de la pista mientras la orquesta comenzaba a tocar *Te llevo bajo mi piel*.

¿Sería que había sobornado a los músicos? Con él no podía descartar ninguna opción.

Me rodeó con sus brazos y, aunque esperé sentir alguna especie de repulsión o al menos el inicio de un ataque de pánico, mi cuerpo se amoldó al de él como un pie cansado en su par de zapatos preferido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté porque estaba terriblemente molesta con mi propio cuerpo y su traición, aunque sabía que en cualquier juego de poder el primero en hablar tenía las de perder.

—Ahora estoy aliviado. Allá atrás pensé que me habías olvidado.

—Me hizo girar—. Eso habría roto mi corazón.

—Tú no tienes corazón.

—Bueno, hay algo que latió muy fuerte en mi pecho cuando entré y te vi con ese vestido verde que se parece tanto a aquel que tiraste en la arena de la playa para invitarme a nadar desnudos. Ese fue el

primer día que tuve el placer de poner mis dedos dentro de ti, de besarte como se debe. ¿Lo recuerdas tan bien como yo? ¿Te atormenta tanto como a mí?

Una sensación extraña me invadió el pecho. Una mezcla de vergüenza por aquel día y de satisfacción idiota al enterarme de que él lo recordaba con suficiente detalle como para reparar en el color y modelo del vestido, como para darse cuenta de que traía puesto uno similar.

—¿Qué quieres, Jericho? —pregunté, negándome a que mis sentimientos me avasallaran.

—Siempre me encantó cómo suena mi nombre en tus labios. Nunca lo recortaste, nunca usaste Jer, o cariño, o cualquier otro sobrenombre tonto. Siempre me llamaste Jericho y después de ti nunca mi nombre sonó igual en otra boca.

—¿Qué quieres? —insistí con un tono mucho más molesto, dejándole claro que toda su verborrea ya no me afectaba como antes.

—No vas a casarte, Sanela.

Lo dijo con certeza y con calma, como si fuese un hecho consumado, como si yo fuese todavía aquella niña que hacía todo lo que me pedía.

—Estás loco.

—No vas a casarte porque en esa misma playa que está allá afuera me prometiste que todas tus primeras veces serían conmigo. —Me apretó un poco más contra su pecho y bajó la cabeza lo suficiente para susurrar en mi oído—. Te di tu primera borrachera, tu primer beso, tu primer orgasmo. Mi polla fue la primera que tuviste en tus manos, en tu boca, en tu cuerpo, en lugares que nunca imaginaste que te darían placer. Tus primeras veces fueron y serán más, y tu primer matrimonio no escapa de ese pacto.

Me quedé asombrada, atónita, recordando esos momentos que recitó con todos sus detalles; los buenos, porque los hubo, y también los terribles, los que me avergonzaban contaminando todos los demás, impidiéndome recordar mi primer amor como algo bonito. Jericho, por su parte, seguía moviéndose por la pista sin dar la menor evidencia de estar mínimamente afectado por lo que acababa

de decir, y esa duplicidad de su alma, esa cualidad que hacía imposible determinar cuándo era sincero y cuándo no, removi6 la decepci6n de la ni6a convirti6ndola en la rabia de la adulta.

—Se te olvid6 mencionar mi primera participaci6n en un asesinato
—dije mir6ndolo a los ojos.

La m6sica finaliz6 y Jericho se qued6 parado all6, rode6ndome con sus brazos y vi6ndome de una forma indescifrable.

—No sab6a que hab6as participado en otros.

Bes6 mi mano, sonri6 y se march6 dej6ndome con un cosquilleo residual en todo el cuerpo.

Capítulo 10

Antes

—¡Sanela! Hay algo para ti aquí.

Ally me descubrió tratando de escabullirme de la cocina a mi cuarto el día después de la fiesta por el inicio del verano. Todavía no había conseguido construir la historia perfecta de por qué desaparecí y prefería evitar a mi tía hasta que mi excusa estuviese lo suficientemente pulida.

Lamentablemente no había forma de seguir escondiéndome cuando me esperaba en la puerta del salón. Afortunadamente lucía una sonrisa enorme en la boca por lo que podía vaticinar que no estaba en problemas.

En medio de la estancia había un ramo de rosas rojas. Era tan grande, probablemente tres docenas, que era imposible ver cualquier otra cosa.

—Llegó para ti hace un rato.

—¿Para mí? —dije sintiendo que casi no podía hablar debido a la inconsistente toma de aire.

Caminé hacia el ramo como atraída por una fuerza sobrenatural y las manos me temblaban emocionadas cuando tomé la tarjeta.

«Espero que me des la oportunidad de conocerte mejor. Agusten Clermont».

¡¿Quién demonios era Agusten Clermont?!

—Es un chico tan caballeroso —dijo Ally, leyendo la tarjeta sobre mi hombro y evitando que, frustrada por no provenir de quién esperaba, la arrugara y la botara en un rincón—, y le causaste una

gran impresión.

—Sí, parecía agradable —dije porque, aunque no podía recordarlo con claridad, la mayoría de las personas que me había presentado la noche anterior parecían agradables.

—Al parecer no lo suficiente. —Ally se sentó en el sofá y me miró. Todavía sonreía, pero había algo que contaminaba esa sonrisa, un cierto toque de tristeza, de pena—. Desapareciste anoche.

«Piensa, Sanela, piensa en algo», gritaba mi mente, pero nunca había sido buena en eso de inventar mentiras al vuelo.

—Yo solo quería... —Miré mis manos buscando inspiración.

—Fui a buscarte a tu habitación —anunció y el estómago se me fue a los pies de puro pánico—. Te encontré dormida en tu cama a las once de la noche. ¿Qué clase de jovencita prefiere irse a dormir antes de la media noche cuando hay una fiesta en su casa?

«Una que regresó de la playa en un estado tan lamentable que no podía volver a aparecer en público como si nada hubiese pasado».

Después de despedirme de Jericho, mi cabello y mi vestido eran un desastre, así que me escabullí hasta mi habitación sin que nadie lo notara y me quedé dormida minutos después de haberme cambiado de ropa. Por suerte mi tía había ido a buscarme una hora después del «acontecimiento».

—No soy buena con las personas —dije a modo de disculpa, pero respirando normalmente—. Nunca sé qué decir o cómo actuar.

«Con la excepción de cierto chico inglés que me hace desnudarme en medio de la playa y no creo que eso te agrade más que el que desaparezca de tu fiesta».

—Sé que todo esto debe de ser muy duro para ti, nuevo; pero el aislamiento no te ayudará. —Suspiró y sonrió—. Por eso, me convertiré en tu nueva mejor amiga.

—¿Qué? —pregunté con horror.

—Hoy iremos de compras, a almorzar por ahí, al club de polo. Vamos a divertirnos.

—No tienes que hacer eso. Te prometo que...

—Quiero hacerlo. No pasamos mucho tiempo juntas cuando estabas creciendo y lo lamento. —Sonrió todavía más—. Anda a

cambiarte. Vamos a salir y planearemos los días siguientes.

Durante mucho tiempo, particularmente después de la muerte de mis padres, anhelé tener ese tipo de interacción, de camaradería, con Ally. ¿En ese momento de mi vida? Se sentía como otra capa de concreto arrojada sobre mí, dificultándome todavía más el poder respirar normalmente.

Con mi tía consumiendo todo mi tiempo, los dos días siguientes pasaron sin saber prácticamente nada de Jericho. No tenía su número, ni sabía dónde localizarlo, y las diversiones de mi tía no tenían ningún punto de unión con la ruta que mis amigos generalmente transitaban. Sin embargo, esperaba verlo aparecer en cualquier restaurante, en la calle, incluso en el club. Imaginaba que lo veía entrar en cualquier lugar que me encontraba, con su paso seguro y esa sonrisa de desprecio que reservaba para todo el mundo, menos para mí, y que nadie parecía notar. Cuando mi poder de convocatoria mental demostró no ser suficiente, fantaseé con la posibilidad de que, notando mi ausencia, desesperándose tanto como yo lo estaba, se presentaría en la casa con cualquier excusa.

No ocurrió, como tampoco llegó ningún mensaje, paloma mensajera o botella flotante.

Claro que hubiese podido preguntar a Vida, pero de cierta forma lo que sucedía con Jericho se sentía privado, mío, la única posesión de mi vida, y no quería compartirlo con nadie. Además, como ya no la veía debido a la agenda de relaciones públicas de mi tía, hacer la pregunta en medio de una conversación que no fuera por mensajes a través del teléfono se me hizo difícil.

Cuatro días después de la fiesta, que a mí se me antojaron como cuatro semanas, estaba como un adicto extrañando su dosis regular: inquieta, nerviosa, no podía disfrutar las cenas, los paseos, a los que mi tía me obligaba a asistir.

Fue en ese cuarto día, en medio de un intercambio de mensajes con Vida, en el que ella se quejaba de lo aburrido que se estaba tornando todo con mi ausencia, que me atreví a dejar caer mi pregunta disfrazada de afirmación.

«Estoy segura de que Aaron y Jericho encontrarán algo que hacer»,

escribí y la boca se me secó mientras esperaba la respuesta que me pareció que tomaba horas en llegar.

«¿Jericho? Se fue a Nueva York el día después de la fiesta en tu casa. No sé si regresará. ¿No te lo dijo?».

El delicioso pescado que estaba frente a mí en ese almuerzo en alta mar perdió todo su sabor y el enorme yate en el que estábamos se sintió, de repente, como una caja de zapatos.

Por patético y ridículo que pueda sonar, me enfermé. Esa depresión que había mantenido a raya desde la muerte de mis padres salió a flote, destruyendo con un solo intento toda la fuerza de voluntad que había empleado para mantenerla dentro. Comía poco, pasaba el día en la cama, y me atacaban extraños accesos de llanto.

Sabía que me estaba derrumbando por algo mucho menos terrible que otras cosas que me habían sucedido a lo largo de mis dieciséis años de vida, pero no podía hacer nada para evitarlo, no sabía cómo, y el no poder hablar de ello solo lo hacía peor.

Ally me sorprendió un día llorando inconsolablemente en la terraza y tuve que inventar algo que justificara mi errático comportamiento. No podía decirle la verdad, no podía decirle que el hombre con el que había nadado desnuda, aquel en quien había puesto mi confianza, mis sentimientos, mi cuerpo, y que me había hecho sentir, por primera vez, algo más que una posibilidad de que algún día se materializaría, simplemente había desaparecido sin despedirse. Dije lo del collar porque era lo más parecido a la verdad: Había perdido algo que representaba un afecto, un momento importante y, de alguna forma, aunque todavía no supiese cuál, era mi culpa.

Nada parecía sacarme de ese estado de sopor en el que había caído hasta que llegó el mensaje:

Jericho regreso ayer. Se está quedando en el Sole East Resort en Montauk. Habitación cuatro. Anoche pasamos un buen rato allí bebiendo cerveza, me escribió Vida una tarde y el dolor que vivía dentro de mí como un huésped indeseado pareció aliviarse mágicamente.

Estaba sola en la casa y no me detuve a pensarlo. Tomé el bolso y salí, así como estaba, sin reparar en si había peinado mi cabello o

detenerme a quitarme las chanclas y ponerme zapatos.

No tenía ningún plan, no sabía exactamente lo que buscaba, pero sí a dónde necesitaba ir para preservar esa poca sensación de bienestar. Era un impulso que salía de un poco más abajo de mi estómago, más bien a la altura de mis ovarios, y no obedecía razones ni escuchaba consejos, solo encontraba una mediana justificación en el hecho de que probablemente él no estaría allí. Nadie iba a la playa para pasar el día encerrado en un hotel.

Ese impulso temerario me acompañó hasta que me paré frente a la puerta de su habitación y llamé. Solo el ruido dentro hizo que por primera vez tomara consciencia de mi propia irracionalidad, pero aun así seguí allí, creo que marcharme hubiese sido imposible.

Jericho abrió la puerta y verlo fue como un bálsamo sobre una quemadura que ni recordaba que tenía.

Su cabello estaba desordenado, su camiseta negra arrugada, y bajo el borde de sus vaqueros oscuros se asomaban sus pies descalzos.

—¡Sanela! ¿Qué estás haciendo aquí?

No tuve tiempo de responder, Jericho inspeccionó ambos lados del pasillo y me haló por un brazo hacia el interior de la habitación, cerrando la puerta.

—¿Alguien te vio? ¿Alguien sabe que estás aquí?

—Hay demasiadas personas para que alguien me note. Además, nadie me conoce y soy buena en eso de ser invisible.

—¿Qué quieres? —dijo poniendo distancia entre nosotros para ir hacia una botella de Lagavulin que estaba en una mesa cerca de la ventana.

—Te fuiste.

—No puedo pasar el verano tirado en la playa. —Llenó el vaso, sin hielo, sin soda—. Tenía una reunión con mis abogados.

—¿Abogados?

—Negocios —dijo bajándose el contenido del vaso de un solo trago.

—Me alegra que hayas vuelto.

Jericho permanecía mirando por la ventana, con el vaso vacío en la mano, ignorándome. Era un dolor viejo, una herida antigua

infringida por una niñez donde fui constantemente ignorada y, por lo tanto, resultaba de cierta forma familiar; pero eso no significaba que doliera menos.

—Te extrañé —insistí y nuevamente no obtuve respuesta. Solo una espalda inamovible. Noté el sabor de las lágrimas en mi garganta y decidí que, por ese día, era suficiente humillación, aunque no descartaba que, en un futuro no muy lejano, requiriera una nueva dosis para mantener mis pies sobre la tierra—. Mejor me voy. — Esperé un poco más y no obtuve ninguna despedida—. Adiós, Jericho.

Abrí un poco la puerta y volví a esperar, aunque esta vez no era por Jericho, sino para convocar la necesaria entereza para poner un pie delante de otro porque sabía que en lo que saliera de allí el dolor volvería con mayor intensidad.

La puerta se cerró con violencia por un par de manos que ahora estaban a ambos lados de mi cabeza y pertenecían a ese cuerpo cuyo calor sentía muy cerca de mi espalda.

—Lo siento —dijo casi a mi oído—. Me fui como el cobarde que soy, pero no pude mantenerme lejos. —Su cuerpo finalmente hizo contacto con el mío, arrojándome desde atrás—. Confiaba en que tú tuvieras más sentido común que yo.

Una de sus manos dejó la puerta y lentamente acarició mi brazo, mi cintura, mi pierna, hasta que encontró el dobladillo de mi vestido y comenzó el camino de regreso, piel con piel.

—Lo que siento por ti no está bien. Es retorcido, ilegal... —Su mano llegó a ese destino sobre mis bragas y sus dedos comenzaron a hacer aquello con lo que me había hecho perder el juicio dentro del mar y, a pesar de que era de día y el sol entraba por las ventanas abiertas, sentía que estaba rodeada de una deliciosa oscuridad—. Voy a destruirte, no quiero, pero eso es lo que hago inevitablemente con los que me rodean.

—No me importa. —Ahora eran mis manos las que estaban sobre la puerta. Era el único asidero que tenía al alcance—. Ya estoy rota.

—Pídeme que te suelte, que te deje ir. —La labor de sus dedos bajó en intensidad. Todavía generaban suficiente fricción para

mantenerme al borde del abismo, pero no el suficiente para permitirme caer, y yo lo que quería era desplomarme—. Pídemelo mientras todavía soy capaz.

—No.

—¿Sabes lo que pasará si no te vas?

—Todas mis primeras veces solo pueden ser tuyas. Hicimos un pacto, lo prometí.

Un ruido ahogado escapó de su garganta y sus dedos continuaron dándome lo que necesitaba, lo que mi cuerpo había venido a buscar, eso que se parecía un poco a la felicidad.

En el momento en que su boca comenzó a tocar mi cuello, que su respiración se agitó y que sus movimientos comenzaron a acompañarse con los míos, supe que había ganado, aunque las victorias pueden, a la larga, significar derrotas cuando el balance de ganancias y pérdidas es finalmente puesto sobre el papel.

Capítulo 11

Ahora

—¿Por qué las personas insisten en tener fiestas en alta mar? ¿Es que no aprendieron nada del *Titanic*? —dijo Quincy mirando aprehensivamente por la borda—. Incluso hay un cuarteto de cuerdas para mayor reminiscencia.

—No estamos en un trasatlántico, puedes ver la costa desde aquí y el agua no está congelada —le respondí sonriendo. A pesar de sus mejores esfuerzos, el rostro de Quincy estaba un poco desencajado—. Estarás bien.

—¿Y qué hay del *Costa Concordia*?

—¿Eres una especie de enciclopedia de accidentes marítimos?

—Solo es cultura general. —Miró a su alrededor, a todas esas personas que parecían estarla pasando de maravilla—. ¿Cómo hacen para beber y comer?

—Como todo el mundo: con la boca.

Aprovechando el inicio del verano y la concurrencia que trajo nuestra fiesta de compromiso, la madre de Augusten organizó una subasta de caridad para el ala pediátrica del hospital donde mi prometido trabajaba. Los integrantes de su comité benéfico donaron obras de arte que adornaban sus salones, un amigo común había prestado el yate y mis tíos se encargaron de suministrar la comida y las bebidas.

No había descanso para que los ricos hicieran lo que sabían hacer tan bien.

—Nunca voy a entender esto —dije mirando a los privilegiados a

mi alrededor pasear de un lado a otro inspeccionando los artículos de la subasta silenciosa que esperaba recolectar lo suficiente para ayudar a pequeños que sufrían, cuyas madres jamás tendrían esos diamantes colgados de su cuello y que por el precio de los zapatos y bolsos que tenía a mi alrededor podían alimentar a los suyos por meses.

—¿Y por esto te refieres a...?

—¿Si quieren contribuir a una causa por qué simplemente no mandan un cheque? El dinero que mis tíos han pagado por lo que se está sirviendo, el coste de las joyas de la nueva colección que ofrecí para la subasta, sería de más ayuda siendo enviado directamente al hospital.

—Pero de esa forma solo esas contribuciones llegarían a destino. A la mayoría de estas personas les importan los niños, siempre y cuando puedan demostrar públicamente su ayuda, así que, sin eventos, fotografías y algún tipo de ganancia publicitaria, no sacarían la chequera.

—Hipócritas.

—Nadie ha dicho nunca lo contrario, aunque te recomendaría que no emitieras juicios tan severos. Recuerda que tú eres una de ellos.

—Solo por adopción.

Saludé a Agustén con la mano mientras él se encargaba de dar la charla de rigor a cada uno de los asistentes sobre lo que esperaban lograr con la subasta. Mientras tanto, yo prefería, con el pretexto de ocuparme del pobre Quincy al que eso de navegar no le caía nada bien, mantenerme alejada para no tener tentaciones de decir lo que no debía.

Normalmente no era tan sensible sobre esos asuntos y entendía perfectamente la explicación de Quincy, era un mundo en el que había aprendido a moverme de forma comfortable, pero la aparición de Jericho la noche anterior, sus advertencias, me tenían al borde. Solo verlo había removido a la niña que dormía en mi interior y con ella había regresado la inseguridad y el miedo, esa sensación de no pertenecer a ningún lado.

—No sabía que lo habían invitado —dijo Quincy con verdadero

interés y al seguir su mirada me encontré con Jericho repartiendo saludos y sonrisas como si hubiese sido convocado por la fuerza de mis pensamientos. Mi estómago, el muy traidor, dio un pequeño salto de feliz reconocimiento.

—No creo que una invitación lo detenga —respondí con amargura, vaticinando que al final de la tarde mi estómago estaría en peores condiciones que el de Quincy.

—Y yo no creería que alguien quisiera detenerlo. Es Jericho Huxley, cualquiera mataría por tenerlo en una de sus fiestas.

—¿Por qué? —pregunté con desprecio y Quincy me miró confundido.

—Eres una magnate en el mundo de la moda, lo que casi irrevocablemente te vincula con los ricos y famosos. Eres una heredera, lo que también te vincula con los ricos y famosos. No puedo creer que no sepas quién es Jericho Huxley.

«Sé perfectamente quién es y de lo que es capaz».

—Tú lo dijiste, soy una magnate del mundo de la moda. No tengo tiempo para cotilleos.

—Jericho Huxley —recitó Quincy como quien saborea un delicioso pedazo de chocolate, de esos que nunca comía—, hijo menor del conde de Dorset.

—¿Disculpa? ¿Conde?

—Sí —dijo con una sonrisa pícaro—, todavía tienen de esos en el otro lado del Atlántico. Aunque, nuestro sangre azul aquí presente, tiene un hermano mayor y un sobrino, por lo que convertirse en «El conde de Dorset» —marcó las comillas con las manos—, título oficial según el Palacio de no sé qué, es una posibilidad muy remota, a menos que comience a asesinar a su familia, claro.

«Con él nunca se sabe. Todo depende de cuánto lo desee, de cuán amenazado se sienta», pensé.

Un camarero pasó cerca repartiendo cócteles frutales y aunque mi cuerpo demandaba un trago de algo más fuerte, no iba a acercarme al bar. Allí estaba el grueso de los invitados y, con ellos, Jericho, así que tendría que conformarme con la bebida roja y dulce.

—Como todo buen segundo hijo de un noble pudiente —prosiguió

Quincy—, tuvo una juventud tumultuosa: fiestas, alcohol, mujeres inconvenientes, sexo desenfrenado y, según esos cotilleos para los que no tienes tiempo, coqueteos con estimulantes un poco más fuertes.

«Dime algo que no sepa», pensé y no pude evitar mirarlo disimuladamente y, obviamente, como si estuviésemos conectados por alguna especie de nexo psíquico, levantó la vista en mi dirección.

¡Vaya, que los años lo habían tratado bien! Todavía era una especie de estudio de contrastes con su piel blanca y el cabello y los ojos oscuros. Sin embargo, ya no era un muchacho malicioso y un poco amargado; ahora era un hombre de mirada astuta y una sonrisa cuidadosamente estudiada. Sus facciones afiladas se habían llenado un poco dándole un toque extra de masculinidad que no necesitaba, por el bien de la salud cardíaca femenina a nivel mundial.

David Gandy podía besarle el trasero.

—Estuvo en un accidente de coche con unos cuantos niños ricos y salvajes como él. Hubo muertos —continuó Quincy recuperando mi atención—. Obviamente que las autoridades estuvieron involucradas, Scotland Yard...

—Creo que ya no se llama Scotland Yard, sino la Met, diminutivo de *Metropolitan Police*.

—Lo que sea, James Bond, M y toda la parafernalia policial estuvo involucrada. Hasta se realizaron detenciones y un juicio. El coche era suyo, pero no iba tras el volante, por lo que se salvó por los pelos de pasar de ser un soltero codiciado a un recluso muy buscado en las duchas. —Quincy me guiñó un ojo como si lo que estuviese relatando no fuera un hecho terrible—. Fue un gran escándalo que rápidamente fue barrido bajo la alfombra porque a la realeza no le gustan esas cosas y Jericho Huxley desapareció un tiempo de la vida pública. Asumo que fue cuando vino a América y conoció a tu tío.

—Hace diez años.

—Sí, más o menos. —Hizo un gesto con la boca, como quien realiza un cálculo mental—. Después de estar desaparecido del mapa unos cuantos años tras el incidente, resurgió en el mundo como un hombre de negocios muy exitoso, más rico de lo que su herencia

inicial vaticinaba. Tiene una naviera o algo así. —Quincy lanzó una mirada discreta a Jericho—. La cosa es que al volver a la palestra ya no era un chico malo descarriado, sino todo un playboy internacional al que, aparentemente, no le gusta la vida en solitario pues se ha casado dos veces con igual número de divorcios.

—¿Se ha casado dos veces? —pregunté sin poder ocultar el dejo de indignada traición que se coló en mi voz.

—Que nadie diga que le huye al matrimonio. Aparentemente gusta de compañía estable de cuando en cuando —me respondió Quincy con una sonrisita—. Según los tabloides tiene un tipo preestablecido: mujeres menudas, rubias, con rostro inocente... —Quincy me miró como si fuera la primera vez que lo hacía—. Exactamente como tú. ¡Imagínate!

—No soy inocente.

—Tampoco su primera esposa. —Bufó—. Una reconocida dama de compañía internacional, famosa, precisamente, por lucir como una dulce jovencita, aunque con talentos trabajados tras muchos años en el negocio. El matrimonio fue tormentoso, duró menos de un año y terminó con escándalos, gritos y una impugnación del acuerdo prenupcial que no llegó a ningún lado. La segunda señora Huxley era una dama de sociedad, hija de lord no sé cuál, y aunque ese matrimonio duró un poco más y terminó con muchos menos gritos, sus infidelidades eran legendarias.

—¿Las de ella?

—Las de él. Los paparazzi tenían su salario asegurado cada vez que el señor Huxley salía de vacaciones sin la señora Huxley.

—Encantador —dije con sarcasmo, haciendo un esfuerzo por dejar de ver la forma en que Jericho se movía entre las personas, convirtiéndose inmediatamente en el lugar donde se dirigían todas las miradas, la mía incluida.

—Divino. —Aparentemente, Quincy sí lo decía en serio—. Cada vez que entra en una habitación debería sonar *Bad Romance* de Lady Gaga.

—Por Dios, Quincy —dije tarareando la letra en mi mente—, ahora no voy a poder dejar de cantar la canción cada vez que lo vea.

—¿Planeas verlo mucho? —me preguntó guiñándome un ojo—. Anoche se veían como Fred y Ginger en la pista de baile.

—Bailé con mucha gente anoche.

—Pero la química, las chispas... —Se abanicó teatralmente—. Ten cuidado, cariño, el diablo anda suelto y eres su tipo. No serías la primera en huir con un playboy antes de su boda. El anecdotario de la farándula está lleno de casos como esos.

«No quiero huir con el diablo, quiero huir de él».

—¿Cómo sabes tanto sobre este Jericho Huxley? —pregunté porque siempre había creído que conocía todo lo referente a Jericho y aunque poseía información que, sin duda, muchas de las personas allí reunidas les encantaría tener de primera mano, su historia documentada, un hecho tras otro, me era ajena. Había hecho un gran ejercicio de autocontrol durante muchos años para no intentar averiguar nada más, para evitar poner su nombre en la barra de Google. Siempre pensé que sabía lo suficiente.

—Trabajo en el mundo de la moda —dijo Quincy por toda explicación.

—No te veo hablando de su ropa.

—Porque prefiero imaginarlo sin ella. Aunque, si de verdad quieres saber, le favorecen los trajes de tres piezas de Ermenegildo Zegna y algún que otro Brioni para ocasiones especiales. Siempre se atiene a un look sobrio cada vez que está en público. Sin embargo, en vacaciones de verano en la playa suele permitirse algunas concesiones más casuales y su favorito para ello es Hugo Boss, como ahora. No me hagas detallar esos deliciosos zapatos de cuero con cordones Tod's de ochocientos dólares que, justo en este momento, vienen hacia acá.

Quincy se paró mucho más erguido al tiempo que posaba, casualmente indiferente, en la baranda de la popa, mientras yo, con resignación, tomé otro trago de una bandeja que convenientemente pasó cerca, resistiendo el impulso de voltearme por enésima vez.

Era toda una victoria: yo resistiendo mis impulsos en lo que a Jericho se refería.

¡Bravo, Sanela!

—Señorita Darby —me saludó con su voz ronca de terciopelo y su acento que, a pesar de mi rabia, me hacían recordar buenos momentos.

—Señor Huxley. —Levanté la vista y le ofrecí mi mejor sonrisa forzada esperando que se notara—. ¿O debería decir lord Huxley? ¿Lord Dorsey?

—Lord Dorsey es mi padre —respondió con una expresión sarcástica—. Así que soy solo lord Jericho Huxley en ocasiones formales o, en términos conversacionales, lord Jericho. No se usa el título de cortesía seguido del apellido.

—Me siento como si estuviese viendo Downton Abbey —dijo Quincy que era el único que exhibía una sonrisa honesta.

—No sé dónde quedaron mis modales —dije con afectación—. Lord Jericho Huxley, permítame presentarle a Quincy Standfor, director creativo de Darby.

—Encantado *my lord* —entonó Quincy con su mejor acento británico, que no era tan bueno como él creía, y estiró la mano. Yo solo quería darle un golpe en la cabeza por traidor.

—Nunca he sido muy fanático del título y prefiero obviarlo. — Jericho estrechó la mano de Quincy y le sonrió, lo suficiente para que se derritiera un poco, para luego volver a fijar su atención en mí—. Lamento mucho no haberte traído un regalo de compromiso, Sanela, parece que nunca hago bien estas cosas.

Y nuevamente el golpe en el estómago vino conjuntamente con los recuerdos.

—No ha hecho nada malo, señor Huxley, no se acostumbra en las fiestas de compromiso —explicó Quincy sin darme la oportunidad de manifestarle mi completo acuerdo con su incapacidad de hacer las cosas según mandaban los modales, la moral y las buenas costumbres—. Los regalos los reservamos para la boda.

—Debería saberlo, lord Jericho —me apresuré a decir con todo el veneno que pude convocar—. A fin de cuentas, y según tengo entendido, se ha casado varias veces.

—Pero nunca con la mujer adecuada, nunca con la que realmente quería. —Algo vulnerable apareció en su rostro, pero fue solo un

momento, como el relámpago que ilumina la noche antes de la tormenta. Luego se volvió para mirar a Quincy—. Una de mis tías me dejó como herencia una colección bellísima de joyas antiguas: esmeraldas, zafiros. Creo que hay una tiara o dos. —Levantó una ceja en mi dirección—. Ese podría ser tu regalo de bodas.

—No me vuelven loca las joyas —dije con una sonrisa que pretendía ser condescendiente.

—Dice la mujer que acaba de sacar su propia colección.

—Veo que ha hecho una investigación exhaustiva.

—Por años...

—Puedo preguntar por qué.

—¿Tienes que hacerlo?

—Y de Downton Abbey nos fuimos a Wimbledon —dijo Quincy tratando de aligerar las cosas, aunque sonaba un poco preocupado. No era extraño, nadie podía ni adivinar de dónde provenía tanta hostilidad de mi parte—. Murray contra Djokovic.

—Djokovic es serbio —le aclaré molesta, no por el error en sí, sino porque Jericho me estaba haciendo perder la paciencia.

—Exacto —dijo Quincy confundido—, y Murray inglés.

—*Ona je bosna, a ne srbija* —dijo Jericho y algo extraño sucedió en el medio de mi pecho, una especie de doble latido o salto, al escucharlo decir que yo era bosnia, no serbia, precisamente en mi idioma natal, ese que no había escuchado en mucho tiempo, pero del cual, todavía, se me escapaban algunas palabras en mi mente en el momento menos pensado.

Su acento no era el mejor, tampoco su construcción gramatical, pero el efecto fue devastador. ¿Cuándo lo había aprendido? ¿Dónde? ¿Por qué?

—¿Perdón? —preguntó Quincy más confundido cada minuto.

—Murray es escocés, no inglés —dije y, aunque la aclaratoria era para Quincy, no pude dejar de mirar a Jericho.

«¿Qué quieres, Jericho? ¿Por qué haces todo esto ahora?», preguntó mi mente y ya no había rabia, sino cansancio.

—¿Cómo pasamos de hablar de joyas antiguas y posibles regalos a gentilicios en el mundo del deporte? —continuó Quincy y yo ya

estaba lista para excusarme e irme.

No quería ponerme nuevamente en la posición de tener que jugar los extraños juegos de Jericho, no tenía la fuerza ni la competitividad. Era un oponente que había probado que podía sobrepasarme y, cuando sabes que vas a perder, no hay nada de deshonroso en economizar tus pérdidas y retirarte.

—Creo que es tu culpa —dije distraída, buscando a Agusten con la mirada, implorando rescate.

—Contrario a los gustos de la señorita Darby —continuó Jericho y por su tono supe que todavía no había terminado. Algo venía, algo importante—, yo sí tengo afecto por ciertas piezas de joyería. Por ejemplo, he usado esta casi cada día durante los últimos diez años.

Se abrió el cuello de la camisa y mostró mi collar con el pendiente de brillante en forma de lágrima, ese que me había quitado aquella noche para que no lo perdiera en el mar sin importarle que perdiera otras cosas en el camino. En aquel entonces, la lágrima caía justo antes del valle de mis pechos, ahora a Jericho le quedaba justa, delimitando su cuello como una gargantilla.

«¡La conservaste! ¡Después de tantos años, todavía la tienes!», pensé emocionada para, inmediatamente, amonestarme. Incluso reprimí por la fuerza el gesto inconsciente de llevarme la mano al cuello.

Todo esto, el collar, el idioma, su aparición repentina en mi fiesta de compromiso, tenían que ser parte de uno de sus juegos. No debía tener esperanzas, no las quería, no las necesitaba. Había vivido perfectamente sin él durante casi una década.

A pesar de mi charla mental y de que estábamos en la cubierta de un enorme yate, con la brisa marina soplando, tenía dificultad para respirar, y era probable que estuviese sufriendo algo parecido a un accidente cerebro vascular.

—Cariño. —Agusten se acercó, pasándome un brazo por la cintura, y solo en ese momento mi presión arterial pareció disminuir.—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado—. Te ves un poco aturdida.

—Creo que los cócteles estaban un poco fuertes —dije recostándome contra su cuerpo, sintiendo su calor.

—La señorita Darby no es una mujer de fiestas —se apresuró a aclarar Quincy a Jericho queriendo rescatarme de lo que, él presumía, era un momento incómodo, y lo era, aunque no por las razones que él creía.

—Siempre me han parecido encantadoras las mujeres que no son muy aficionadas a la bebida —respondió Jericho—. Me enamoré perdidamente de una hace muchos años y creo que siempre lo estaré, porque el primer amor no es algo que se olvida fácilmente, más cuando es verdadero.

—Señor Huxley —lo saludó Agusten tendiéndole la mano—. Un placer que nos acompañe nuevamente hoy.

—A lord Jericho le gusta mucho ayudar a los niños, hacerlos felices, ¿no es así? —pregunté, mirándolo, y lo que encontré en su rostro, una dureza mezclada con indignación, me indicó que había traspasado algún límite que no sabía que teníamos.

Exhibía la misma sonrisa diplomática que lo había visto emplear decenas de veces, pero en sus ojos había una furia contenida casi por los pelos.

—*Ako želiš, dođi i uzmi ga* —dijo antes de despedirse con una ligera inclinación de cabeza tocándose el cuello de forma casual.

«Si lo quieres, ven por él».

Capítulo 12

Antes

Jericho y yo tuvimos sexo por primera vez aquel día en el hotel, aunque en ese entonces lo llamé «hacer el amor», simplemente porque no conocía nada más. Fue todo lo que se suponía que debía haber sido, tanto según las historias más aterradoras como las más románticas.

Sí fue doloroso y caótico y, al mismo tiempo, maravilloso y tierno, lleno de sensaciones nuevas, incertidumbre, incomodidades pasajeras, euforia y, sobre todo, de compañía cómplice porque, a pesar de todos esos bordes filosos que parecían llenar las esquinas de Jericho, había cierta cualidad tierna debajo de cada toque, de cada beso, aunque fuesen de esos que quemaban y marcaban.

Además, fue un momento de muchas revelaciones, no solo físicas. Nunca imaginé que el hecho de compartir tu cuerpo con otra persona, de dejarla estar tan cerca que formaran una sola cosa, me haría sentir mucho menos sola.

Después de ese acontecimiento maravilloso y, al mismo tiempo aterrador, nuestras apariciones públicas cesaron por completo. No más días de playa con Aaron y Vida, no más helado ni visitas a ningún lugar en Los Hamptons donde pudiese haber alguien que nos reconociera. Era demasiado arriesgado y, tal vez, por esa misma incapacidad de compartir algún tipo de relación «normal», nos refugiamos en eso que nos convertía en una especie de pareja prohibida.

Pasé muchos días encerrada con Jericho en esa habitación,

desnuda, aprendiendo cosas de la forma más divertida y deliciosa posible, superando límites que no sabía siquiera que existían, pero nunca con miedo o aprehensión, nunca sintiéndome otra cosa que traviesa y poderosa. Sin embargo, mis visitas allí comenzaron a resultar sospechosas, el personal del hotel a notarme, a saludarme con la cabeza cuando pasaba, eso sin mencionar la implacable agenda de Ally para la cual se me acabaron las excusas. Por esas razones los encuentros se volvieron esporádicos y, por lo tanto, mucho más desenfrenados; unas horas robadas para escapar en el coche a una playa olvidada y estar juntos la mayor cantidad de tiempo posible en los pocos minutos que teníamos.

Un día, después de casi una semana sin poder vernos, estaba tratando de sobrellevar una tarde aburrida en el club de polo, conversando con algunos de esos amigos convenientes que mi tía me había presentado, contestando preguntas sobre mi vida en Suiza, mis expectativas sobre el futuro que me aguardaba en Nueva York y el verano en el cual me desenvolvía, cuando lo vi aparecer.

Jericho llegó estrechando manos y se quedó conversando con mi tío y sus amigos, haciendo más que evidente que pertenecía más a ese lado del salón que con los adolescentes que me rodeaban. Solo una vez miró en mi dirección y fue tan breve e inexpresivo que me convencí de que se trató de un mero accidente estadístico, pues al no quitarle los ojos de encima era cuestión de tiempo de que nuestras miradas se encontraran.

Unos minutos después sonó mi teléfono indicándome un nuevo mensaje.

Espera que comience de nuevo el juego y ve a la caballeriza principal.

Sabía de quién provenía solo por el número del que había sido enviado que, tal y como me indicó, nunca lo registré bajo ningún nombre.

Miré a mi alrededor, pero Jericho seguía conversando al otro lado del palco, como si nada, aunque sí tenía el teléfono en la mano.

El juego comenzó nuevamente, tanto en el campo como para nosotros. Tomé mi asiento en la tribuna, dando la espalda a los adultos que continuaban conversando de negocios, y tras unos

minutos en los que luché internamente contra un apremio que no parecía mitigarse, aparentando estar muy interesada en los golpes y el marcador, me excusé y me escurrí de la tribuna logrando, como de costumbre, pasar desapercibida.

No había rastro de Jericho por todo aquello, así que, mirando sobre mi hombro tratando de detectar algunos ojos indiscretos, busqué la caballeriza que, estando la mayoría de los caballos en uso y sus encargados pendientes del desarrollo de la jornada, estaba desierta, a excepción de un par de equinos aburridos y Jericho acariciándolos.

—Hola —dije acercándome, haciendo un gran ejercicio de autocontrol para no correr y lanzarme en sus brazos, después de todo estábamos en un lugar público. Mantuve un tono educado y socialmente aceptable. Me estaba volviendo muy buena en eso de fingir.

—Ven conmigo —dijo sin mirar en mi dirección y en un tono tan bajo que era prácticamente inaudible.

Lo seguí hasta una oficina que estaba un poco hacia el fondo y, luego que entré tras él, cerró la puerta.

No dijo nada antes de abrazarme pegando nuestros cuerpos y cubriendo mi boca con la suya en ese tipo de besos que, más que caricias o muestras de afecto, parecían una demanda, y eran, definitivamente, una marca que quedaba grabada en mis labios.

—No puedes hacerme esto —me dijo entre un beso y otro, agitándose más con cada uno—. No puedes desaparecer así.

—No desaparecí. —Intenté ser razonable, pero la satisfacción de que su desespero fuese mayor que el mío mitigaba cualquier intento—. Siempre sabes dónde estoy.

—Pero no estabas conmigo. —Dejó de besarme y me separó de su cuerpo manteniéndome sujeta por los brazos con más fuerza de la que normalmente usaba—. ¿Es por él?

—¿Por quién?

—Ese muchacho con quien hablabas, el que se sentó contigo en la tribuna.

—¿Agusten?

— ¿Es tu novio?

— Casi ni lo conozco. Es el hijo de uno de los socios de Mark.

— ¿Te estás acostando con él?

— ¿Qué? ¿De qué estás hablando?

— Quítate las bragas.

— ¿Aquí?

— Llevo cuatro días masturbándome con la camiseta que dejaste en mi coche la última vez que nos vimos y un idiota te está merodeando, queriendo lo que es mío. Sí, aquí.

Probablemente debí decirle que estaba actuando como un capullo o que su comportamiento rayaba en lo obsesivo, pero a la tonta Sanela de ese entonces todo el discurso le pareció sexy. Nunca nadie me había celado, deseado tanto para temer perderme ante otra persona. Nunca un sentido de pertenencia tan arraigado y urgente me había llenado de esa forma. Yo era suya y él mío. No quería a más nadie, él tampoco. Obedecí.

Me preparó con su boca para luego hacerlo allí mismo, con la ropa puesta, de pie contra la puerta. Fue brutal, intenso, más clandestino que nunca, sobre todo cuando sentimos voces en el exterior y por unos segundos estuvimos sin movernos, sin respirar mirándonos a los ojos, hasta que un brillo travieso apareció en los ojos de Jericho: un reto.

— No se te ocurra hacer ni el más mínimo ruido —susurró en mi oído.

Fue la única advertencia que tuve antes de que continuara a un paso, si era posible, mucho más feroz que antes y tuve que morderme la lengua hasta sentir el sabor de la sangre en mi boca para cumplir con lo que me había pedido. El solo hecho de estar callada, de no poder emitir un solo sonido, hizo que, para ambos, el estallido llegase más rápido y con una violencia que nunca había sentido.

Después de que casi nos pillaran en la caballeriza, regresé a mi asiento en la tribuna, sin bragas y sintiendo el olor de Jericho por todas partes. El cosquilleo satisfecho de quien ha hecho una travesura sin ser descubierta llenaba mi cuerpo, y lo mejor era que tenía un compañero criminal para esas andanzas. La mirada que me

lanzó Jericho desde el bar me dijo que para él había sido igual.

Esa no fue la única vez. Continuamos persiguiendo esa emoción cada vez que nos era posible. Jericho aparecía más frecuentemente en las actividades sociales de los privilegiados de Los Hamptons, para luego desaparecer unos minutos conmigo en un baño, en el camarote del yate de alguien, en un estacionamiento; mientras más arriesgado, mejor.

Incluso una vez al aire libre, en la terraza al lado del comedor de la casa de mis tíos durante una cena de amigos y asociados, a la que Jericho no estaba invitado.

Pero no siempre era así. No siempre era apasionado, rápido y algo sucio, no siempre se sentía ilícito. Algunas veces era tierno, suave y dulce, y se parecía mucho al amor bonito del que hablaba la poesía, porque había tantos Jerichos como minutos en un día y yo los quería a todos por igual.

Las fiestas nocturnas en la playa en Montauk se volvieron asuntos frecuentes a mediados del verano, pero mi tía no me dejaba ir porque, según le habían dicho, las cosas tendían a salirse de control, con mucho alcohol, drogas y algo de desenfreno que no cuadraba con la idea que Ally tenía de la diversión.

La pobre Ally nunca imaginó que el mayor descontrol lo tenía bajo su propio techo, encarnado en esa niña aparentemente perfecta que tanto le gustaba exhibir.

Jericho sí iba a esas fiestas, siempre, con Aaron y Vida, mientras yo me quedaba en casa, sintiendo una especie de rabia que no era tal. Después aprendí que era rebeldía, una que no me atrevía a expresar, no de la forma usual y abierta que otros chicos de mi edad empleaban, sino de forma solapada, dañina.

Una de esas noches, mientras daba vueltas en la cama intentando conciliar el sueño en medio de imágenes terriblemente hirientes sobre lo que podía estar haciendo Jericho en la playa con Aaron y Vida, escuché un ruido en el balcón y no me había decidido a investigar de qué se trataba cuando la alta figura oscura entró a mi habitación por la puerta abierta de la terraza.

—¿Jericho? —pregunté sin dar crédito a mis ojos, creyendo que

estaba teniendo una alucinación.

—Mi princesa Praliné —dijo arrastrando las palabras, producto de lo que intuía era un consumo más que suficiente de alcohol, mientras se acercaba a la cama—. No puedo divertirme si no estás conmigo. Te extraño, me haces falta...

Me dio un beso que sabía a cigarrillo, escocés y humo de fogata mezclado con agua de mar, y era el sabor más delicioso del mundo porque era su sabor particular.

—¿Cómo entraste aquí? —pregunté. La sorpresa dando paso a la exaltación.

—Romeo dijo algo sobre altas murallas y alas, pero ahora no consigo dar con la frase exacta —me respondió con una sonrisa pícar—. ¿Me darías un espacio en tu cama? Me cuesta mucho dormir sin tu olor.

Esa noche, y las otras que siguieron a las desenfundadas fiestas en la playa, Jericho vino a mí con la delicadeza del viento, con besos que no consumían, sino que creaban; con cuerpos que no chocaban, sino que se encontraban finalmente después de extrañarse tanto que la necesidad se olvidaba, y finalmente descansaban de la ausencia.

En esos encuentros a oscuras en mi habitación no nos consumía el apuro. Jericho, dormía conmigo, con nuestros cuerpos desnudos más que abrazados, entrelazados en uno solo, y mientras me daba los más leves besos, incluso mientras dormía, yo solo podía pensar que bien podía haberse quedado en la fiesta, ir a cualquier lado con quien quisiera, con mujeres adultas, como él, que no estuvieran sujetas a las regulaciones de la familia, de lo correcto, de la ley, y sin embargo prefería venir a mí, algunas veces para solo dormir conmigo aunque tuviera que salir a hurtadillas antes de que se encendiera la primera luz en la casa. Eso tenía que significar algo importante, poderoso. Eso se parecía mucho al amor.

Necesité años después de ese verano para igualar la cantidad de sexo que tuve en mi tiempo con Jericho, la frecuencia; era como si nunca tuviéramos suficiente. Incluso después, en mi vida adulta, jamás volví a tener este tipo de encuentros tan cargados de necesidad, de urgencia.

Lo malo con esa necesidad era que nunca parecía satisfacerse y, como un par de adictos, buscábamos maneras cada vez más creativas de llenar la insatisfacción, y Jericho tenía todo un arsenal a su disposición al que nunca dije que no, porque cada cosa que inventaba, cada nueva puerta que abría para mí, tenía el sabor del descubrimiento y nunca me hizo sentir avergonzada, sino como la doble exacta de esa mujer libre y atrevida que era en sueños.

Ambos éramos demasiado jóvenes para darnos cuenta de que la insatisfacción no estaba en lo que hacíamos el uno con el otro, sino dentro de nosotros mismos, y que mientras no saciáramos el apetito que nos generaba la soledad, la inconformidad con lo que éramos, no seríamos capaces de sentirnos completos en compañía, más que por esos breves minutos en los que nuestros cuerpos estaban conectados.

No obstante, estábamos encerrados en ese círculo vicioso de nuestro secreto, de nuestras actividades prohibidas, apartándonos de todo sin darnos la posibilidad de compartirnos con el mundo, y mientras más procurábamos la soledad para estar juntos, más solitarios nos volvíamos por separado.

Capítulo 13

Ahora

—¿Qué haces levantada tan temprano?

Agusten salió de la ducha y me encontró parada en el pequeño balcón de mi habitación en Los Hamptons.

Poco había cambiado desde mi primer verano allí, al menos en lo que se refería a la decoración de esa habitación: el mismo color crema en las paredes, la misma cama con dosel, un cobertor que, aunque nuevo, respetaba la paleta inicial propuesta por el diseñador de interiores. Toda esa similitud, donde en cada esquina había un recuerdo y un secreto, hacía prácticamente imposible conciliar el sueño cuando había un hombre a mi lado distinto al que esas paredes se habían acostumbrado a ver, más ahora cuando Jericho había vuelto para atormentarme, para aparecer a cada paso que daba, volviendo mucho más vívidos cada uno de esos recuerdos.

Si no fuera por la insistencia de Ally, hubiese preferido quedarme con los padres de Agusten en un ambiente libre de culpa.

—Quería despedirme antes de que te fueras —dije todavía admirando la vista del patio lateral, preguntándome por enésima vez cómo hacía Jericho para colarse por las noches. Era un enigma que nunca había podido descifrar.

«¡Deja de pensar en Jericho!».

—Solo voy a navegar con papá. —Agusten me abrazó por la espalda. Las gotitas que se desprendían de su cabello mojado aterrizaron sobre mis hombros—. Estaré de vuelta para cenar. Podemos ir al club, si quieres, hacer algo diferente, invitar a tus tíos y

a mis padres.

—Mejor no. Cuando sales a navegar llegas cansado y mañana regresas a la ciudad casi directo al trabajo.

—Nunca entenderé por qué odias tanto a la gente.

—No odio a la gente. —Me volví hacia él un poquito indignada—. Es solo que nunca tenemos suficiente tiempo para estar juntos.

—Vivimos juntos y salir a cenar también es estar juntos, solo que con personas alrededor. Reconócelo, eres una ermitaña bien vestida.

—Y tú sigues siendo el chico popular, nunca tan feliz como cuando está rodeado de personas. —Puse los ojos en blanco—. Nunca entenderé cómo nos ha ido tan bien.

—Nos compensamos. —Se encogió de hombros—. Si fuera por ti siempre estaríamos escondidos, como si estar juntos fuese ilegal.

Mi estómago dio otra de esas volteretas que en los últimos días se habían vuelto tan familiares.

—¿Cuándo vuelves tú a la ciudad? —preguntó y por instinto arrugué la cara.

—Ally quiere que me quede un tiempo más.

—No te vendrían mal unas vacaciones ahora que la línea de joyería está en el mercado y se está vendiendo tan bien. —Me dio un beso en la mejilla—. Trabajaste como una loca en ese proyecto. Mereces descansar.

—Pero tú regresas mañana...

—¿Y? Puedo sobrevivir sin ti. No me gusta, pero puedo, como cuando vas a París o a Milán a los desfiles...

—Pero eso es trabajo...

—Y estas son vacaciones, con tu familia, la única que tienes y con la que no pasas suficiente tiempo. Es mucho más importante que el trabajo. —Me apretó un poco—. No te preocupes, mi vida, prometo que no intentaré cocinar y mantendré todo en orden en la casa. Además, como me gusta tanto la gente, te aseguro que no me aburriré.

—¿Estás tratando que me ponga celosa?

—¿Tú? ¿Celosa? —Bufó un poco—. Podrías encontrarme con Kate Upton desnuda y me preguntarías si la estoy examinando.

— ¿Eso te molesta?

— Para nada. Nunca has sido una mujer insegura.

«Si supieras cómo me siento últimamente no afirmarías eso con tanto desparpajo».

Tras darme otro beso en la mejilla, Agusten regresó al interior de la habitación y yo solo quería pedirle a gritos que no se fuera o, lo que era mejor, que me llevara con él, porque en este momento me sentía más insegura que nunca con Jericho y sus demandas tan cerca, con sus frases en croata y su reto sobre el collar. Necesitaba a Agusten, su fuerza, su mano en la mía, para recordar que lo bueno había venido después, que estaba con alguien que me hacía suspirar después de una década. Lo necesitaba a mi lado para no ahogarme en preguntas sobre un pasado que pudo haber sido, pero que en algún momento se desvió del camino que imaginé o, quizás, nunca estuvo en el camino correcto.

Eso era lo malo de los recuerdos: siempre vencían a la realidad porque la distancia los hacía parecer más perfectos de lo que en realidad fueron.

Yo había dejado de pensar en Jericho Huxley hacía ya bastante tiempo, salvo un recuerdo ocasional no muy bienvenido que descartaba con la misma facilidad que un diseño que no se ajustaba a nuestra línea. Era parte del pasado, junto con otros hechos que cuidadosamente guardaba en una caja. ¿Por qué ahora no podía dejar de pensar en él? ¿Por qué su versión adulta, misteriosa y odiosamente atractiva se asomaba indiscretamente en cada uno de mis pensamientos e influenciaba cada una de mis acciones?

«Porque antes él no estaba, se fue, te abandonó. Reconócelo, nunca lo olvidaste, simplemente lo guardaste en el ático y ahora lo has encontrado nuevamente y has vuelto a descubrir lo mucho que te gustaba, lo mucho que encajaban juntos», dijo una voz muy antipática en mi mente.

— ¿Recuerdas la primera vez que me llevaste a navegar? — pregunté entrando tras Agusten para presenciar el maravilloso momento en el que dejaba caer la toalla que cubría sus caderas y se vestía.

Agusten siempre había tenido un bonito trasero, de esos redonditos que son lindos de mirar y cumplen a cabalidad la función de distraer a cualquier mujer con sangre en las venas. Disfrutaba mirándolo, apretándolo y, algunas veces, mordiéndolo, aunque esto último siempre parecía descolocar un poco.

Honestamente muchos de mis trucos en la cama solían descolocar un poco, por eso dejé de ponerlos en práctica hacía ya bastante tiempo.

—Claro que lo recuerdo —dijo mirándome por encima del hombro. Como si adivinara en lo que estaba pensando, se subió los pantalones y me guiñó un ojo—. Fue el verano siguiente al que nos conocimos. Nuestra tercera cita solos, si la memoria no me falla. Anclé el velero en un bajo, tú te lanzaste por la borda y comenzaste a nadar alrededor. Es una visión que nunca olvidaré: tú en el agua, el sol reflejándose en el mar... parecías una sirena.

—Y como buena sirena estaba tratando de seducirte. —Hice un gesto coqueto para enmascarar un poco la vergüenza que sentía. En ese tiempo ya había pasado un año desde mi verano con Jericho y de tanta dulzura y atenciones delicadas, me había comenzado a gustar un poco Agusten, lo suficiente para atreverme a dejar atrás la desconfianza y darle una oportunidad. La cosa era que no sabía relacionarme de otra forma, no existía otra manera para mí de mostrar interés que haciendo algún avance de tipo sexual. Jericho me había transformado en una especie de estrella porno—. Sin embargo, tú parecías no darte cuenta.

—Claro que me di cuenta. No soy tonto. —Se rio divertido y busco su camisa—. Pero tenías diecisiete años y yo diecinueve. No me pareció correcto.

Mi corazón se derritió un poquito. Si Agusten no se hubiese cruzado en mi camino, si no hubiese aparecido en mi vida justo en ese momento, no sé cuánto tiempo me habría tomado entender que las interacciones con el sexo opuesto no necesariamente tenían que involucrar cuerpos desnudos; que esa no era, necesariamente, la forma en que las relaciones comenzaban, sino una parte mucho más avanzada del proceso. Probablemente hubiese cometido más errores

o algo peor, como caer en manos de una persona con menos cualidades morales.

Fui hasta él, lo abrace y le di un suave beso en los labios, uno que esperaba que quedara como un agradecimiento implícito por una buena acción que ni siquiera supo nunca que realizó, y también una disculpa por no haberlo notado en la primera oportunidad que apareció en mi vida.

—Además, tú tenías por delante un año más de instituto en Nueva York —prosiguió Agusten—, yo estaba por comenzar mi segundo año en Harvard y recién habíamos comenzado a salir. Aunque ya estaba completamente loco por ti, un romance de verano no era lo que tenía en mente. Pensé que era mejor tomar las cosas con calma, ver cómo nos iba. Las relaciones a larga distancia no son fáciles y tus tíos sabían que salíamos. Mejor era no hacer nada permanente antes de estar seguro.

—Yo creía que no te gustaba —dije acurrucándome en su pecho—, que salías conmigo porque Ally te lo había pedido.

—Tontita. —Me levantó la quijada con la mano y me dio un beso—. Al final todo salió bien. Esperamos, salió bien y fue maravilloso cuando finalmente estuvimos juntos.

Sí, lo fue. Distinto a lo que conocía, a lo que estaba acostumbrada a esperar, pero no por eso aburrido o menos apasionado.

Nunca le dije que había habido alguien antes que él y aunque, obviamente, se dio cuenta, no hizo ninguna pregunta ni varió de forma alguna su comportamiento.

—No quiero esperar más.

—¿Esperar por qué?

—Vamos a casarnos —dije intentando lucir espontánea y no desesperada—, el mes que viene, en lo que puedas pedir unos días libres en el hospital, pronto.

—¿Por qué el apuro? —Me miró confundido.

«Porque tengo miedo. De él, de mí, de quién fui cuando estaba con él, de convertirme nuevamente en esa persona».

—No puedo ni quiero esperar para ser tu esposa —dije en su lugar.

—Eres mi esposa para todos los efectos prácticos. Estamos juntos

desde hace casi una década y viviendo juntos desde hace tres años. El que firmemos unos papeles no va a cambiar nada. Te lo prometo.

—Pero si firmar esos papeles no significa nada, no cambia nada — dije separándome de él—, ¿por qué no firmarlos de una vez sin tanta pompa?

—Sanela, deja que mi madre y Ally tengan este momento. Están emocionadas por organizar la boda y tú tienes todo este plan de negocios con el asunto del vestido. Fijemos una fecha razonable con ellas.

—¡Si es por ellas, les tomaré dos años solo conseguir el lugar perfecto!

—Dije una fecha razonable. —Me miró levantando las cejas, en gesto que pretendía pasar por exasperado, pero que en el fondo resultaba adorable—. Tanto para nosotros como para ellas.

Agusten siempre era el sensato, el organizado, el que lo tenía todo bajo control y nada podía despeinarlo. Muchos podían pensar que era algo que venía con la profesión, una credencial imprescindible para ser cirujano; pero Agusten siempre había sido así en cualquier momento de crisis y, sin saberlo, se había convertido en el escudo que me protegía del mundo y sus recuerdos. Ahora yo necesitaba casarme pronto para sentirme segura, a salvo, y no podía decírselo.

—Me pediste que me casara contigo —dije frustrada—, y ahora dices que no es tan importante, que ya estamos casi casados. ¿Para qué molestarse entonces?

—No dije que no fuera importante, solo que no es urgente. — Agusten me miró un poco confundido—. ¿Qué pasa? Sabes que puedes decírmelo...

«No, no puedo. Ni siquiera soy capaz de confesarme a mí misma que puedo volver a ser débil, que tal vez en el fondo lo soy porque que el cuerpo de Jericho sobre el mío me ha asaltado en sueños y no puedo controlar esos pensamientos».

Cerré los ojos y respiré un par de veces.

—Nada. No pasa nada. —Sonreí esperando no solo lucir feliz, sino estarlo.

—¿Necesitas que sea tu amigo? —preguntó muy serio y el horror

por esa pregunta me embargó. Pensé que después de tantos años lo había olvidado.

—Te amo, Agusten Clermont —dije sin responder su pregunta—. Eres el hombre de mi vida.

—Yo también te amo. —Me dedicó esa sonrisa encantadora que era puro cariño tranquilo, sin sobresaltos ni bajas pasiones y no presionó sobre su pregunta, nunca lo había hecho—. Y tú eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

Se me quedó mirando como quien espera algún tipo de declaración, pero no supe qué decir y el momento pasó.

—Ahora tengo que irme —continuó ante mi silencio. Terminó de atarse los zapatos y se acercó a darme un beso de despedida—. Descansa, relájate, tómate una Margarita a la orilla de la piscina y no pienses más en la boda. Deja que Allison y mi madre se encarguen. Tú y yo solo tenemos que estar allí el día y a la hora que nos digan y decir públicamente el sí que nos dijimos hace muchos años.

—Y tú tienes la misión de pescar algo para que yo pueda prepararnos una cena deliciosa —dije deseando borrar con superficialidad el momento anterior—. Es su deber alimentarme, doctor Clermont.

—Una empresaria del mundo de la moda, una mujer de negocios moderna que, además, sabe cocinar...

—Alguno de los dos tenía que saber.

—Al ver la mujer en la que te convertiste, siento que gané la lotería.

—Ni lo digas. Aquí la afortunada soy yo.

Me guiñó un ojo.

—Recuerda: margaritas en la piscina y cero preocupaciones.

Salió de la habitación y ni siquiera supe si pude mantener la sonrisa en el rostro.

¿Margaritas en la piscina?

El pobre Agusten no tenía ni idea de lo que me estaba pidiendo.

Capítulo 14

Antes

Le envié un mensaje a Jericho avisándole de que Ally y Mark se habían marchado a Nueva York por la mañana y que pasarían el día en la ciudad, con la esperanza de que, tal y como la última vez que tuve la casa para mi sola, pasáramos la tarde juntos haciendo lo que mejor sabíamos hacer en cada rincón, la habitación de mis tíos incluida, solo para sentirnos un poco más transgresores de lo que ya éramos.

Por eso me sorprendió, y no de buena manera, que cuando abrí la puerta, una hora después, y Jericho estaba allí, con Aaron.

—Aaron no hace más que hablar de la piscina de aquí, así que se me ocurrió que podríamos tener una pequeña fiesta —anunció recostado en el umbral con una sonrisa traviesa bailándole en los labios y las cejas arqueadas interrogativamente encima de sus gafas oscuras—. Hace mucho tiempo que no estamos todos juntos.

—¡Hola, Sanela! —saludó Aaron con esa sonrisa honesta que lo caracterizaba y me avergoncé del arrebató de mal humor que tuve cuando lo vi—. Espero que no sea problema.

—Por supuesto que no —dije sonriendo finalmente. Me agradaba Aaron y había extrañado su siempre alegre compañía, aunque me hubiese tomado un momento recordarlo. Me hice a un lado para dejarlos entrar y noté la obvia ausencia—. ¿Vida no viene?

—No pudo escaparse de la tienda —explicó Aaron con una mueca de disculpa—, pero dijo que nos alcanzaría en lo que terminara su turno. Las desgracias de la clase trabajadora.

—Sigue adelante, Aaron. Ya sabes dónde está todo. Nos encontraremos en la piscina en un rato. —Jericho pasó un brazo por mis hombros—. Voy a conseguirnos algo para beber y comer, y Sanela necesitará su traje de baño.

—Los veo, niños. Pórtense bien. —Aaron hizo un gesto de despedida con la mano y nos dio la espalda para seguir hacia la piscina con ese paso relajado que lo caracterizaba.

—Muy bien, mi princesa Praliné. —Jericho me apretó más a su costado y me dio un beso en la punta de la nariz—. Ahora ve a la cocina y pídele al personal, ese que a tu tía le encanta emplear para no tener que mover ni un dedo, que lleve hielo, bebidas y algunos bocadillos a la piscina antes de que terminen su jornada. Que no falte el zumo de limón y de naranja. Yo te esperé en el despacho de Mark a ver qué consigo allí para alegrarnos el día.

Después de cumplir con sus órdenes, encontré a Jericho sentado sobre el escritorio de Mark con unas cuantas botellas a su lado.

—¿Vodka? ¿Ginebra? ¿Ron? —me preguntó señalando con una floritura a las tres finalistas—. Obvié el tequila porque sabemos que no es lo tuyo.

—La que sepa menos mal —dije cerrando la puerta tras de mí.

—Es tiempo entonces de ampliar tus conocimientos etílicos, amor mío. Ven acá.

Separó un poco las piernas, lo justo para hacerme espacio entre ellas.

—Veamos... —Destapó una de las botellas mientras yo me acomodaba en el espacio que había hecho para mí, le dio un trago y me besó minuciosamente. Luego repitió la operación con cada una de las opciones de bebida—. ¿Y bien? ¿Cuál es tu sabor favorito?

—Tú.

—Y tú el mío. —Me dio otro beso largo y exhaustivo, de esos que te hacen creer que su calor quemará toda la ropa que llevas puesta—. Mi sabor favorito, mi alimento, el aire que respiro. Estoy convencido de que podría sobrevivir consumiendo únicamente una buena dosis diaria de Sanela.

Sonreí porque Jericho siempre me hacía sonreír

involuntariamente, con lo que decía, con lo que hacía, con el solo hecho de que sus ojos se posaran en mí y no siguieran de largo.

—Pero necesitamos tomar una decisión —dijo señalando nuevamente las botellas para luego darme otro de sus besos.

—Vodka —dije un poco sin aliento, todavía pasándome la lengua por los labios tratando de retener el mayor tiempo posible el sabor de sus besos y la sensación de cosquilleo que me recorría el cuerpo.

—Si sigues haciendo eso...

—¿Haciendo qué?

—Si sigues demostrando abiertamente lo mucho que disfrutas mis besos aun cuando no te esté besando, no voy a poder ir a la piscina en un largo rato sin que el efecto que tienes en ciertas partes de mi cuerpo sea más que evidente, y te recuerdo que tenemos invitados.

—Un invitado —lo corregí.

—Así y todo...

Se puso de pie y comenzó a caminar hacia la puerta llevándose con él la botella seleccionada, pero detuvo su camino justo en medio de la habitación y me miró sobre el hombro con miles de cosas divertidas pasando por sus ojos.

Estaba familiarizada con esa mirada, más incluso que con cualquiera de mis propios gestos.

—No, imposible —dijo volteándose en mi dirección y negando con la cabeza—. No puedo ir a la piscina y quitarme la ropa cuando estoy así. —Señaló su entrepierna donde estaba la evidencia que esos besos no solo habían hecho efecto en mí—. En vista de que este problema es tu culpa, pequeña Sanela, es tu deber rectificarlo.

—¿Y cómo propones que lo haga? —dije coqueta lanzando una mirada nada discreta al punto que él mismo había mencionado.

—De rodillas. —Sonrió como el lobo feroz—. Muéstrame por enésima vez lo jodidamente perfecta que eres haciendo también esto.

Sintiendo que había ganado un diez del juez ruso en las Olimpiadas, hice exactamente lo que me pidió. Lo había disfrutado mucho desde la primera vez porque, incluso cuando todavía necesitaba indicaciones, me hacía sentir extremadamente poderosa hacerlo perder el control de esa manera que lo hacía enrollar mi

cabello entre sus manos y tirar de él cada vez que su espalda se arqueaba como si hubiese sido alcanzado por un rayo. Además, en esa situación en particular, en medio de la oficina de mi tío, mientras Jericho bebía directamente de la botella y yo jugaba con él, me hacía sentir, además, divinamente decadente.

Cuando nuestro pequeño momento de diversión terminó, Jericho me ayudó a ponerme de pie (por siempre un caballero), me ofreció un trago de la botella y luego me besó de esa forma que hacía que todo dentro de mí se volviera líquido, todavía mucho más de lo que ya estaba.

—En una escala del uno al diez, ¿qué tan lista estás? —preguntó pasando sus manos por mis costados de forma codiciosa—. Apuesto todo lo que tengo encima que si quisiera tomarte ahora me deslizaría dentro de ti sin el menor esfuerzo. Te pone a mil tenerme bajo tu control.

Involuntariamente me mordí el labio porque solo podía pensar, y nunca acertar, en lo que Jericho tenía preparado a continuación.

—Es tiempo de que vayas a tu habitación, te pongas tu biquini favorito y te unas a la solitaria fiesta de Aaron en la piscina. —Me dio un inocente beso en la frente que duró un poco más de lo que esos brotes de ternura usualmente duraban—. Y tienes prohibido tocarte en ninguna parte, más allá de lo normalmente requerido para cambiarte de ropa. Solo tienes permitido hacer eso cuando yo estoy ahí para verte, hacer lo mismo y terminar sobre tu estómago.

Me guiñó un ojo, me apretó el trasero y salió de la oficina con la botella, ya no tan llena, en su mano, volviendo a ser, en un segundo, el Jericho que, por lo general, caminaba por el mundo levantando miradas a su paso. Por eso me apresuré escaleras arriba a cambiarme de ropa y regresar a la piscina.

Lo que encontré a mi retorno me dejó paralizada de la sorpresa; cosa que, después de tanto tiempo de calidad pasado en compañía de Jericho, era una especie de regresión al pasado. Siempre que creía que ya nada podía sorprenderme, allí estaba mi novio, abriendo una nueva puerta.

Jericho le estaba entregando a Aaron un tubo no más largo que mi

dedo meñique. A la distancia parecía de vidrio, con algo blanco dentro.

A pesar de haber crecido de la forma en que lo había hecho y de ser todavía un poco ignorante de muchas cosas, tenía suficiente información teórica del mundo para intuir que era cocaína o alguna droga similar; más cuando Jericho rompió la parte superior del tubo e inhaló su contenido por una de sus fosas nasales, para luego hacer desaparecer el recipiente vacío en el bolsillo de sus vaqueros que reposaban, descartados, en el respaldo de una silla. Solo en ese momento levantó la cabeza y me vio parada al borde del patio.

—Mi princesa...

Me quedé donde estaba sin atreverme a dar un paso, todavía procesando, todavía intentando descifrar qué debía hacer a continuación, cuál era la respuesta que quería dar y cuál se esperaba de mí.

—No quiero tu linda naricita cerca de esa cosa, ¿me entendiste? Ni hoy, ni mañana, ni nunca. —Me señaló con el dedo, muy serio, y solo se me ocurrió asentir. La dinámica cambió inmediatamente, convirtiéndome en sospechosa de un crimen que nunca había pensado en cometer. Ni siquiera se me ocurrió protestar, tal vez porque una parte de mí creía que si Jericho insistía lo suficiente para que pusiera la nariz en ese tubo, usaba los incentivos adecuados, probablemente encontraría una manera de justificarme con mi conciencia—. Ahora ven aquí y dame un beso de esos que tanto me gustan.

Como siempre, hice lo que me pedía porque, a pesar de la sorpresa inicial, ahora que todo parecía volver a la normalidad, mis hormonas comenzaron a enviar las órdenes a mis piernas sin tener que pasar por el cerebro. Todavía estaba a mil por lo que había pasado en el despacho de Mark.

Jericho tomó mis manos entre las suyas y me atrajo por ese beso en el que deseaba perderme para olvidar lo recientemente sucedido. No ocurrió.

—¿Qué pasa? —me preguntó Jericho confundido.

—Sabe raro. Tú, sabes raro.

—¿Cómo raro?

—Como azúcar quemada, mucha sacarina... no sé.

Pareció meditarlo unos momentos.

—Aaron. Usa eso que te di, ahora, y ven acá.

—Dame un segundo.

Aaron, quien estaba cerca de la mesa de refrigerios que ya estaba servida, terminó de poner una generosa cantidad de vodka en un vaso largo que ya contenía hielo y jugo de naranja y regresó hasta la silla donde su ropa estaba apilada junto a la de Jericho para tomar el tubo, quitar la parte superior e inhalarlo.

—Guarda bien el desperdicio —advirtió Jericho, todavía con mi mano entre las suyas—. No queremos que quede alguna evidencia y meter a Sanela en problemas.

—Trabajando en ello. —Tal y como lo había hecho Jericho, Aaron regresó el recipiente vacío al lugar de dónde había salido, tomó el vaso que había reposado momentáneamente en el suelo y fue hasta nosotros—. Este vodka es fantástico.

—Sí, sí, el maravilloso poder de la Stolichnaya —dijo Jericho con un tono que sustituía perfectamente el poner sus ojos en blanco—, pero no más, al menos hasta que descifremos este misterio.

—¿Cuál misterio?

—Bésala.

—¿Qué? —me volteé hacia Jericho más que indignada, confundida.

—Princesa, necesito saber si la coca está pasando a ti a través de mi boca porque no quiero que eso suceda. Probemos con Aaron a ver si sabe igual. En ese caso, me lavaré la boca con bicarbonato. Te lo dije, no te quiero cerca de eso.

Por estúpido que pudiera sonar, en ese momento parecía perfectamente lógico.

—Jer... —Aaron no parecía del todo convencido.

—¿Le negarás un favor a un amigo? —Jericho me tomó por las caderas poniéndome frente a Aaron—. No te estoy pidiendo algo horrible. Mi Sanela es una chica preciosa.

—No digo que no lo sea...

—Y sus besos son los mejores. Hace unos ruiditos que viajan

directo a tu polla. Un paso de su lengua y vas a querer comenzar a tocarte.

—Te creo.

—¿Entonces?

—¿Sanela? —me preguntó Aaron con una sonrisa dubitativa.

—Terminemos con esto —dije sonriendo como si no fuera la gran cosa, como si el comentario de los ruiditos y la polla no me hubiesen matado de la vergüenza y, extrañamente, al mismo tiempo, llenado de una sensación de triunfo.

Aaron dio el paso necesario para introducirse en mi espacio personal y sus manos sustituyeron las de Jericho sobre mis caderas.

—Un estudio minucioso, Aaron —le recordó Jericho pegando su cuerpo a mi espalda, lo que me convertía en el queso de un extraño bocadillo de carne.

El beso fue extremadamente meticuloso y, sorpresivamente, nada desagradable. No encendía mi cuerpo y me daba cosquillas en varias partes, tampoco me hacía olvidar quién era y la realidad que me rodeada, pero sí fue lo suficientemente bueno para que no pensara en la situación tan extrañamente confusa en la que había entrado voluntariamente.

—¿Qué tal el sabor? —preguntó Jericho cuando el beso concluyó, aunque no se movió de dónde estaba, tampoco Aaron.

—Igual. Azúcar quemada.

—No lo entiendo. —Jericho sonaba genuinamente confundido—. Ven acá.

Creía que no era posible, para ninguno de nosotros, ir «más allá», debido a lo cercano que estaban nuestros cuerpos y a toda la saliva compartida. Obviamente todavía tenía mucho que aprender.

Jerichó tomó a Aaron por la parte posterior del cuello y lo besó, en la boca, y no se trató de un ligero pico. Fue casi tan meticuloso como Aaron había sido conmigo.

Y allí estaba yo, literalmente en medio de todo aquello, sorprendida y no de una mala forma. Era como ese momento en una montaña rusa justo antes de caer, esa sensación, no agradable ni desagradable, en medio del estómago, pero que te genera un extraño

subidón de adrenalina, con la excitación y el pánico llenándote a partes iguales.

La sorpresa, con el inevitable ruido que escapó de mi garganta, vino segundos después cuando sentí la respuesta de Aaron a ese beso, una que no había tenido conmigo, escondida en los confines de sus pantalones de surf.

—Tienes razón —dijo Jericho al concluir el beso, con el mismo tono poco ceremonioso que hubiese empleado tras tomar un vaso de agua—. Sabe extraño. Tendré que terminar la botella de vodka para lavar el sabor y no más coca para mí hoy. Tú, Aaron, puedes dar cuenta del resto.

Aaron todavía lucía un poco confundido cuando Jericho se separó llevándome con él hacia la mesa donde estaban los refrigerios para prepararme un vodka con jugo de naranja y servir uno solo con hielo para él.

—¿Te gustó? —preguntó sonriendo cómplice.

—¿Qué?

—El beso de Aaron.

—No tanto como a él el tuyo.

Jericho sonrió más ampliamente, presumido incluso, y aparentemente no tan ajeno a lo sucedido con Aaron mientras chocaban sus bocas.

—¿Y a ti te gustó? —me atreví a preguntar—. ¿Besar a Aaron?

—No tanto como a él. —Se encogió de hombros y se rio un poco—. Fue solo un juego.

—¿Aaron lo sabe?

—El pobre Aaron no sabe nada de nada. —Suspiró—. No me gusta ser prejuicioso. Mi lema es: si se siente bien, está bien. Aaron debería aprender eso como lo has aprendido tú y no complicarse, pero imagino que por eso tú eres mi novia y no él.

El aludido puso algo de música, *Get The Party Started* de Pink, si recuerdo bien, y esa declaración tan extraña, así como todo lo ocurrido antes, quedó atrás como algo inconsecuente, normal, cuando Jericho me tomó de la mano y comenzamos a bailar.

Más tarde, después de un buen rato bebiendo, bailando, nadando,

y de Aaron haciendo uso del resto de los tubos que Jericho había traído, estaba sentada al borde de la piscina, Aaron a mi lado y Jericho en el agua frente a nosotros.

—Entonces, Aaron —preguntó Jericho—, ¿la piscina ha estado a la altura de tus expectativas?

—Mejor. —Aaron bebió de su enésimo trago de vodka con jugo de naranja. Ya su usual sonrisa se estaba volviendo un poco desencajada, aunque una especie de energía nerviosa parecía recorrerle el cuerpo—. Ahora solo me queda pensar que cuando el verano termine debo volver a Nueva York.

—Pensé que te gustaba Nueva York —lo miré confundida.

—Sí, me gusta. —Se encogió de hombros—. Pero nada es tan bueno como estar aquí de vacaciones. Me gusta el mar, la tranquilidad, los amigos.

—No te preocupes —dijo Jericho—. Aunque no haya mar, recuerda que Sanela estará en Nueva York después del verano y yo también.

—¿Lo estarás? —pregunté un poco esperanzada. Nunca había hablado de lo que pasaría cuando el verano terminara, no de una forma tan definitiva.

—Claro. Tengo planes. Me esperan dos años en Nueva York.

—¿Dos años? ¿Por qué un tiempo tan preciso? —preguntó Aaron.

—Porque es el tiempo necesario para que Sanela termine el instituto, sea mayor de edad y podamos casarnos.

—¿Qué? —pregunté atónita, aunque no de mala manera. Sentía que un millón de abejas emocionadas me recorrían el cuerpo.

—Podría buscar toda mi vida y nunca encontrar una chica como tú.

—Me tomó de las piernas y me arrastró al agua con él—. Eres mi mitad, mi pareja perfecta. ¿Para qué esperar más de lo estrictamente necesario?

—Estás loco —dije riendo y, a pesar de mis palabras, una esperanza enorme floreció en mi pecho. Se parecía mucho a la felicidad.

—Imagínalo. Nos casamos en Nueva York, Aaron podría ser el padrino.

—Brindo por eso —dijo el aludido levantando el vaso.

—Luego nos vamos a vivir a Londres —continuó Jericho—. Inicialmente tus tíos podrían no estar muy complacidos, pero si jugamos bien nuestras cartas en estos dos años, tal vez no haya mucho drama. Tengo suficiente para que vivamos cómodos, viajemos y, si quieres ir a la universidad, mi padre tiene contactos en Oxford. Tendremos un pequeño piso en la ciudad, un perro, si te gustan, o un gato antipático...

Lo besé porque ya no podía contener dentro del cuerpo la alegría que me embargaba. Incluso mientras lo besaba seguía sonriendo y él también, y el momento fue adornado con los aplausos y silbidos de Aaron.

Dos años parecía una enorme cantidad de tiempo y, a la vez, un futuro posible por el que valía la pena esperar, más si Jericho iba a estar a mi lado todo ese tiempo.

—¿Cuándo planeaste todo esto? —pregunté.

—Cada segundo que no estamos juntos.

—No sé, hombre —dijo Aaron, pero cuando me giré hacia él, miraba a Jericho sonriendo—. Como futuro padrino siento el deber de decirte que debiste traerle un anillo o algo así.

Jericho también rio. Era extraño verlo así, completamente feliz. Parecía mucho más joven, menos intenso.

—Seguro pensaré en algo, o Sanela lo hará. Ella es la organizada.

Seguimos divirtiéndonos en la piscina con besos húmedos y cuerpos resbaladizos. Como siempre que estábamos juntos, y más con tan poca ropa, las cosas escalaron y practicamos, una vez más, para nuestra luna de miel, allí al borde de la piscina, bajo la mirada atenta de Aaron que, de acuerdo con los ruidos que escuché, también pasó un buen rato, aunque no podía estar segura si era por vernos juntos, verme a mí sin ropa o ver a Jericho haciendo lo que mejor sabía.

En aquel entonces, después de tanto sexo casi en público, aquello no se sintió tan escandaloso o prohibido. A fin de cuentas, no importaba porque «si se sentía bien, estaba bien» y, tras el prospecto de pasar la vida juntos, yo no solamente me sentía bien, me sentía feliz.

Nunca más estaría sola. Nunca más tendría que fingir ser alguien que no era.

Capítulo 15

Ahora

Con Agusten de regreso a Nueva York, pasé los días con Ally, inicialmente aparentando que me emocionaban todas las ideas que tenía para la boda y, posteriormente, gustándome todo el proceso más de lo que pensé.

Como lo anticipé, Ally requería de año y medio para poder organizar la boda que quería, y eso usando todas sus «influencias», según dijo. Sin embargo, Agusten y yo le recomendamos que consiguiera nuevas influencias o se conformara con una boda más modesta pues solo tendría ocho meses. La boda sería a principios de la primavera y ya Quincy estaba comenzando a dar indicaciones a nuestros diseñadores sobre el vestido.

Todo parecía marchar sobre ruedas. Incluso Jericho parecía haber desaparecido, llevándose con él todos los recuerdos poco bienvenidos y esa extraña quemazón que sentía en el cuerpo cuando estábamos cerca.

No podía creer que, por primera vez en muchos años, estaba realmente de vacaciones. Las cosas en la oficina marchaban como la maquinaria perfectamente aceiteada que era, los preparativos de la boda estaban en manos de Ally, la madre de Agusten y Quincy, y yo solo tenía que relajarme y descansar.

Con ese propósito salí a pasear por Montauk sin ninguna tarea programada. Tal vez solo iría al mercado por algo de pescado fresco para hacer la cena (mis habilidades culinarias estaban un poco oxidadas por el día a día, y estar en la cocina, sin apuros ni presiones,

siempre me recordaba a mi madre). Tal vez pasaría a revisar las tiendas de antigüedades y artesanías del lugar buscando alguna pieza que llamara mi atención o simplemente pasearía por el muelle y me sentaría a ver el mar y a disfrutar de la brisa y tal vez de un buen libro.

De hecho, comencé por ese último punto de esa lista, que bien podría tener por título «la lista de no hacer nada trascendente», y me senté en un banco de piedra en esa sección que solo usaban los pescadores locales y que estaba alejada de los sitios más famosos entre los vacacionistas.

Simplemente estaba allí pensando en nada, disfrutando del paisaje y llenando mis pulmones de la deliciosa brisa marina.

Lo sentí incluso antes de que mi cerebro registrara la presencia parada a mi lado, antes de que su voz tan familiar resonara con alguna palabra, y ni siquiera me sorprendí ante esa sensación de alerta que pareció contraer todos los músculos de mi cuerpo. De alguna forma lo esperaba, aunque no lo supiera. Fue como cuando lo conocí, una especie de presagio.

Claro que, con la sensación de tenerlo cerca, toda la energía optimista que me rodeaba fue reemplaza por una especie de agotamiento.

Estaba tan cansada de ser tirada en direcciones opuestas, resistiéndome a cada una de ellas; de sentir al mismo tiempo rabia y alegría, y luego martirizarme por haber sentido esa pequeña chispa de felicidad que, aunque involuntaria, se despertaba en su presencia. Era como vivir en una especie de crisis bipolar sin medicación conocida.

Todo lo que rodeaba mis sentimientos por él era contradictorio, y las contradicciones, aparentemente, son agotadoras cuando tratas de explicarlas y luchar contra ellas. Estaba tan emocionalmente exhausta por esos bruscos cambios de sentimientos que ya no sabía si quería que se fuera o que se quedara, que desapareciera sin dejar ni un solo recuerdo o comenzara a fabricar otros; solo quería que pasara lo que tuviese que pasar y terminar con ello.

Estar con él siempre era el momento justo antes de la caída, ese en

el que no sabes si resistir, mover los brazos buscando asidero, o simplemente aceptar con resignación las leyes de la gravedad.

—Praliné para mi princesa Praliné —dijo colocando un pequeño bote de helado en el banco antes de sentarse a mi lado, y allí estaba nuevamente esa pequeña chispa de alegría despertándose en mi pecho como el breve aleteo de una mariposa.

Seguí mirando al frente con la tonta esperanza de que, si la ignoraba, la sensación desaparecería.

—Nunca fuiste a buscar el collar. Me dejaste esperando —dijo y allí estaba la otra parte de la ecuación: la rabia.

Solo Jericho podía hacerme sentir cosas tan opuestas en solo cuestión de segundos, de una oración a otra, casi al mismo tiempo. El aleteo de la alegría no había desaparecido del todo, cuando algo parecido a la indignación se hacía presente.

—No quiero el collar —dije sin mirarlo, tratando de controlar todas esas emociones que amenazaban con tragarme—, ni a ti tampoco.

Un segundo de silencio, dos, tres.

Por un instante pensé que había ganado, en apariencia, claro, porque algo dentro me gritaba que era una mentirosa.

—Puedes decir que no me quieres, porque el querer es algo que viene gobernado por la razón, pero no puedes negar que me necesitas, eso es algo más primario, instintivo. Puedes incluso necesitar algo que crees que no quieres —dijo finalmente—. Soy la pieza final de tu rompecabezas y tú eres la mía. Repite hasta el cansancio que no quieres esa parte que te falta, pero sabes que la imagen nunca estará completa sin ella. Nunca estarás completa sin mí.

—Estoy cansada de todo esto, Jericho —admití con un suspiro, todavía viendo el mar, deseando que las olas se llevaran todo el cansancio y la confusión—. Me gustaría gritarte, decirte que me dejes en paz, echarte en cara muchas cosas, insultarte... pero solo estoy cansada. —Me volví para mirarlo finalmente y allí estaba, no el Jericho cínico ni el pagado de sí mismo, no el terrible que me acechaba en sueños, sino aquel dulce, suave y un poco perdido; ese

que se parecía tanto a mí en alguna época; ese que, de poder despegarse de su Mr. Hyde, hubiese sido un hermoso recuerdo de mi primer amor; ese que, muy a mi pesar, todavía me hacía sentir cosas, ese con el que hablar no parecía una lucha de voluntades, sino el retomar una conversación dejada a la mitad—. ¿Por qué ahora?

—Porque estás a punto de cometer un error y te quiero tanto que no puedo permitirlo. —Su mirada se dulcificó, como una súplica desesperada a una deidad inalcanzable—. He seguido tu vida en la distancia, tus estudios en Harvard, tus éxitos en el mundo de la moda, y en cada paso sonreía, orgulloso. Mi nena le había plantado la cara al mundo y estaba ganando la pelea ella sola, siendo la Sanela Darby que yo conocí, la que está llena de fuego, la que es atrevida y valiente; pero cuando leí el anuncio de tu matrimonio con el doctor Clermont, supe que era el momento de volver, de evitar que cometieras ese error.

—Agusten es un buen hombre...

—No lo dudo. Pero no es el hombre para ti, no es el hombre que puede hacerte feliz.

—¿Y tú sí? —le pregunté indignada—. Rompiste mi corazón, Jericho, en mil pedazos, y luego te paraste sobre esos pedazos y los pisoteaste para asegurarte de que no quedara ningún fragmento utilizable.

—Lo sé y lo hice con intención. —Cerró los ojos y negó con la cabeza. Era la viva imagen del arrepentimiento—. He hecho cosas terribles en mi vida, antes de conocerte, durante el tiempo que estuvimos juntos y también después; pero lo que sucedió esa noche en la playa fue peor que la suma de todos mis errores, porque era algo que iba contra mi instinto de supervivencia, contra esa tendencia que tenemos los seres humanos de evitar lo que nos hace daño. —Abrió los ojos y parecía tan torturado—. No te confundas, mi amor, mientras rompía tu corazón con toda la fuerza y la intención de la que era capaz, el mío se rompía más todavía. El dolor que te infringí ese día no fue nada comparado con lo que me estaba haciendo a mí mismo.

—Por favor... —Negué con la cabeza forzando una incredulidad

necesaria que mis mejores instintos se negaban a convocar.

—A partir de ese momento te he buscado en cada esquina, en cada mujer. En el yate hablaste indignada de mis matrimonios...

—No podría importarme menos las veces que te has casado.

Me miró levantando las cejas antes de proseguir.

—Tus celos me hicieron tan feliz que quise decirte que siempre he tratado de reemplazarte con algo que se parece, pero que no te llegó nunca ni de cerca, aunque sabía que no era el momento para esa conversación. —Suspiró—. Por eso sé que no debes casarte, que estás cometiendo mis mismos errores.

—Agusten no se parece a ti.

—Porque yo busqué una sustituta para intentar recrear con una imitación a una mujer única que tuve que abandonar sin desearlo, mientras tú estás buscando un opuesto simplemente porque te hice daño. Te amo, Sanela, más de lo que Agusten te ama porque sé quién eres. Conmigo no tienes que fingir, solo ser tú.

—Ya no me conoces, Jericho. He cambiado.

—Convertiste a Darby en una firma internacional porque eres una mujer de negocios brillante y arriesgada, no porque la ropa te interese; pusiste tu mayor esfuerzo en una compañía completamente ajena a lo que eres porque todavía sientes que tienes que pagar tu buena suerte, porque necesitas que Allison te quiera para no sentirte como una niña abandonada y, lo peor de todo es que te convenciste de que amas a Agusten Clermont porque se ajusta a ese paradigma que tienes en tu cabeza de que tienes que casarte con un cirujano al que todos quieren. «Un buen muchacho para una niña buena», pero no eres una niña buena, nunca lo fuiste y tarde o temprano te cansarás de él porque eventualmente la verdadera Sanela querrá salir a jugar, no podrás tenerla dormida mucho tiempo. No me digas que no te conozco, soy el único que lo hace, por eso pude herirte.

—Para... —dije y, aunque sabía que era el momento de ponerme de pie e irme, mi cerebro se negaba a enviar la orden necesaria a mis extremidades—. No tienes derecho, no ahora, no después de...

—Cuando te conocí era un desastre, Sanela, mi vida era un desastre, una nube negra parecía rodear todo lo que hacía. Era un ser

tóxico, perdido. Te lo advertí y no quisiste escucharme...

—¿Ahora resulta que todo fue mi culpa? —Levanté la voz más de lo recomendable—. Tenía dieciséis años, Jericho, dieciséis, y tú me llevaste por un camino...

—No, no te escudes en eso. No teforcé a nada y lo sabes. Nunca dijiste que no. Fuiste tú quien se quitó la ropa en la playa, fuiste tú quien me buscó en mi hotel cuando yo lo único que quería era alejarme de la locura que representabas, de todo lo que me hacías sentir, porque me aterraba.

—¿Ahora resulta que soy una especie de Lolita mal entendida?

—No, eras una mujer, mi mujer perfecta, aunque el mundo se empeñara en tratarte como una niña. Dices que tenías dieciséis como una especie de escudo, una excusa que otros fabricaron y que esgrimes para convertirme en un monstruo, cuando sabes tan bien como yo que es solo un número, que esos cinco años de distancia entre nosotros no hacían ninguna diferencia en ese entonces, como no lo hacen ahora; porque te amaba cuando tenías dieciséis y te amo ahora. No tenía nada que ver con la edad.

Trague grueso porque escucharlo decir que me amaba, antes y ahora, era más de lo que mis agotados nervios podían soportar. Simplemente tenía ganas de echarme a llorar.

—Si esos cinco años no hacían ninguna diferencia, ¿por qué tuvimos que mantenerlo en secreto? —pregunté convocando la rabia—. Agustén es mayor que yo y cuando quiso salir conmigo habló con mi tío. No hubo misterio...

—¡El perfecto Agustén Clermont! —dijo con burla—. Lamentablemente yo no era perfecto en ese entonces. Ni a mis ojos ni a los del mundo. Cuando te conocí era un borracho resentido con el universo, había estado en un juicio y evitado la cárcel de milagro. Los periódicos sensacionalistas me llamaban «Lord Excesos» y la muerte de mis amigos pesaba tanto en mi conciencia como en el imaginario colectivo. No me creía digno de hacer esa petición y el tiempo me ha demostrado que Mark Mountagh no me hubiese dejado acercarme.

—¡Por Dios! ¿Acaso no sabes cómo son? Un lord inglés cortejando

a su sobrina les hubiese alegrado el verano.

—Mark no es tan superficial.

—Al menos debiste haberlo intentado.

—De haberlo intentado me habría ganado al menos una orden de restricción.

—¡Por favor!

—¿Por qué crees que en diez años de fructífera relación comercial con tu tío nunca nos han presentado formalmente? —Me miró levantando una ceja—. Soy un buen cliente y todavía mejor publicidad para su firma, pero nunca lo suficientemente bueno para su niña perfecta, como siempre te llama, y ni siquiera puedo estar resentido por ello porque es la verdad: siempre fuiste perfecta y yo un desastre. Sin embargo, eso no evitó que supiera desde el primer momento que eras la mujer de mi vida.

—¿Por qué esperar tanto tiempo, entonces?

—Porque rompí tu corazón, te hice daño, y no creí que pudieras perdonarme. Por eso traté de olvidarte, de veras lo intenté, pero lo supiera o no, en cada paso que daba, en cada decisión que tomaba, lo único que hacía era intentar convertirme en el hombre que merecías y nada de lo que alcancé nunca me pareció suficiente.

—¿Y ahora sí?

—El tiempo se agotó. Tenía que probar mi suerte. —Tomó mis manos entre las suyas—. Dime tú si es suficiente: fui a Oxford, me gradué, construí un negocio rentable, compré un piso en Londres, adopté un perro y también un gato antipático porque nunca me dijiste cuál querías...

—Jericho... —dije sintiendo que el cuerpo entero me temblaba, que la fachada dura y desinteresada estaba por derrumbarse.

—Lo único que no he conseguido en diez años es ser feliz, porque para eso me faltas tú. A pesar de mis éxitos, de perseguir la felicidad, tanto en forma de excesos como en lo que otros llaman la dicha doméstica, me he encontrado siempre atrapado en el mismo poema de Laforge: «*Comme la vie est triste et coule lentement*».

—Qué triste es la vida y que lenta transcurre —musité la traducción, los recuerdos inundándome.

—Y es así porque no estás a mi lado.

Dejó ir mis manos para buscar algo en el bolsillo de su americana.

Mi corazón dio un pequeño salto al ver la bella encuadernación antigua de ese poemario que conocía tan bien.

—No solo guardé el collar todos estos años —dijo con una sonrisa triste—. Cada momento, cada cosa que evocara ese verano que pasamos juntos han sido siempre mis posesiones más valiosas, esas que me recordaban el hombre que tenía que haber sido, el hombre en el que debía convertirme.

Colocó el libro en mis manos como una especie de ofrenda y, sin embargo, su peso, su textura, trajo recuerdos malos, particularmente los de esa noche en la que todo había cambiado, en la que los pocos límites que nos quedaban fueron cruzados porque ya no «se sentía bien», sino que nos dañaba, a nosotros y a los otros.

Me puse de pie como impulsada por un resorte. Por primera vez desde que esa conversación se inició, realmente quería irme, huir, dejar todo eso otra vez atrás, pero las manos de Jericho impidieron mi huida cerrándose en mi cintura, sus labios acariciando levemente la piel de mi cuello.

Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera decidir si era una buena o una mala idea, mi piel acercándose a su tacto como si tuviese voluntad propia, mis poros inconscientemente buscando su calor. Era como si cada una de mis terminaciones nerviosas tuvieran memoria, lo hubiesen extrañado y ahora cantasen de dicha ante el reencuentro.

—Te amo, Sanela, y sé que todavía me amas, porque un amor como el nuestro es algo que se consigue solo una vez en la vida —dijo a mi oído—. Ven conmigo, ahora, mañana. Vámonos a Londres, reclamemos esa felicidad que solo encontraremos uno en el otro, la vida que...

Un momento de lucidez me golpeó como ese rayo de sol que se filtra por tu ventana recordándote de la peor manera posible que es momento de despertar y me separé de su abrazo para encararlo con la única pregunta que no había hecho.

—¿Qué fue de Vida, Jericho?

—¿Vida? —me miró confundido como si el enorme elefante sentado entre nosotros no existiera.

—Sí, Vida. Desaparecieron juntos de aquí el día después de...

—No, Sanela —me interrumpió tomando mi rostro entre sus manos, impidiéndome siquiera mencionar el suceso más grave entre nosotros—. Vida me estaba extorsionando. Aaron le contó sobre lo que pasó en la piscina de tu casa y ella amenazó con contarle a tu tío. Quería dinero y que la sacara de aquí y yo no podía permitirme otro encuentro con las autoridades. Por eso hice lo que hice, tenía que mantenerla callada.

—Hiciste más que eso, con Vida... —Dudé antes de decirlo—. Y con Aaron.

—Todo lo que hice ese día, cada una de mis acciones, de mis palabras, fueron únicamente para protegerte. Pensé que después de tantos años ya lo habrías descifrado.

Todavía con mi rostro entre sus manos se inclinó y posó sus labios sobre los míos y el mero contacto fue tan electrizante que olvidé que existía algo más que ese punto en el que nuestras bocas se juntaban.

Fue como nuestro primer beso y también como el último, lleno, al mismo tiempo, de inocencia y de tristeza, pero, a diferencia de sus predecesores, en esta oportunidad no fui yo quien tembló con el contacto, sino Jericho. Sentí el leve temblor comenzar en su pecho, tomar por asalto sus manos y manifestarse a través de sus labios con una vulnerabilidad que le era ajena. Una vez que el temblor pareció ceder, sus besos se volvieron más urgentes como si la sensación hubiese dado paso a una especie de apetito antiguo y nunca correctamente saciado. Ya no era el encuentro de la primera vez y la última, ahora eran como todos aquellos que habían venido en medio.

¿Lo peor? Yo estaba respondiendo a esos besos sin ni siquiera haberme dado cuenta. Como todo con Jericho, se trataba de una respuesta primaria que no parecía venir de la mente, ni siquiera del instinto, sino de un lugar que estaba debajo de mi ombligo.

—Te extrañé tanto —me dijo jadeando entre un beso y otro—. Nunca me atreví a imaginar que esto sería posible.

Y con el normal flujo de aire a mi cerebro, también volvió el

pensamiento coherente y la realidad.

—Jericho, no...

—No digas nada —dijo tomando nuevamente mi cara entre sus manos. Su mirada esperanzada y, al mismo tiempo cargada de deseo, penetrándome hasta los huesos—. No dejes que la vida nos alcance, no todavía.

—Necesito irme —dije tratando de despegarme de sus manos, pero mi cuerpo se negaba a luchar con la fuerza suficiente.

—Podemos tener una vida juntos, como siempre debió ser. Ven conmigo, vámonos, ahora nadie puede impedirnos estar juntos.

«¿Y qué hay de mi conciencia? ¿Y mi racionalidad? ¿Qué hay del odio, de la rabia, de los recuerdos?», dijo una voz en mi mente muy parecida a la pragmática y segura que usaba cuando estaba en la oficina, pero muy distante al amasijo nervioso que era en ese momento.

—Jericho... —dije al tiempo que mis músculos se ponían al día con lo que mandaba la racionalidad y daban el necesario paso atrás—. No puedes pedirme...

—No digas más nada —me interrumpió poniendo sus dedos sobre mis labios—. Estaré aquí todo el tiempo que sea necesario. He esperado tanto que no importará esperar un poco más, darte el tiempo que requieras para darte cuenta de que esto... —Y movió las manos entre nosotros—. Es lo que siempre debió ocurrir.

Sabía que era tiempo de terminar esa conversación, que no debía darle ningún tipo de esperanzas, debía pedirle, exigirle, que se marchara y me dejara en paz. No podía cambiar de parecer a estas alturas, y después de todo lo que había sucedido entre nosotros, solo por unas palabras dulces y unos cuantos besos.

Sin embargo, a pesar de mis mejores intenciones de seguir las instrucciones desesperadas de mi lado racional, no pude hacerlo.

Capítulo 16

Antes

No podía creer que hubiera encontrado el regalo perfecto para Jericho en una tienda de antigüedades en Los Hamptons. Era una colección de poemas de autores franceses que incluía, obviamente, a Laforgue, y que tenía una bellísima encuadernación antigua hecha en cuero.

La idea me había asaltado después de que Jericho mencionó que yo seguramente pensaría en algo ya que él olvidó el anillo el día que me pidió que me casara con él, aunque, analizándolo en retrospectiva, no me lo había pedido, no realmente. Todo había sido un enunciado, algo decidido, más que una petición. Sin embargo, estaba tan feliz que era imposible pararme a considerar esos pequeños detalles de protocolo.

Ese día había ido a buscar a Vida que se había perdido la memorable jornada en la piscina. Obviamente no planeaba contarle todos los detalles, todavía conservaba algún tipo de sentido común que me decía que parte de lo que Jericho y yo hacíamos juntos no sería bien visto por la mayoría de las personas, sin importar que los considerara los mejores amigos del mundo. No obstante, sí moría por compartir con mi mejor amiga los planes de Jericho, nuestros planes, para el futuro.

Sin embargo, Vida no estaba por todo aquello y su madre me hizo saber que, si bien había ido a trabajar ese día, había salido un momento antes de mi llegada sin decir a dónde iba o cuándo regresaría.

Me quedé en la tienda esperando por ella, mirando las exhibiciones para hacer tiempo y fue cuando encontré el libro. No podía esperar para dárselo a Jericho.

Como no podía quedarme todo el día en la tienda, fui a dar una vuelta por el pueblo y vi los anuncios de la gran fiesta en la playa para celebrar el fin del verano. Una idea divertida comenzó a formarse en mi mente: aparecería allí de sorpresa para darle a Jericho su regalo. Seguro que, como siempre, estaría allí con Vida y Aaron y todos podríamos celebrar juntos esas vacaciones extraordinarias que nos habían unido, convirtiéndonos en un grupo tan especial.

Me tocó inventar una mentira muy bien elaborada para Ally, diciendo que todos los amigos del club asistirían a la fiesta en la playa y que me traerían de vuelta. A esas alturas, ya no tenía tantos problemas para mentir, me había acostumbrado, así que el cuento fue entregado con tanta serenidad de mi parte, con toda la inocente esperanza infantil que pude convocar, que mi tía accedió sin pensarlo mucho, solo dándome unos consejos que, a esas alturas, me daban ganas de reír.

Esperé el momento en que Ally estaba más distraída para salir hasta el taxi que me esperaba en la entrada de la casa para que no se diera cuenta de que ninguno de esos supuestos amigos respetables había venido a por mí.

Ya en el taxi repasé las líneas que había escrito en la primera página del libro a modo de dedicatoria. No eran originales, sino una cita de Françoise Sagan y, para exagerar un poco, la escribí en su idioma original:

He amado hasta llegar a la locura, y eso a lo que llaman locura, para mí, es la única forma sensata de amar.

Al llegar a la playa en Montauk, el lugar estaba lleno de gente, todos sostenían bebidas en sus manos, mayormente botellas de cerveza; había fogatas encendidas y música sonando proveniente de los coches aparcados en las cercanías.

Aunque era muy distinta al tipo de fiestas a las que Ally me hacía ir, no me pareció tan descontrolada como ella la hizo sonar. Solo era gente joven, divirtiéndose, muchísima gente. Parecía que todo local y

vacacionista, entre diecisiete y veintidós años estaba allí, incluyendo algunos de esos nuevos amigos que había hecho durante el verano. Sin embargo, sí era frustrante pues entre tantas personas no era fácil encontrar a quienes estaba buscando.

Sin embargo, recordé que debía construir una coartada sólida que pudiese utilizar en caso de ser necesario, así que paré a saludar a algunos y hacer un poco de conversación con esos amigos recomendables que Ally insistía que cultivara. A pesar de que me moví por varios grupos, en principio no pude encontrar a quien verdaderamente fui a ver.

Comencé a desesperarme, alejándome de los lugares más concurridos hasta que finalmente lo hallé cerca de una fogata en torno a la cual se concentraban no más de diez personas, ninguna que conociera. Jericho no tenía una cerveza en la mano, tampoco un vaso de plástico con algún contenido desconocido, eso era demasiado mundano para él. Sus dedos estaban cerrados en el cuello de su tradicional botella de Lagavulin, de la cual tomaba tragos ocasionales en los momentos en que el porro dejaba su boca. Había chicas a su alrededor tratando de llamar su atención y, sin embargo, conocía bien su mirada, sus sonrisas, para notar que, aunque a ellas les pareciera medianamente interesado, lo que se escondía detrás de cada uno de esos gestos que les obsequiaba era el desprecio con el que trataba a la mayoría de las personas.

Me acerqué con esa pequeña sonrisa de los que saben algún secreto y no están dispuestos a compartirlo. En el momento en que me vio una chispa brilló en sus ojos por un momento hasta que algo parecido a la conciencia o, al menos, ajeno a la espontaneidad, se hizo presente haciendo que su vista regresara hacia la corte que lo rodeaba.

—¿Jericho? —pregunté bajito, sorprendida por su actitud, y di unos cuantos pasos más hacia él.

Momentáneamente miró en mi dirección con tanta frialdad que me hizo detenerme, casi como si una pared de hielo se hubiese levantado entre nosotros.

Miré alrededor esperando ver expresiones de burla en todos los

que nos rodeaban, pero nadie pareció darse cuenta. Era como si durante nuestro tiempo juntos, Jericho y yo hubiésemos desarrollado una especie de código elaborado a base de miradas y pequeños gestos tan sutiles que, aunque parecieran gritos entre nosotros, para todos los demás pasaban desapercibidos.

Esperé un momento más hasta que Jericho le dio la espalda a la fogata y comenzó a caminar hacia la playa. Tras un par de minutos lo seguí hasta que el ruido de la música no era más que un murmullo, hasta que no había ni siquiera una voz cuyas palabras se escucharan con claridad.

—¿Qué quieres, Sanela? —preguntó sin mirarme, concentrado nuevamente en la inmensidad del oscuro océano.

—No he sabido nada de ti, no has respondido mis mensajes en un par de días.

—Porque no tengo nada que decirte.

—El verano está a punto de acabar —insistí, acercándome un poco—, iré a Nueva York y tú también. Pensé que podíamos hacer planes.

—No hago planes. Menos para pasar tiempo contigo.

—Porque de todas formas vamos a estar juntos —mi afirmación tenía ese dejo de pregunta que siempre acompaña a la duda.

Para aplacar esos nervios que crecían por segundos en mi estómago, puse mi mano en su hombro y allí estaba nuevamente: la electricidad, el reconocimiento, como si yo fuese parte suya y él mío y nuestras células, nuestros átomos, cantaran de dicha al reencontrarse.

Jericho dio un paso al lado escapando de forma poco sutil de ese contacto que tanto necesitaba.

—¿Juntos? ¿Nosotros? —Me miró confundido—. ¿Qué te hizo pensar eso?

—Tú, tú lo dijiste. Hablaste de irnos a Londres en dos años y como olvidaste el anillo y dijiste que yo pensaría en algo... traje esto. —Hurgué en el bolso que traía y saqué el libro de poemas franceses—. Este puede ser nuestro símbolo. ¿Recuerdas? «Qué triste es la vida y que lenta transcurre».

—La definición perfecta del aburrimiento. —Con desgana tomó el

libro de mis manos y lo ojeó distraídamente—. Por cierto, esa es la palabra que describe con mayor exactitud mi tiempo aquí en Los Hamptons. —Me miró directamente a los ojos—. Contigo.

—¿De qué hablas?

—Asúmelo, Sanela. Yo soy yo, y tú eres... —Se encogió de hombros—. Tú. En un universo coherente como en el que vivimos, ¿qué podría querer un hombre como yo con una niña tonta como tú que hasta necesita instrucciones para una simple mamada. ¿Nunca te preguntaste por qué bebía mientras lo hacías? Tenía que matar el tedio de alguna forma. —Bufó hastiado y abrió el libro, justo en la página donde estaba la dedicatoria. Vi cómo sus ojos recorrían las palabras escritas y luego estalló en una carcajada amarga—. ¿Amor? —Se rio un poco más—. ¿Qué sabes tú del amor?

—Tú me mostraste lo que significa, lo que se siente.

—¡Por favor! Te mostré lo que es el sexo, uno no particularmente muy bueno y eso porque prácticamente me lo rogaste. El amor es otra cosa. —Me miró con pena—. No es que espere que entiendas ese tipo de sentimiento que llena tu pecho de dicha, que vale cualquier sacrificio, que duele. Mejor es que nunca conozcas de qué se trata. Huye de él como si fuera la peste.

—Lo conozco. Conozco el sentimiento. —Me acerqué y tomé sus manos—. Tú me lo enseñaste.

—No sabes nada. ¿Cómo podrías? —En su rostro se dibujó una sonrisa cruel—. Por todo lo que sabemos, tu nacimiento es fruto de una violación, no mucho amor en tu concepción para empezar; luego adoptada por unos viejos ricachones con mucho tiempo libre, por lástima. Ahora vives con Allison y Mark, quienes te acogieron por un sentido del deber. No, no puedes ni siquiera por referencia externa saber lo que es el verdadero amor, no tienes ni idea.

Sus palabras dejaron el aturdimiento de un golpe en la cabeza y la falta de aire en el estómago, todo al mismo tiempo. Luchaba por respirar, por tener una idea clara, todo mientras sentía los ojos llenarse de lágrimas y esperaba, tontamente, alguna explicación plausible para sus palabras.

—El libro me agrada —dijo moviendo casualmente el ejemplar que

todavía estaba en su mano—, pero vamos a quitarle el valor sentimental porque realmente no lo tiene.

Con toda la calma de la que fue capaz, arrancó la página que tenía la dedicatoria y la rompió en varios pedazos arrojando luego los desechos a mis pies.

—Nos vemos, Sanela. O tal vez no, y no llores más. No vale la pena, yo no valgo la pena.

Diciendo eso me dio la espalda y se alejó caminando por la playa hacia el lugar donde había venido.

En el momento en que su espalda desapareció de mi campo de visión, mis piernas dejaron de sostenerme y caí en la arena. Todo el cuerpo me dolía, cada músculo, cada hueso, y no podía sentir otra cosa más allá de ese dolor agudo mezclado con confusión. Era como despertar sangrando en una celda fría y no tener ni la más mínima idea de cómo había llegado allí. Las salpicaduras del mar no existían, tampoco la arena mojada que torturaba mis rodillas o la brisa que se llevaba los pedazos de esas páginas que con tanta ilusión había escrito, nada. Solo podía repetir sus palabras en mi mente una y otra vez tratando, primero, de encontrarles algún sentido, una justificación, y cuando la explicación no llegó, pasé a la etapa del convencimiento, esa en la que examinas los hechos aderezados con el dolor que llevas dentro y encuentras cada uno de ellos cierto.

Perdí la noción del tiempo sumergida en pensamientos que repasaban una y otra vez todo lo que pude haber hecho mal, cada posible error que demostraba que Jericho tenía razón, que nunca sería un ser humano digno de amor porque no había sido creada para ese sentimiento.

Cuando Aaron me encontró no tenía idea de cuánto tiempo había estado allí, en el mismo lugar, en la misma posición.

—¿Sanela? —Aaron se arrodilló a mi lado. Su rostro arrugado por la preocupación—. ¿Estás bien? ¿Te pasó algo? —Tomó mis manos entre las suyas—. Estás helada.

«Vete. Déjame sola».

—¿Sanela? —insistió poniendo mis manos entre las suyas y frotándolas en lo que parecía un intento por calentarlas—. Por favor,

dime algo. ¿Quieres que llame a tus tíos? ¿A Jericho?

Cualquiera de las dos opciones era una locura, una sentencia, y el instinto de supervivencia finalmente me hizo reaccionar.

—Estoy bien —dije finalmente, liberando mis manos de entre las tuyas para secarme las lágrimas.

—¿Qué estás haciendo aquí sola? —preguntó Aaron mirando a su alrededor, obviamente no muy convencido.

—Ha sido un mal día —dije y me salió una especie de risa amarga, una sola, una respuesta seca ante lo absurdas que resultaban las palabras.

—¿Quieres hablar de ello?

«No. Nunca. Jamás».

El dolor todavía estaba allí, fuerte, constante, pero entre sus grietas se estaba colando una terrible vergüenza. ¿Cómo podía contarle a alguien lo que me había sucedido y no quedar como una perfecta idiota? Las miradas de pena volverían, las palabras de consuelo vacías y allí, escondida entre la lástima, estaría la censura.

—Mañana estará mejor —dijo Aaron brindándome una de sus sonrisas típicas llenas de optimismo y yo solo quería gritar. En ese momento «estar mejor» no solo sonaba imposible, lo consideraba una traición. Necesitaba recordar ese momento por el resto de mi vida para no cometer nunca más los mismos errores. Nunca más amar tanto, nunca hasta la locura.

Ajeno a lo odiosa que me resultaba su sonrisa, Aaron se puso de pie y me ofreció su mano, pero no la tomé.

—Si no es mañana, será el día después o el mes siguiente —dijo ante mi negativa a tomar su mano—, pero eventualmente estará mejor. Te lo prometo.

Finalmente me puse de pie porque, aunque la idea de quedarme allí torturándome, ocultándome del mundo, era mi opción más atractiva, sabía que no era una opción viable. Todo con Jericho había sido un secreto y este dolor debía permanecer en secreto también.

—¡Esa es mi chica! —dijo Aaron sonriendo—. Ahora vamos a buscar a Vida. ¿No la has visto hoy?

—No, no la he visto, pero creo que prefiero irme a casa.

—Mi primo me prestó su coche. Vamos a buscar a Vida y te llevo.

—Vale.

Comenzamos a caminar por la playa, avanzando hasta que encontramos nuevamente la fiesta. Aaron me dejó sola un momento para ir a preguntar por Vida y yo solo seguí caminando, hacia adelante, lentamente y sin rumbo; no tenía la fuerza para estar entre la gente, para sostener conversaciones triviales, para aparentar que estaba bien o responder preguntas sobre por qué no lo estaba. La poca fuerza actoral que me quedaba la estaba reservando para cuando llegara a casa.

—Dicen que Vida estaba aquí hace un rato —dijo Aaron alcanzándome—, y que la vieron irse caminando en esta dirección. —Seguí caminando sin decir nada—. Si llegamos al final de la playa sin encontrarla, te llevo a tu casa.

—Gracias.

Seguimos en silencio, escrutando en la distancia los grupos que, mientras más avanzábamos eran menos concurridos.

—¿No vas a decirme qué fue lo que te ocurrió?

—Estoy bien, Aaron.

«Solo quiero irme a casa», completé mentalmente y seguí caminando en silencio, aunque recordando, sin poder evitarlo, cada una de las palabras de Jericho y en cada oportunidad el dolor regresaba tan fuerte como la primera vez.

A pesar de estar atrapada en ese círculo vicioso de tortura, mis pies detuvieron su camino como si tuvieran voluntad propia. Desde la caseta del salvavidas provenía un ruido que conocía muy bien, uno que me llamaba como si fuese una parte perdida de mi alma que necesitaba volver a casa.

—¡Sanela! —gritó Aaron al darse cuenta, no solo de que me había detenido, sino que avanzaba hacia la caseta oscura—. ¿Qué haces? No creo que quieran interrupción en ese lugar.

Aunque escuchaba sus palabras, sonaban lejanas, ahogadas en medio de una sensación pesada, ominosa, en el fondo de mi estómago.

Al acercarme entendí por qué: allí, en medio de las sombras y

únicamente iluminados por la luz de la luna, estaban Vida y Jericho. Ella con la espalda pegada a una de las paredes de la caseta y las piernas abrazando su cintura; él bombeando ferozmente contra ella con una mano sosteniendo su peso contra la pared mientras que en la otra asía fervientemente su siempre presente botella de Lagavulin.

Los sonidos que escapaban de su garganta eran lo peor porque hasta ese momento pensé que eran solo míos, una suerte de código compartido únicamente entre Jericho y yo, tanto que, solo con escucharlo a lo lejos, sin detallar la intensidad de su mirada o la fuerza con la que sujetaba el cuello de la botella, sabía que estaba cerca de terminar.

Había sido un día horrible, tanto que hasta ese momento creí que no podía sentir más dolor, más tristeza, más rabia o vergüenza y, sin embargo, allí estaba con una nueva arremetida de sensaciones incontrolables, como la réplica de un gran terremoto que genera incluso más miedo que el suceso original.

—Jericho, cariño —dijo Vida entre jadeos—, espérame.

Por toda respuesta, Jericho solo incrementó el ritmo de furioso a brutal y llevó la botella a su boca.

—¡Jer! —gritó Vida en una mezcla odiosa de dolor y placer.

—Cállate —le dijo él, dejando caer la botella casi vacía en la arena para luego introducirle dos dedos en la boca y cesar todo intento de comunicación por parte de Vida.

Tres embestidas después Jericho había terminado. Lo supe por el arco que hizo su espalda, por la quietud seguida de un par de sacudidas furiosas, por el quejido que salió con rabia del medio de su pecho.

Me di la vuelta porque no quería seguir mirando, porque ser testigo de eso no era solamente echar sal a una herida, sino más bien un litro de ácido, y me encontré con Aaron de pie a mi lado, en silencio, y con una expresión en el rostro que no era únicamente el dolor del engaño, sino una especie de fascinación.

—Aaron... —dije bajito y le puse una mano en el brazo. Eso pareció sacarlo del ensimismamiento.

—¡Hijo de puta! —gritó acercándose y el grito despertó al par de

tortolitos del estado de trance en el que parecían haberse sumido.

—¡Aaron! —gritó Vida al mismo tiempo que Jericho se apartó de ella, prácticamente dejándola caer. Su vestido la cubrió, pero su ropa interior todavía estaba enredada en su tobillo, lo que le daba a la escena cierto tinte de película de comedia que, en realidad, no tenía.

—Ni te me acerques —le dijo apuntándola con el dedo.

—Aaron, por favor. —Vida se atravesó en su camino—. No es lo que piensas.

—Es lo que vi.

—Vida —dijo Jericho saliendo de las sombras calmado, controlado—. Vete.

—Pero...

—Vete —repitió sin despegar los ojos de Aaron, cuya furia parecía haberse contenido bajo la mirada de Jericho.

Vida se alejó. Su ropa interior desprendiéndose finalmente de su tobillo y quedando ahí en la arena, olvidada, descartada. Era una metáfora de la forma en la que yo me sentía.

—¿Cómo pudiste? —gritó Aaron, herido, y aunque ya no había nada en su camino no continuó su avance iracundo hacia Jericho.

—Tú me viste con Sanela y lo disfrutaste —dijo dando un par de pasos al frente.

—¡No es lo mismo!

—¿Te hubieses querido coger a Sanela? —preguntó confundido.

—¡No!

—¿No? —sonrió de forma un poquito diabólica—. ¿Ni un poquito?

—Tú estabas allí. Yo solo miré.

—Y te gustó lo que viste, así como te gustó lo que viste ahora. — Jericho se acercó todavía un poco más hasta introducirse en el espacio personal de Aaron—. No hay daño. Disfrutaste por igual en ambas ocasiones.

—No.

—Sí. —Jericho estiró su mano y la puso en la entrepierna de Aaron—. No lo niegues. Aquí está la prueba. —Comenzó a mover su mano—. Dime lo que quieres, Aaron. ¿Quieres ver cómo me follo a alguna chica de la fiesta? ¿Quieres follártela conmigo? ¿Juntos?

Un ruido angustiado escapó de la garganta de Aaron.

—¿Quieres que siga haciendo esto hasta que te corras? —Jericho comenzó a mover su mano con más intensidad—. ¿Quieres masturbarte mientras te miro? Tal vez después quieras chupármela...

Aaron abrió los ojos de golpe y lo miró con horror.

—¿Qué carajos, Jericho? —protestó airado dando un par de pasos atrás.

—Le dijiste a Vida lo que pasó en la piscina. —El rostro de Jericho había perdido esa cualidad diabólicamente juguetona y ahora solo estaba allí una expresión de reproche mezclada con desprecio—. Le contaste que me follé a Sanela delante de ti dándote, intencionalmente, la mejor vista, pero no le dijiste que acabaste al mismo tiempo que nosotros solo de ver mi polla entrar y salir de ella, que te excitan los ruidos que hago cuando estoy cogiendo...

—Cállate.

—Que se te puso dura cuando metí mi lengua en tu boca.

Aaron empujó a Jericho con furia, una, dos veces, y luego amagó con darle un puñetazo que Jericho esquivó como si no se hubiese bebido casi una botella de escocés.

—No hay nada malo en ello. —Jericho esbozó una sonrisita—. Lo único malo que tienes, mi querido amigo, es esa putita ambiciosa a la que llamas novia. Después de probar lo mala que es en esto, no es de extrañar que andes buscando otras emociones por ahí.

—Eres un bastardo. —Lanzó otro golpe que Jericho esquivó nuevamente.

—Yo puedo enseñarte todo lo que quieres saber —insistió Jericho—. Puedo ayudarte a encontrar lo que estás buscando, algo que realmente te satisfaga.

Aaron lo empujó y Jericho trastabilló un poco. Cuando volvió a intentarlo, Jericho lo tomó por los antebrazos y lo empujó con fuerza. Sin poder detener la inercia, Aaron cayó de espaldas y su cabeza pegó justo en el borde que marcaba el fin de la tarima de madera sobre la que estaba la torre de salvavidas y la arena.

—¿Aaron? —preguntó Jericho dando un par de tentativos pasos al frente hacia el cuerpo inmóvil.

Sin embargo, Jericho no podía ver lo que yo veía: los ojos de Aaron estaban abiertos y completamente desprovistos de vida, y bajo su cabeza la sangre era absorbida por la arena dándole un color extraño.

—Está muerto —dije en voz alta, maravillándome de lo tranquila que sonaba mi voz, de lo fácil que eran esas dos palabras en contraposición a lo que significaban.

En las películas, en los libros, la muerte parece algo mucho más trabajado, algo que sucede tras una larga lucha en la que las dos partes sangran y están a punto de ganar y perder cada diez segundos; la muerte no llega de un empujón muy fuerte y una caída poco apropiada. La vida tenía que ser más resistente, el cuerpo humano menos frágil.

Era todo tan accidental, tan mundano, tan falto de dramatismo que, tal vez por esa misma razón, no parecía completamente real y mucho menos algo definitivo.

—Sanela, mírame. —Jericho se acercó a mí. No sabía decir si durante toda su actuación faustiana había estado al tanto de mi presencia allí a medio camino entre la playa y la torre de salvavidas o si solo se había dado cuenta en lo que abrí la boca—. ¿Alguien te vio viniendo hacia aquí con Aaron?

Pestañeeé unas cuantas veces. Jericho estaba frente a mí, tomándome por los antebrazos y con una mirada de preocupación. Me tomó unos segundos separar la imagen del cuerpo sin vida en la arena a unos pasos de nosotros y la pregunta de Jericho.

—Sanela —insistió, su tono de voz más urgente.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Piensa!

—Nos encontramos en la playa donde... me dejaste. —Tuve que respirar para mitigar el efecto de las palabras que Jericho me había dicho antes de encontrarme con Aaron. No podía creer que aun en esos momentos siguieran importando tanto—. Comenzamos a caminar buscando a Vida, él se desvió para preguntar en alguno de los grupos, pero yo no fui con él, seguí caminando.

—Entonces, ¿nadie vio que estabas con él?

—Creo que no.

—Bien, bien, eso es bueno. —Comenzó a pasar sus manos por mis brazos—. Todos están tan borrachos que si alguien te vio caminando con Aaron nadie podrá recordarte con claridad.

—No entiendo —dije mirando de reojo el cuerpo de Aaron, no sé si esperando o temiendo que comenzara a moverse.

—Sanela, ¿te acostaste con Aaron hoy? ¿Se besaron?

—¿Qué?

—Necesito saber que vas a estar segura cuando esto estalle.

—No entiendo.

—Solo responde la pregunta. —Me apretó más los brazos, tanto que dolió.

—No, claro que no. —Intenté sacudirme de su agarre—. ¿Cómo puedes pensar eso?

Jericho no respondió, solo suspiró como quien ha evitado la muerte por poco. Sus manos en mis brazos se relajaron y una expresión de alivio se instaló en su rostro que fue sucedida rápidamente por una calma fría.

—Escúchame bien, amor —dijo mirándome como si yo fuese una niña pequeña a quien le están dando instrucciones para ir sola a la tienda por primera vez—. Vas a salir de esta playa por la ruta menos transitada. Haz todo lo posible porque nadie te vea y si te encuentras con alguien que conoces, actúa normal.

—¿De qué hablas?

—Si alguien te pregunta, no estuviste aquí, Sanela. No viste nada. No sabes nada.

—Pero Vida...

—Yo me encargo de Vida.

—¿Qué vas a hacer Jericho?

—Necesitas irte, Sanela. Ahora. —Sonrió de esa manera dulce que no muchas personas tenían la oportunidad de ver y suavemente posó sus labios sobre los míos en un beso tan delicado como el primero que compartimos, pero que no tenía el sabor burbujeante de aquella vez, sino el gusto amargo de la tristeza—. Nunca estuviste aquí. Nunca viste nada.

—Puedo quedarme, ayudarte a explicar...

—No necesito tu ayuda.

—¡Aaron está muerto! —grité finalmente sintiendo algo parecido al pánico—. ¡Muerto! —Me volví para ver el cuerpo—. Simplemente lo empujaste, cayó y ahora está muerto y tú me pides que actúe como si nada hubiese pasado...

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sé que puedes, porque eres lo suficientemente fuerte para guardar el secreto, porque es lo mejor.

—No. —Negué con la cabeza—. Puedo ayudarte. Vi lo que ocurrió. Fue un accidente. Si lo explicamos...

—No lo entiendes. —Fue su turno de negar con la cabeza. Su expresión dulce se borró de golpe—. Esto no cambia nada entre nosotros. Tú y yo no somos nada y probablemente nunca más volveremos a vernos. —Sonrió de lado, un poco sarcástico—. Sacarte de aquí sin que quedes atrapada en medio de este desastre es solo un gesto de agradecimiento por haberme entregado tu virginidad voluntariamente. Aprovecha mi momento caritativo antes de que me arrepienta.

Abrí la boca intentando convocar un insulto o algo, pero no se me ocurrió nada.

—Si no te vas ahora vas a estar metida en un gran escándalo, ¿y qué dirían tus tíos entonces? Estarán tan decepcionados, tan molestos... —continuó con esa sonrisa que quemaba por fría—. Se sabrán muchas cosas y se darán cuenta de que no eres tan buena y tan perfecta como quieren creer, tal vez se enteren de que a su niña santa le encanta coger en cualquier posición y le gusta que la vean mientras lo hace, mientras grita lo bien que lo está pasando. Si se enteran, cuando cumplas dieciocho años te darán una patada en el trasero y te dejarán a tu suerte, sola y abandonada, otra vez.

Bruscamente me separé de él y en esta oportunidad sí aflojó su agarre en mis brazos y me dejó ir.

—Eres basura, Jericho Huxley —dije finalmente encontrando las palabras, sintiendo que todo el dolor de la noche se desbordaba convirtiéndose en rabia.

—Dime algo que no sepa, amor.

Di la espalda y salí de allí, decidida finalmente a darle también la espalda a Jericho Huxley y a esa parte de mi vida.

Capítulo 17

Ahora

—¡Sanela! ¡Cariño! —me llamó Ally emocionada.

La vi caminar hacia el lugar cerca de la piscina donde había pasado la mayor parte del día bebiendo margaritas como si fuese limonada. Finalmente había hecho caso al consejo de Agusten, aunque solo en una parte, solo en lo que se refería a beber algo de alto contenido alcohólico. Eso de relajarme estaba fuera de toda discusión.

Las palabras de Jericho seguían resonando en mi mente: «Te amo, Sanela», «Vámonos a Londres», «Todo lo que hice fue para protegerte».

No debieron importarme, pero, muy a mi pesar, lo hicieron, todavía sonaban constantemente en mi cabeza como un bucle y me impedían seguir avanzando con mi vida. Estaba congelada entre lo que fui y lo que era, entre un pasado sin concluir y el resto de mi vida.

Mi lado racional sabía que no había ninguna decisión que tomar, no podía haberla, Jericho la había tomado por nosotros hacía años y, sin embargo, mi imaginación traidora nos veía en Londres, viviendo en nuestro piso, con nuestro perro y nuestro gato antipático. Sí, «nuestros». Compartiendo una vida que parecía salida directamente de una película de Hollywood o, tal vez, de todas esas fantasías que poblaron mi mente cuando era adolescente. Una pregunta parecía repetirse como un disco rayado: «¿Qué tal si algunos círculos no deben cerrarse? Tal vez quedaron abiertos por alguna razón».

Terminé la copa y había algo en su sabor, algo debajo de la mezcla

cítrica del cóctel, que me recordaba mi primer beso, a esa sensación de pequeñas y delicadas alas de mariposas batiendo el viento y generando un cosquilleo que solo me hacía querer sonreír. No ayudaba que el poemario siguiera en la mesa a mi lado ni que entre todos los lugares de la casa hubiese escogido la piscina.

El libro, otrora uno de los protagonistas principales de mis peores recuerdos, se había quedado adherido a mi mano en la playa, tal y como parecía estar el recuerdo de Jericho: imposible de soltar. Hojeándolo ya de regreso, porque no pude evitarlo, vi algo escrito en la primera página, esa que tiene el título, la que sobrevivió a la mutilación a la que él mismo lo había sometido.

Nunca antes había visto su letra. Era alargada, elegante, como él, y en esa caligrafía que parecía sacada de otro tiempo estaba escrita una frase:

Le dijo que todo era como antes, que todavía la amaba, que nunca dejaría de amarla. Que la amaría hasta la muerte.

Era de la película *El amante*. La había visto una vez, hacía muchos años, con un nudo en el estómago. Esa película no tenía un final feliz, por mucho que los más románticos en la audiencia lo hubiesen deseado, y tal vez ese era mi destino.

No se podía negar que Jericho tenía alguna especie de habilidad psíquica, dedicada exclusivamente a hacerme la vida de cuadritos.

—¡Sanela! ¿Es que no me escuchas? Quincy envió los primeros bocetos —anunció Ally emocionada, ofreciéndome un sobre de FedEx que, como era de esperarse, si Ally estaba por allí, ya había sido abierto.

Por unos momentos mi mirada pasó entre el sobre y el libro sobre la mesa, entre el pasado que me esperaba y el futuro que había estado viviendo desde hacía unos años; entre lo que estaba bien y lo que se sentía bien.

Tomé la jarra de Margarita que había preparado y volví a llenar mi copa.

—¿No quieres verlos? —insistió Ally nerviosamente curiosa.

—¿Ya les echaste un ojo? —pregunté y, aunque pude sacudirme esa especie de ausencia que me removía forzosamente del allí y el ahora,

mis brazos se negaron a estirarse para alcanzar eso que parecía generar tanta emoción a Ally.

Sabía que ver esos vestidos, sumergirme en ese proceso, no era algo que pudiera hacer cuando precisamente hasta hacía unos segundos estaba pensando en escapar.

Tomé la copa sin volver a poner sal en las orillas y seguí bebiendo porque era del conocimiento popular que el tequila era un poderoso motivador para tomar decisiones erradas, y yo necesitaba tomar una decisión, cualquiera, en vez de seguir pensando, recordando, sintiéndome culpable. Además, justo en ese momento sentía que cualquier decisión que tomara, seguir con mi vida como hasta ahora o retomarla donde se había fracturado hacía tantos años, sería una decisión equivocada, por eso el tequila me venía bien.

—Me conoces. —Ally sonrió todavía más, completamente ajena a los pensamientos que cruzaban mi mente, sin ni siquiera advertir que no estaba tomando el sobre, que en ese momento su contenido me aterraba. Nunca había sido demasiado brillante en eso de «advertir» lo que me sucedía—. Me encantan los *spoilers*.

Se sentó a mi lado al tiempo que ponía el sobre en la mesa frente a mí. Parecía una especie de metáfora no muy sutil: Ally tapando el poemario con el sobre en el que venían los diseños para mi boda. Sin darse cuenta era lo que había hecho hacía diez años, tapar un recuerdo con la presencia constante de Agusten, pero si algo había aprendido era que el taparlo no significaba que desapareciera.

—¿Quieres matarme? —insistió ante mi inacción y conociéndola no se callaría ni me concedería ningún tipo de espacio o privacidad, por lo que no me quedó más remedio que hacer de tripas corazón, tomar ese envío urgente de Quincy y ver el contenido.

Aunque intenté estudiar los bocetos con el ojo entrenado de una empresaria acostumbrada a cosechar aciertos en el mundo de la moda, evitando verme en cualquiera de los diseños y distanciándome así de toda la situación, no podía evitar sentir los ojos de Ally en mí, curiosos y expectantes de alguna reacción, cualquiera que fuese, como los de una chiquilla que hace sus primeros regalos de Navidad y espera la expresión de quien los abre.

Sabía que debía expresar algo, pero no me sentía capaz de abrir esa puerta, de hacer un cambio tan drástico y comenzar a imaginar el comienzo del resto de mi vida con Agusten cuando recién había imaginado despertarme con Jericho con el Big Ben de fondo.

Además de la confusión, me sentía como el peor ser humano del planeta. Me sentía basura. Me sentía tan perdida como la adolescente que fui.

—¿Cuál te gustó? —pregunté devolviéndole los bocetos al mismo tiempo que le transfería el peso de la conversación, de esa decisión que, de momento, era la menos importante.

—No, no, señorita. No voy a influir en nada. —Ally agitó un dedo en el aire y su alegría, su despreocupación, acrecentó mi frustración—. Es tu vestido de novia.

—Bueno, supongo que puedo señalar cualquiera —dije con la amargura de no poder escapar de la conversación, de una decisión que era mucho más que un vestido, de la felicidad de los que me rodeaban, esa que yo debería estar sintiendo y no podía encontrar—, así tendrás licencia para decirme por qué te parece que mi decisión es errada y señalarme el inevitable camino correcto que yo seguiré para no discutir, para hacerte feliz.

En el momento en que las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de lo horribles que sonaron y la cara de Ally me dijo que a ella también.

Los segundos de silencio se extendieron entre nosotras, pesados, viscosos.

—Lo siento, Ally —dije finalmente y suspiré avergonzada. También podía culpar de esto a Jericho o al tequila, tal vez a ambos, aunque tarde o temprano debería dejar de responsabilizar a factores externos por todo lo malo. Era lo que hacían los adultos—. No estoy de buen humor, me duele demasiado la cabeza y me he bebido media botella de tequila. No debí decir eso, ni siquiera sé por qué lo dije.

—Está bien —dijo nerviosa, mirando a todos lados menos a mí o a los diseños.

—No lo está. —Tomé sus manos, obligándola a verme—. No sé qué

me pasa hoy. Estoy amargada y la pagué contigo. No me hagas caso.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Por qué estás aquí sola bebiendo tequila?

Suspiré nuevamente, pero, aparentemente, ni toda la ingesta de aire del universo era suficiente para aliviar ese nudo en el centro de mi pecho.

Tenía ganas de contarle todo, de llorar un poco, o tal vez mucho, de dejar salir los secretos guardados durante tantos años, de traspasar el peso de esa decisión que sentía que pendía sobre mi cabeza a otra persona, pero en el fondo sabía que eso haría más daño que bien. Ally y yo nunca habíamos sido así, nunca habíamos cultivado esa confianza, esa camaradería, por más que en algún momento lo hubiese deseado. Los secretos que llevaba a la espalda me robaron esa oportunidad.

—Ya te lo dije: no lo sé. —Y mi voz sonó tan cansada.

—Sí lo sabes —insistió con una sonrisa llena de comprensión y me apretó las manos—. Siempre se sabe. Cuéntame, habla conmigo.

Y esa sonrisa que esperaba una respuesta era otra cosa de la que no podía escapar.

—Es que pensar en la boda me da escalofríos, y no de los buenos —dije tratando de explicar sin explicar—. Agustén y yo llevamos tanto tiempo juntos, viviendo juntos, el simple hecho de casarnos no debería asustarme tanto y el que lo haga me hace dudar de todo.

La sonrisa de Ally se amplió y parecía... ¿aliviada?

¿Es que acaso me estaba escuchando?

Probablemente no. Era Ally, a fin de cuentas.

—No es como si te casaras mañana —dijo como si no fuera la mayor cosa y hasta hizo el gesto respectivo con la mano—. Tienes meses para pensarlo bien, cambiar de opinión incluso.

—¡No puedo cambiar de opinión! —grité alarmada. Así era Allison, con la compañía, con los desfiles, con las colecciones. Siempre cambiando de opinión y poniéndonos a todos a correr a última hora. Era un modelo de conducta que había luchado por desterrar durante toda mi vida—. Ya dije que sí, tengo un anillo en el dedo. —Levanté la mano y la moví un poco para probar mi punto—. Tuve una enorme y publicitada fiesta de compromiso. —Negué con la

cabeza. ¿Por qué insistía con ella? Nunca había podido dar en el clavo conmigo, nunca había podido ayudarme—. Los preparativos ya están en marcha, las cosas avanzan rápidamente, tengo una responsabilidad moral, no puedo...

—Siempre se puede —me interrumpió—. El último día se puede, mientras caminas hacia el altar se puede.

—Claro que tú piensas eso... —Y por más que lo intenté no pude suprimir el poner los ojos en blanco.

—Y tu deberías pensarlo también. Si en algún momento tienes alguna duda sobre una decisión que afectará la felicidad del resto de tu vida tienes el deber de hacer algo para cambiarla. —Volvió a tomar mis manos entre las suyas—. Aunque en tu caso no creo que sientas que no puedes, sino que en el fondo no quieres porque sabes que Agusten...

Aparté mis manos bruscamente.

—Siempre estarás de parte de Agusten.

—¿Por qué dices eso? —preguntó visiblemente confundida.

—Siempre has pensado que es la mejor opción para mí. Siempre has creído que es perfecto...

—¿Hizo algo? ¿Agusten te hizo algo?

—No, claro que no. —Ahí vino la vergüenza. El pobre Agusten, siempre bueno, siempre comprensivo, y yo estaba a punto de ponerlo en una posición terrible—. Es solo que... —miré a los lados un poco perdida.

—Sanela, siempre estaré de tu parte y lo único que siempre he querido es que seas feliz. Si el mismo día de tu boda decides que no quieres casarte, yo conseguiré un helicóptero para sacarte de allí. —Suspiró—. Sé que en algún momento de tu vida pude ser demasiado insistente sobre un rumbo u otro, pero es que cuando llegaste a vivir con nosotros estabas tan perdida, tan apagada, que sentí que necesitabas algún tipo de dirección mientras descubrías tu propio camino. Pensé que eso era lo que los padres hacían. —Sonrió un poco dudosa de aquellas habilidades paternas que siempre habían sido su punto débil. Era tan extraño verla así que se me arrugó un poco el corazón. La niña en mí la odiaba algunas veces, la adulta entendía

que hizo lo mejor que pudo—. Si alguna vez insistí con Agusten fue porque pensé que era una buena opción y el tiempo me dio la razón. —Intenté interrumpirla, pero levantó las cejas indicándome que no había terminado—. Antes de que ustedes comenzaran a estar juntos eras una niña retraída, triste, deprimida, con cambios de humor del cielo a la tierra. Primero pensé que era el duelo, el cambio, pero el tiempo pasó y no parecías salir del hoyo. No puedes ni imaginar el cambio cuando finalmente comenzaron a salir: sonreías de verdad, te convertiste en una adolescente más abierta, más extrovertida, tuviste metas y planes. Cambiaste. Dejaste de ser una niña asustada y te convertiste, poco a poco, en la mujer que eres ahora, la mujer a la que le entregué mi compañía sin dudarle ni un segundo.

—¿Estás diciendo que Agusten me hizo la mujer que soy hoy? — pregunté con un poco de desdén, no hacia el concepto en sí mismo, sino porque Ally no podía saber que había existido alguien antes, alguien que cambió, en buena y en mala manera, la forma como me veía frente al espejo.

—¡Por Dios, no! Ninguna persona es fruto de su interacción con un solo ser humano o una sola situación. Estar en un orfanato durante siete años te hizo la mujer que eres, también Harvard y Suiza. Nuestros padres te hicieron la mujer que eres, Agusten contribuyó, y me agrada pensar que Mark y yo un poquito también. Y Quincy, y dirigir una compañía siendo tan joven. Somos la suma de nuestra vida, y por eso no permanecemos estáticos. No podemos.

»Cuando me casé estaba feliz con ser la esposa de un inversionista, con arreglar mi casa e ir de compras; eventualmente cambié, me aburrí, quise más, y Mark cambió conmigo. De eso se trata estar con la persona correcta, de no quedarnos en lo que fuimos, sino en evolucionar de la mano. Nunca creí que Agusten y tu estarían juntos tantos años, pensé que crecerían en distintas direcciones, pero crecieron en paralelo y han creado un vínculo que, tal vez tú no veas porque eres parte de él, pero tienen sonrisas secretas, gestos, siempre parece que navegan en la misma dirección. Por eso pensé que te hacía feliz.

—Me hace feliz —me apresuré a decir. No quería que nadie

pensara que esto era culpa de Agusten—, me centra, me da seguridad, algunas veces siento que cuando las fuerzas me faltan puedo extraerlas de él; ha sido así desde siempre, desde la primera vez que tomó mis manos entre las suyas.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No lo sé. Hay algo que se siente... —me toqué el pecho— equivocado.

—¿Se sintió equivocado cuando te pidió matrimonio? ¿Dijiste que sí por compromiso?

—No, no. En ese momento me sentí feliz.

—¿Qué cambió? ¿Cuándo comenzó a sentirse errado?

«Cuando volví a este lugar y Jericho me dijo que me amaba. ¡Soy la peor mujer sobre la faz de la tierra!».

—El único consejo que te puedo dar —prosiguió ante mi silencio—, es que cierres los ojos, respires profundo y trates de encontrar dentro lo que verdaderamente sientes por Agusten. Si te ayuda en algo, piensa en cómo sería tu vida sin él, si lo extrañarías; recuerda lo que sentiste, tu primera reacción cuando te pidió matrimonio. Si todo eso falla, siempre puedes tirar una moneda al aire.

—¿Una moneda al aire? —dije con una mueca de incredulidad—. ¿Quieres que la gravedad y la suerte decidan mi futuro?

—Nadie puede decidir tu futuro sino tú. —Sonrió cómplice—. Es solo que leí en algún lado que lanzar una moneda al aire es la mejor manera de tomar una decisión porque nos ayuda a entender cómo nos sentimos verdaderamente. Si sale la opción que realmente quieres te sentirás aliviada, si no, querrás probar dos de tres o comenzarás a pensar que es una forma tonta de tomar una decisión.

—Gracias —dije no muy convencida ante su propuesta—. Creo que es la conversación más madre e hija que hemos tenido.

—Llegaste a mí adolescente y los adolescentes no son conocidos precisamente por hablar mucho y dejar que sus mayores se metan en sus vidas. —Hizo una mueca—. Luego creciste y no pareció que lo necesitaras. Incluso todavía no creo que le esté dando consejos sobre toma de decisiones a una mujer como tú.

—En algunos momentos todavía me siento como esa niña que

llegó a esta casa. —Y le lancé una mirada a la edificación que nos cobijaba.

—Pero ya no lo eres, ¡gracias al cielo! —Negó con la cabeza con un gesto de horror—. Sé que en algunos momentos es extrañamente seductor querer ser niños nuevamente, sobre todo cuando hay decisiones importantes que tomar porque de jóvenes hay tiempo para equivocarse, es más, estoy convencida de que es una obligación hacerlo; pero nadie quiere seguir siendo un niño sin control de su vida, no realmente. A la distancia podemos recordar nuestra adolescencia como una época divertida y despreocupada, pero basta con recordar lo confundidos que estábamos, las dudas, las tonterías que nos pasaban por la cabeza... —El gesto de horror regresó—. Si le quitamos la bruma feliz del recuerdo y la maravillosa calidad de nuestra piel a esa época, ¿adolescente otra vez? ¡No, gracias!

Me reí un poco, de forma espontánea, sincera. Era la primera vez que lo hacía desde que había regresado a Los Hamptons.

—¿Una moneda al aire, entonces? —pregunté, todavía con el fantasma de la sonrisa en mi boca.

—Siempre es buena opción. Te ayudará a darte cuenta de lo que realmente quieres y a, finalmente, tomar una decisión que es lo que verdaderamente te está torturando.

—¿Y si no es Agustín? —pregunté sintiendo que la pesadez regresaba poco a poco.

—Si no es el indicado, no lo es. Estarías haciendo un gran daño, a ti y a él, si decides entrar en un matrimonio sin estar segura. —Sonrió antes de ponerse seria nuevamente—. Has crecido, Sanela, tomado grandes decisiones, construido una buena vida, hecho crecer un negocio. Te convertiste en una mujer astuta, fuerte, decidida.

—No me siento así últimamente.

—Tienes que creerlo porque es la verdad y nunca intentar refugiarte en esa niña confundida que fuiste. Ella quedó atrás y, honestamente, creo que no era muy feliz.

—Yo tampoco.

—Ahí tienes tu respuesta.

Capítulo 18

Antes

Aaron estaba muerto y, aun así, el horror quedó momentáneamente opacado por las palabras hirientes de Jericho.

Caminé por la playa, mejor dicho, marché con paso fuerte y molesto por demás, pero, contradictoriamente, seguí sus instrucciones: me mantuve alejada del lugar donde la fiesta tenía lugar y evité a las personas, conocidas o no.

Los viejos hábitos tardaban en morir aparentemente, incluso cuando uno estaba en proceso activo de asesinar un sentimiento.

Subí hasta la carretera, miré hacia ambos lados y evalué mis opciones: podía ir hasta el centro de Montauk y allí conseguir un taxi que me llevara a casa o, también, podía hacer a pie el largo trayecto.

«Aaron está muerto. Jericho lo mato y tú estabas allí».

El pensamiento me asaltó sin previo aviso, colándose entre mis murallas y toda mi resolución, esa cabeza fría que había intentado convocar, esa que Jericho insistía en que tenía y que me había permitido poner un pie delante del otro y salir de la playa, se esfumó. Respirar comenzó a hacerse algo muy difícil de llevar a cabo.

«Jericho no quiere verte nunca más. Te desprecia. No significas nada para él. Acabas de ver morir a uno de tus amigos y la otra te traicionó».

Un pensamiento dio pie al otro, como una raja en un dique que cada vez deja pasar más agua, y yo estaba en medio de todo, ahogándome.

Tal vez no tenía que decidir qué hacer en ese momento, tal vez

simplemente podía quedarme allí un rato, hasta que pudiera respirar normalmente, hasta que las ganas de llorar desaparecieran, hasta que lograra recuperar el control.

Sí, eso parecía una buena idea.

«Aaron está muerto y abandonaste la escena del crimen».

Crimen.

Muerte.

Asesinato.

«No fue un asesinato, fue un accidente», me recordé tratando de darme ánimos y aun así las piernas comenzaron a temblarme.

Aparentemente la notificación a mis glándulas suprarrenales llegaba un poco tarde, pero llegaba. Al menos no era una especie de sociópata. No era que ese detalle me generara ninguna preocupación en ese momento.

Me senté a la orilla de la carretera y comencé a temblar como si estuviese en pleno invierno, desnuda en el Himalaya por demás. Las lágrimas amenazaron nuevamente con desbordarse al mismo tiempo que en mi mente se mezclaban las imágenes del cuerpo de Aaron y las palabras de Jericho.

Esos ojos vacíos, sin vida; esas palabras hirientes, definitivas...

—¿Sanela?

Escuché la voz a lo lejos y por un momento pensé que formaba parte de mis pensamientos, una especie de llamado de mi conciencia para que siguiera moviéndome y dejara de pensar, una que estaba decidida a ignorar por el momento. Tal vez era un fantasma que venía a acosarme.

Sin embargo, un coche se paró a la orilla de la carretera y alguien se asomó por la ventanilla repitiendo ese nombre, mi nombre. Me tomó un momento darme cuenta que era conmigo, que quien se bajaba del coche orillado era ese chico que me había mandado las flores e insistía en acompañarme en todas las actividades sociales a las que asistía, ese del que Ally hablaba constantemente: Agusten Clermont.

La oleada de pánico me golpeó nuevamente, más cuando lo vi caminar hacia mí. No estaba lista para enfrentarme a nadie, ni

siquiera podía enfrentarme a mis propios pensamientos sin quedar devastada.

Sin saber por qué comencé a mirar a mi alrededor, tal vez buscando una pista sobre cómo debía comportarme o tratando de identificar algo que pudiera comprometerme. No lo sabía con exactitud. Tal vez solo estaba esperando que si lo ignoraba dejaría de verme, de acercarse.

—¿Sanela? —insistió acercándose con pasos más apurados.

—Hola —dije levantando la vista, tratando de aparentar normalidad, a pesar de estar echada en la orilla de una carretera en medio de la noche, incluso hice el intento de ponerme de pie, pero mis piernas no se habían puesto al día con el programa y fallé miserablemente, aterrizando nuevamente sobre el pavimento.

—¿Qué haces sola en medio de la carretera? —dijo agachándose presuroso a mi lado, pero sin tocarme, sin ni siquiera abrumarme con su presencia, aunque disimuladamente lo sentí evaluar mi falda llena de arena y un poco mojada, mis pupilas, mis rodillas enrojecidas por el tiempo que había pasado echada en la playa antes que Aaron me encontrara.

«Aaron».

Parecía haber pasado tanto tiempo, pero no era tanto, no más de una hora. Menos de sesenta minutos desde que lo había visto sonreír, desde la última vez que lo vería hacerlo.

—¿Estás bien? —insistió Agusten todavía mirándome a los ojos, aunque ahora no parecía estar evaluándome, sino simplemente preocupado.

«No. No lo estoy. Alguien murió».

«No lo digas. No hables. No estuviste allí».

Las instrucciones contrapuestas bombardearon mi mente y todo intento de detener las lágrimas fracasó. Los sentimientos que había estado conteniendo se desbordaron, con el añadido de los más escandalosos sollozos.

—Sanela, ¿qué pasa? —Agusten me abrazó, no muy fuerte, solo me rodeó con sus brazos sin apretarme. Era un gesto que se sentía más como un apoyo que como un escudo, un ofrecimiento y no una

imposición, y ese pequeño contacto humano, tibio, sin subterfugio, hizo que la ensalada de sentimientos escalara rápidamente—. Lo que sea, podemos arreglarlo.

Seguí llorando, más fuerte incluso porque no había forma de arreglar la muerte, tampoco de arreglarme a mí. Mi cabeza se hundió más en el pecho de ese extraño que no se sentía como tal. Sus manos acariciaban mi espalda y en ningún momento sentí que el gesto significara más que simplemente una compañía sin palabras, un poco de calor para batallar el frío que parecía haberse instalado en mi interior.

Gracias a esas manos, a ese hombro sobre el cual pude apoyarme, a ese silencio que solo esperaba que yo estuviese lista, conseguí convocar un poco de calma real, la suficiente para desterrar los temblores incontrolables y poder hablar, para que no todo lo que saliera de mi garganta fuese un quejido.

—Estoy perdida —dije bajito, expresando tantas cosas que sentía y que podían no significar nada para algún observador casual. Quizá lo dije solo para mí.

—Yo no —dijo Agusten y sonrió tranquilo, genuino, inocente, y le creí, y no solo en lo referente a la latitud y a la longitud—. Puedo llevarte a casa.

De una metáfora pasamos a otra sin que él se diera cuenta.

Tal vez eso era lo que necesitaba: ir a casa, tanto en el sentido literal como en el figurado.

Estaba claro que el ponerme en movimiento no arreglaba en lo más mínimo lo que ocurría, pero era un inicio. Además, había algo en la sonrisa de Agusten, algo que me calmaba, y ese era el primer paso.

—¿Nos vamos? —preguntó todavía con esa inocencia en sus ojos que me decía que no había tenido ni un día malo en su vida.

A asentí y me ayudó a ponerme de pie llevándome hasta el coche donde abrió la puerta para mí. Antes de ayudarme a subir, se volvió para mirarme y sonrió nuevamente, tranquilizador, sereno.

—¿Estabas en la fiesta? —preguntó casualmente.

—No —respondí sin pensarlo, casi como por instinto, un movimiento defensivo. Luego recordé la excusa que le había dado a

Ally para salir de la casa, las personas con las que había hablado. Por eso necesitaba pensar. No podía darme el lujo de cometer errores, de dar una versión que no fuera coherente—. Bueno, sí fui a la fiesta, pero no me gustó. No estuve mucho rato. —Lo miré de reojo a ver si me creía. Todo parecía estar bien—. Me sentí un poco abrumada y descubrí que no había ideado ningún plan para regresar. Entré en pánico.

—Le puede pasar a cualquiera. —Se encogió de hombros—. ¿Te molestaría que hiciéramos un pequeño desvío antes de llevarte a casa?

La pregunta hizo que mi cuerpo se tensara y los escudos que habían comenzado a izarse se levantaron completamente en segundos.

—¿Para qué? —pregunté mirando nuevamente a mi alrededor, evaluando las opciones de escape.

—Todavía tienes la cara roja y los ojos hinchados. No creo que sea buena idea que tu tía te vea así. Se preocuparía y te interrogaría y creo que no estás en condiciones de responder preguntas.

«Lo sabe. Sabe algo», pensé.

«No seas estúpida. No puede saber nada». Y esa última voz se parecía mucho a la de Jericho.

¡Por todos los cielos! Estaba perdiendo la razón.

—Podemos dar unas vueltas en el coche para que te dé el aire —prosiguió Agusten—, esperar a que tengas mejor aspecto...

No podía negar que era una buena idea. Sin embargo, no podía confiar completamente en un extraño, aunque técnicamente no lo fuera. Tal vez no podría confiar en nadie nunca más.

«Todos tenemos una veta de maldad. Usarán tus miedos en tu contra».

Si tan solo la voz de Jericho dejara de darme consejos.

—Ally se preocupará si llego muy tarde...

—Se preocupará más si te ve así. —Suspiró un poco frustrado—. ¿Qué tal si la llamamos y le decimos que estás conmigo?

Traté de tomar una decisión, pero simplemente no podía. Había tanto que decidir y yo solo podía quedarme allí, de pie, paralizada,

sintiéndome como una persona terrible.

—No soy un asesino en serie —dijo Agusten sonriendo y las imágenes regresaron, esos ojos abiertos y sin vida de Aaron.

—Creo que los asesinos tratan de ocultar lo que son y pueden ser encantadores.

—¿Dices que soy encantador? —Sonrió todavía más y yo no estaba para juegos de ingenio o flirteos. La pesadez de la noche estaba regresando, ya no en forma de desesperación, sino de cansancio.

—Está bien —cedí porque ya no importaba nada más que mantener la voz de Jericho fuera de mi cabeza, las imágenes de lo ocurrido en la frontera de mi consciencia, y este Agusten parecía lograrlo con solo abrir la boca.

Agusten asintió dándose por satisfecho con mi respuesta, aunque perdiendo la actitud juguetona, y me ayudó, finalmente, a subir al coche.

Dimos vueltas un buen rato, el aire marino entraba por la ventanilla abierta, limpiándome la cara, minimizando poco a poco los rastros del llanto.

Me concentré en respirar, en el olor del mar, en no pensar, y así evitar que el rostro sin vida de Aaron regresara a mi mente y las palabras de Jericho golpearan mis oídos. Poco a poco me fui relajando. Ayudó mucho el que Agusten no intentara hablar. Simplemente se limitó a ser la silenciosa compañía, el apoyo no intrusivo que necesitaba en ese momento.

Después de un buen rato dando vueltas sin rumbo, Agusten se detuvo en una gasolinera.

—Si quieres usar el servicio para lavarte la cara... —dijo mientras paraba frente a uno de los surtidores.

Otra buena idea.

Asentí y bajé del coche. El baño estaba vacío y bastante limpio. Miré mi rostro en el espejo y no lucía tan mal, al menos no bajo la luz mortecina del reducido espacio.

Me lavé la cara y mi piel agradeció el agua fría. Traté de estirar mi ropa, quitarle un poco la arena, aunque no había mucho que pudiera hacer. Luego me puse un poco de maquillaje y estaba presentable.

Los ojos algo vidriosos podrían achacarse a alguna bebida en la fiesta o al traspasado. Aunque ninguna de las dos fuese cierta, Ally no lo sabría.

Salí del servicio y Agusten había aparcado el coche a un costado y me esperaba sentado sobre el cofre, dos vasos aguardaban a su lado.

No había mucha gente en el lugar, aunque tampoco estaba desierto.

Era curioso cómo todavía, y en compañía de una persona diferente, evaluaba si había alguien que pudiera verme, vernos, y pensar mal de ello.

Me senté a su lado en silencio, mirando, como lo hacía él, a las luces de Montauk; respirando el aroma del mar.

—Te compré una Coca-Cola —anunció sin mirarme, con esa voz cálida sin segundas intenciones, con un toque de sonrisa amable que parecía dibujarse a través de sus palabras.

Tomé el vaso helado y el sabor dulce y burbujeante fue perfecto. No me había dado cuenta de que tenía la boca tan seca.

Un ruidito agradecido escapó de mi garanta.

—Llamé a tu tía para que no se preocupara —dijo aun sin mirarme—. Le dije que estabas conmigo, que fuimos a comer algo después de la fiesta.

Esta vez lo miré de soslayo, fue un gesto inconsciente, casi defensivo.

¿Quién era este Agusten?

¿Por qué hacía todo esto?

¿Qué quería de mí?

—¿Hice mal en decirle eso? —preguntó todavía sin mirarme.

«Depende de lo que vaya a costarme que mientas por mí».

—No.

El silencio se extendió mientras yo esperaba que nombrara su precio.

—¿Estás lista para regresar?

—Sí —dije después de dar cuenta de lo que quedaba en mi vaso.

Bajé del coche y me dirigí a la puerta del pasajero y, a pesar de ello, Agusten no se movió, continuó sentado donde estaba, mirando a

nada y a todo.

—Puedes contar conmigo, siempre —dijo finalmente—. No importa qué tan grave o tonto pienses que es lo que te pasa. Puedes contar conmigo.

Extrañamente sonaba sincero, pero si las últimas horas me habían enseñado algo era que mi juicio no era el mejor de todos cuando se trataba de evaluar las intenciones de las personas.

—Gracias —dije no muy convencida, todavía esperando la factura.

Agusten finalmente bajó del capó y se dirigió hacia mí. Mi cuerpo se tensó, pero él simplemente abrió la puerta del pasajero.

—No sé lo que sucedió en esa playa —dijo mirándome muy serio, evaluando como si fuese un abismo ese centímetro que yo había retrocedido cuando se acercó. Forcé mi cuerpo a relajarse y quise volver a mi historia original, quitarle importancia, pero me atrapó con su mirada. Sus ojos marrones no habían perdido la calidez, pero algo en ellos me dejaba muy claro que no era tonto, que no caería con esa mentira—, y no voy a presionarte para que me lo digas, pero quiero que sepas que cuando estés lista, hoy, mañana, en cinco años, siempre estaré dispuesto a escucharte, sin juzgar, sin opinar. Te voy a dejar mi número, puedes llamarme cuando quieras, a la hora que sea, aunque sea solo para saludarme y contarme cómo te va.

—¿Y si no quiero? —pregunté sin ni siquiera intentar esconder la desconfianza en mi voz.

—También estará bien, pero tarde o temprano vas a necesitar hablar con alguien. Me encantaría que lo hicieras conmigo.

—¿Por qué?

—Quiero ser ese amigo que necesitas.

—¿Amigo? —dije y no pude evitar que un dejo de sorna se colara en mi voz pues con solo esa palabra regresó a mi mente el rostro de Vida, aparentemente feliz y sin preocupaciones, mientras se trenzaba el cabello a la orilla de la playa.

—Sí, amigo —respondió él, firme, mirándome a los ojos con el rostro abierto—. Nada más.

—¿Por qué? —insistí.

—Porque me parece que necesitas uno.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Estabas a la orilla de la carretera, sola y a punto de llorar. Tienes un teléfono y no llamaste a nadie.

—Tal vez quería estar sola.

—La vida se disfruta mejor en compañía y los problemas suelen pesar menos cuando se comparten.

—¿Contigo?

—La gente suele decir que soy un gran amigo. —Y sonrió sin ningún dejo de desprecio o subterfugio oculto.

—¿Qué es exactamente lo que quieres de mí? —pregunté porque ya estaba cansada de los engaños, porque todavía tenía mucho que enfrentar y prefería saber cuánto me costaría la ayuda de este extraño.

—Ya te lo dije, ser tu amigo. —Me miró ladeando la cabeza, como intentando descubrir algo que no se veía a simple vista—. ¿Sabes que eres un poco desconfiada?

—Lo soy.

—¿Es algo reciente o siempre fuiste así?

—La gente no es naturalmente buena y desinteresada.

—¿Con qué clase de gente has estado últimamente?

Miré a mi alrededor con una sonrisa sin alegría.

—Los Hamptons —dije por toda explicación, encogiéndome de hombros.

—El verano ya casi acaba. Solo aguanta un poco más.

—Se supone que las vacaciones son divertidas —dije en medio de un suspiro cansado pues no me sentía a punto de concluir nada, solo al principio de otra cosa.

—Se supone que son cortas. —Se encogió de hombros—. Si no salen bien, el año próximo solo pueden mejorar.

—A estas alturas no estoy segura de que vaya a haber un próximo año.

—Me encargaré de ello.

Levanté la vista recelosa, todavía buscando la trampa, pero en sus ojos había una promesa.

—Y si me dejas, también te enseñaré que no todo el mundo es

terrible, que hay personas en las que puedes confiar.

Con el tiempo cumplió su promesa poniéndose él mismo como ejemplo.

Capítulo 19

Ahora

Lancé la moneda virtual al aire solo para estar segura. La charla con Ally me había ayudado a tomar una decisión, no sabía si era la correcta, pero al menos era algo y era lo que necesitaba en ese momento, lo que me permitiría seguir adelante y no volver a paralizarme.

Se sentía bien no seguir pensando, dándole vueltas al asunto. Tomar las riendas de tu propia vida es siempre el mejor lugar por donde comenzar y yo era una mujer crecida, no una niña asustada. ¡Comandaba una corporación, por todos los cielos! Era perfectamente capaz de tomar decisiones arriesgadas y lidiar con las consecuencias.

Empaqué algunas de mis cosas, las más genéricas y funcionales, en una mochila no muy grande, sin prisas, pero tampoco haciendo tiempo como quien espera que algún acontecimiento de última hora cambie las cosas, y salí de la casa sin despedirme. No quería que las preguntas, o las necesarias explicaciones, influyeran en lo que estaba a punto de hacer. No quería justificarme ni mucho menos mentir para hacer sentir bien a otras personas. Era el momento de hacerme sentir bien a mí, sin culpas ni remordimientos.

Ya habría tiempo de informar, de escuchar preguntas que no pensaba responder con mucha profundidad. Ya tendría tiempo de componer una versión verdadera pero simple de lo que estaba por ocurrir.

Era el momento de finalmente aceptar la gravedad, dejar de luchar

contra ella y dejarme caer sin ninguna red de seguridad debajo.

Mi decisión heriría a muchas personas, era inevitable, pero por una vez no quería pensar en las bajas, en las reacciones de otros ante mi comportamiento, sino en mi tranquilidad, en abrir la puerta de un futuro posible, sin dudas, sin fantasmas que acecharan en los rincones.

Llegué al hotel, era el mismo de hacía diez años, no podía esperar otra cosa de Jericho y sus elaboradas puestas en escena. Caminé por esos pasillos que, aun cuando la decoración había cambiado con las modas y las épocas, me hacían sentir una especie de *déjà vu*.

Estaba convencida de que si bajaba la vista no vería mis cómodos zapatos, sino las chanclas de una niña que salió de casa sin pensar en lo que estaba haciendo, sin siquiera imaginar que estaba tomando una decisión que le afectaría una década después, que desencadenaría una serie de eventos que todavía la mantenían despierta por las noches.

Llamé a la puerta y casi me dio ternura el brinco que dio mi estómago, igual que aquella vez, pero era solo una sensación fantasma, los ecos de un sentimiento que había existido hacía mucho tiempo. Ya no era una niña asustada y sola, ahora era una mujer que sabía exactamente lo que quería y lo que debía hacer para conseguirlo, que siempre lo había sabido, a pesar de que escondiera ese deseo bajo la tonta premisa de pagar sus deudas, con los otros y con su propia consciencia.

Jericho abrió la puerta y la sorpresa mezclada con una alegría casi infantil se hizo presente en su rostro.

Vestía vaqueros oscuros y nada más, lo que hacía más visible mi pendiente en forma de lágrima en su cuello.

—Viniste... —dijo en medio de un suspiro, como si todavía no pudiera creerlo, y tal como aquella vez, me haló dentro de la habitación, aunque faltó el gesto de mirar hacia los lados buscando posibles testigos de una trasgresión. Tampoco se alejó al momento en que la puerta se cerró a mis espaldas, solo me tomó entre sus brazos—. Me hiciste dudar, mi amor.

Sus brazos me apretaron aún más y sus labios besaron mi frente

con reverencia, su aliento tibio creando una sensación íntima, confortable.

—Muy sensato de tu parte.

No sé si fue mi tono de voz o las simples palabras, tal vez fue la mezcla, pero el abrazo dejó de serlo y el contacto de su cuerpo contra el mío se esfumó. Me tomó por los hombros y me veía confundido, aunque no alarmado, como esperando la broma que debía venir a continuación.

Su seguridad era épica. Tenía que reconocer eso como uno de sus mayores atributos.

—No vine a quedarme ni a irme contigo —dije en tono razonable—. Vine a decirte que es momento de que desaparezcas de mi vida y no vuelvas nunca más. No eres bienvenido.

Jericho dio dos pasos atrás, como si lo hubiese golpeado en medio del estómago.

—Pero yo te amo, te he amado siempre. Te quiero conmigo —dijo perplejo y era una respuesta tan típica de él que casi me hizo sonreír. Lo que Jericho quería, Jericho lo conseguía.

Lamentaba informarle que ya no más.

—Pero yo no te amo. —Me encogí de hombros—. Ni siquiera te tolero.

Dio dos pasos hacia mí y no retrocedí. Tampoco cuando me tomó entre sus brazos. Jericho no era más que un fantasma de mi pasado y los fantasmas no pueden hacerte daño a menos que creas en ellos, que se lo permita.

—Dime entonces por qué tu cuerpo se amolda al mío —dijo presumido, confiado, sintiendo nuestros contornos encajar como lo habían hecho siempre—, por qué me reconoce a pesar de los años, por qué tus labios respondieron mis besos en la playa.

—Jericho, tenemos historia, de cama, de sexo, y estás como un tren. No soy de hierro —dije saliendo de entre sus brazos sin luchar, escurriéndome, quitándome el abrigo de la niña tonta que, sin darme cuenta y gracias a su repentina aparición, había vuelto a usar como si alguna vez hubiese sido un escudo resistente. Debí darme cuenta que convertirme en esa niña nuevamente era tan efectivo como cerrar

los ojos y esperar que los otros no te vieran—, pero la lujuria no es amor. Lo que siento por ti no viene de aquí. —Me toqué el centro del pecho con la palma abierta—. Viene de aquí... —Me toqué el vientre—. Y de aquí. —Me toqué la sien—. De ese recuerdo de lo que fuimos, de lo que compartimos. Que, como todo recuerdo, a la distancia, no parece tan malo, tan errado, tan tóxico. Si mi cuerpo se amolda al tuyo, si mis labios reconocen tus besos, es precisamente por la forma en que terminó, con ese final abierto que no nos permitió cerrar ese ciclo tan dañino...

—¿Dañino? ¿Tóxico? Hablas de mí como si fuera un monstruo.

—Tenía dieciséis y tú eras un hombre hecho y derecho, con edad para portar un arma, beber, ir a prisión...

—Tú viniste tras de mí.

—El consentimiento no lo justifica. Eso dice la ley.

—No me vengas con eso otra vez —escupió desdeñoso—. No se trataba de consentimiento, ni de leyes, ni siquiera de moral. Se trataba de amor y eso vale más... Yo me enamoré de ti, todavía lo estoy.

Me dio la espalda para ir, ahora sí, por su tradicional botella de Lagavulin que esperaba a la mano.

—Dices que me amas, Jericho, y no lo dudo. —Mi calma, mi pragmatismo, era la nueva piel que vestía. No se trataba de un vestido que se podía cambiar según las circunstancias o la situación, era la epidermis real de la mujer que construí con el paso de los años—. Creo que en tu forma egoísta y retorcida amas el recuerdo de esa Sanela que igualaba sin trastabillar cada una de tus locuras, de esa niña de dieciséis años que se creía valiente, adulta y atrevida solo por estar contigo, pero que no era sino arcilla entre tus dedos. Ya no soy esa niña, no quiero volver a serlo, no la extraño. La conexión que tenemos es producto de un secreto que nos vincula porque no podemos compartirlo con nadie más.

—Te hice lo que eres —gritó, su negación dando paso a la rabia—. Si no fuera por mí, todavía serías esa niña triste y asustada que imploraba desesperadamente ser importante para alguien. Yo alimenté tu fuerza, tu arrojo...

—Esa es una teoría divertida. —Sonreí—. También un final irónico, poético, si lo prefieres: ayudaste a una niña asustada a ser valiente y ella se convirtió en la mujer que no te necesita, en la adulta a la que le valen poco tus manipulaciones, en la que por tomar una y otra vez las decisiones equivocadas aprendió que la felicidad radica en rodearse de gente buena, y tú no eres una buena persona, Jericho.

—Y Agusten Clermont lo es... —dijo con desprecio y sentí que algo dentro de mí se envaraba. Agusten estaba fuera de esta discusión, era una baja de guerra, una que lamentaba.

—Sí, lo es, incluso demasiado bueno para mí, que, si bien no soy un ángel, soy, definitivamente, mejor persona que tú.

—No me conoces, ya no. Reconozco mis errores, sé que lo que pasó entre nosotros estuvo mal, pero he cambiado.

Y ahora venía la negociación, una en la que no iba a entrar.

—¿Cambiado? —Lancé una mirada cargada de intención al vaso vacío en su mano—. No lo creo, tal vez simplemente evolucionaste en otra clase de depredador, uno mucho más atrayente para una mujer adulta, debo admitir. —Intentó decir algo, pero no le di tiempo—. Pero tomando tu premisa como cierta puedo decirte que, si tú has cambiado, yo también, y a la nueva Sanela... —negué con la cabeza— no le interesa tenerte en su vida.

—Sabes que eso no es cierto.

—¿Se te olvidó el final que tuvimos? ¿Se te olvidaron tus palabras?

—Ya te expliqué. Te estaba protegiendo.

—¿Y a tu mente maquiavélica no se le ocurrió una mejor opción? —mi voz se elevó, recordando a esa niña abandonada en una playa con los sentimientos revueltos y una culpa más grande que sus años, pero no podía dejar que me afectara, no podía permitirle que me llevara de nuevo a su terreno, donde sus indiscreciones eran perdonadas, donde era posible regresar el tiempo—. Reconócelo, escogiste la más fácil: destruye a la niña y huye. Como huiste de Inglaterra cuando tus amigos murieron, como huiste de mí después de nuestra primera noche en la playa...

—Sanela... lo lamento. Lo lamenté desde el mismo instante que dejé esta ciudad atrás.

—Y aun así no volviste. Desapareciste durante diez años y regresas ahora porque iba a casarme, porque a alguien más se le ocurrió tomar el juguete que habías dejado olvidado y porque no soportas verme feliz si no es contigo, porque estás solo y yo no. Eso no es amor, Jericho, es egoísmo. No solo viniste aquí para evitar mi boda, viniste para pedirme que, a pesar de lo que ocurrió entre nosotros, olvide, perdone y lo deje todo: mi vida, mi familia, mi negocio, mi carrera, y te siga, porque tú eres lord Jericho Huxley, hijo del conde de Dorset, y yo no podría sino estar agradecida por la oportunidad. —Me encogí de hombros—. Como te dije, no cambiaste, evolucionaste.

—No es así. Si lo que quieres es que nos quedemos aquí...

—No, no estás entendiendo nada, no hables de nosotros como si todavía existiéramos, como si la posibilidad se hubiese quedado en el aire esperando que lo pensaras bien. Tuviste mi amor, Jericho. Puro, sincero, limpio, y con tus malas decisiones lo perdiste hace mucho tiempo.

—Puedo recuperarlo. Si dices que lo que sientes por mí es lujuria... ¡Bien! Lo tomo, lo acepto, me conformo con eso. Me encargaré de convertirlo en lo que fue.

Reí un poco.

—Tu confianza es admirable, pero no pierdas el tiempo. —Negué con la cabeza otra vez, todavía con la sonrisa en la boca—. Alguien que quise mucho me dijo una vez a la orilla de una playa que hay algunas cosas que cuando se pierden no pueden recuperarse.

Le di la espalda para irme. Ya había dicho todo lo que tenía que decir.

—¿Y así termina? ¿Así terminamos?

—Sí. —Lo miré por encima del hombro—. No puedes negar que es mucho mejor que la primera vez.

—Vas a arrepentirte de esto, Sanela, y cuando quieras enmendarlo puede que sea demasiado tarde. Tal vez ni tu precioso Agusten Clermont querrá saber nada de ti si decido abrir la boca.

«No te atrevas a amenazarme», pensé y mis pasos se detuvieron automáticamente. Aunque creí que no tendría que llegar a ese punto, que nunca emplearía la crueldad con él, Jericho Huxley,

aparentemente, entendía solo un idioma.

Me volví y en su rostro pude ver que mi interrumpida retirada había enviado el mensaje equivocado. En el fondo de sus ojos comenzaba a encenderse el brillo del triunfo.

—Qué caprichoso es tu amor y esperabas que el mío se mantuviera. Supongo que ni siquiera en la relación que mantenemos únicamente en tu mente somos iguales. No me extraña —dije ensanchando mi sonrisa—. No te preocupes, siempre tendrás el recuerdo de aquel verano y como a mí no me hacen falta esos recuerdos quiero que tengas esto. —Del bolsillo de mi chaqueta saqué el poemario y sus ojos se abrieron por la sorpresa—. Aunque debemos quitarle el valor sentimental, ambos sabemos que no lo tiene.

Vi en su rostro el momento en el que comprendió lo que iba a suceder, justo cuando abrí el libro en esa página sobreviviente en la que él había escrito una dedicatoria para una niña que ya no existía.

Arranqué esa página con una sonrisa de satisfacción. Se sentía liberador, reconfortante, como cerrar una ventana que no recordabas que habías dejado abierta en una noche de invierno.

Rompí el papel en cuatro pedazos y lo arrojé a sus pies, luego hice lo mismo con el libro que con tanto cuidado había seleccionado para él. Sin embargo, no lo arrojé con rabia, simplemente lo dejé caer, como había dejado ir a Jericho.

—Recuerda, Jericho, si abres la boca, tú tienes más que perder que yo.

—Ya no tengo nada que perder.

—No seas melodramático. Ya eres un hombre adulto. Madura.

Con un bufido salí de la habitación y la puerta se cerró detrás de mí casi sin hacer ruido. Esperé unos segundos de pie en ese pasillo, con la mano en el estómago, esperando algún atisbo de pánico, de arrepentimiento, de tristeza, que la adrenalina del momento se hiciese presente de alguna forma.

No hubo nada de eso. Por el contrario, me sentía ligera, satisfecha, como quien consigue un objetivo que creía tan difícil que lo había dado por perdido, sepultándolo en el fondo de la mente para que no

fuera el recordatorio de un fracaso. Era el perfecto ejemplo de algo que se sentía bien y a la vez estaba bien.

La única duda que asaltaba mi mente era por qué no lo había hecho en el momento en que Jericho volvió a aparecer en mi vida.

Aparentemente, el truco de la moneda, aunque virtual, daba resultado.

Ya estaba lista para seguir viviendo, aunque la parte más difícil vendría a continuación.

Capítulo 20

Antes

El verano había terminado oficialmente. En un par de días estaría en Nueva York comenzando mi verdadera nueva vida tras el paréntesis, al menos eso era lo que decía Ally. Claro, ella no sabía que el «paréntesis» se sentía más denso y cargado que el resto de mi vida pasada y eso ya era bastante.

En teoría tenía que estar empacando, era lo que Ally me había pedido antes de salir, pero seleccionar qué cosas me llevaría y cuáles se quedarían allí para el próximo verano, se parecía demasiado a la realidad de mi vida.

La culpa, la pena, la tristeza, me carcomían, imposibilitándome tomar una decisión, moverme, levantar la estúpida taza de té que tenía al frente y llevarla a mis labios. No me sentía capaz de sortear entre los recuerdos de ese verano y decidir qué llevar conmigo y qué dejar atrás.

—¡Hola! —la voz en exceso animada era una extraña disonancia a la nube negra que sentía que estaba permanentemente sobre mi cabeza.

Levanté la vista y vi a Agusten entrar al salón y mi cuerpo se tensó esperando el golpe.

—Ally no está —dije sin moverme de la posición en la que estaba, sentada en el blanco sofá con los brazos abrazando mis piernas.

—No sé por qué piensas que vine a ver a la señora Darby.

—¿Qué quieres? —pregunté sin ni siquiera aparentar ser un poquito cordial. Quería estar sola.

—Me voy hoy. Vine a despedirme —anunció sin verse ni un poquito afectado por mi mala educación. Incluso se sentó en uno de los sillones—. ¿Ustedes cuándo regresan a la ciudad?

—Pasado mañana.

—Cuando llegues ya estaré empacando para irme a Boston, a Harvard —dijo orgulloso.

No respondí. No tenía nada que decir.

—Y tal como te ofrecí —continuó—, vine a dejarte mi número de teléfono para que me llames si necesitas hablar con alguien.

No me dio tiempo a informarle que eso no sería necesario, alargó la mano y tomó mi teléfono de la mesa que nos separaba. Como impulsada por un resorte, me moví con la única intención, con violencia si era necesario, de recuperar el aparato. Agusten me miró confundido y un poco asustado.

—Nunca leería tus mensajes o revisaría tu teléfono. Solo quería dejarte mi número.

Me devolvió el aparato con la palma abierta y solo en ese momento me avergoncé un poco de mi comportamiento.

—Dime el número —dije una vez que el teléfono regresó a mis manos.

Recitó los dígitos y los guardé. Sentía que al menos le debía eso.

—Ahora debes llamarme para tener el tuyo —dijo sonriendo como si el momento anterior no hubiese ocurrido, como si yo fuese una chica normal con la que flirtear—. ¿Me vas a dejar esperando? —preguntó ante mi inacción y lo hice. Pensé que así finalmente se marcharía.

—¡Agusten! —Ally entró al salón y salté como quien ha sido encontrada en medio de una falta grave, incluso traté de poner distancia entre Agusten y yo, e inmediatamente comencé a elaborar en mi mente excusas para justificar su presencia allí.

—Señora Darby. —Agusten se acercó a Ally y estrechó su mano respetuoso. Ella le dio un beso cariñoso en la mejilla. Todo normal, sin conflicto. Fue en ese instante en que comencé a darme cuenta que así se suponía que eran las cosas, que lo que yo había vivido no era la regla—. Nos vamos hoy y vine a despedirme de Sanela.

—Muy considerado de tu parte.

Ally se volvió hacia mí e inmediatamente desvió la mirada. Parecía nerviosa.

—¿Pasa algo? —pregunté sintiendo que me había tragado un pedazo de hielo.

En ese punto, más que en ningún otro de mi vida, sentía que estaba bajo sospecha de todos los que me rodeaban. Esperaba el escándalo y constantemente trataba de adivinar qué significaban cada una de las expresiones de Ally.

—Cariño... —dijo Ally con una mueca desesperada—. Aaron, el chico que nos limpiaba la piscina, el novio de tu amiga Vida, ¿lo conocías, verdad?

—Sí...

—Lo encontraron muerto esta mañana en la playa.

Sentí que el mundo daba una sacudida. La verdad me había alcanzado. Todo comenzó a dar vueltas.

Sentí una mano fuerte, masculina, sostenerme por la espalda y luego ayudarme a sentar en el sofá.

—¿Se sabe qué sucedió? —preguntó Agusten, quien se había arrodillado a mi lado y mantenía mis manos entre las suyas.

—Un accidente —dijo Ally—. Según la policía estaba bebido, se resbaló y su cabeza golpeó el entarimado de uno de los puestos de salvavidas. ¿Ustedes lo vieron anoche en la fiesta?

—No, no que recuerde —respondió Agusten sin dudarlo—, pero había demasiada gente anoche.

—¿Y a Vida? ¿La vieron?

—Creo que no conozco a Vida —continuó Agusten respondiendo todas las preguntas.

—Su madre está desesperada. Aparentemente, se fue anoche.

—¿Tendría ella algo que ver con lo de Aaron?

—No lo creo. Según su madre empacó unas cuantas cosas y se marchó con uno de los chicos que estaba aquí durante el verano, no le dijo quién. No han podido avisarle sobre Aaron. —Ally me miró—. ¿Tú sabías algo de esto? ¿Sobre los planes de Vida de marcharse con alguien más?

—No —dije, y era una de las pocas cosas honestas que podía decir en ese momento.

—Sanela. —El rostro de Agusten apareció frente al mío—. ¿Estás bien?

«No. Aaron está muerto y Jericho y Vida huyeron juntos, dejándome enfrentar todo esto yo sola. Soy una idiota».

No dije nada. Simplemente negué con la cabeza pues temía que si abría la boca escaparían de mi garganta más sonidos de los se suponía que debía emitir.

—Ven acá. —Agusten me arropó entre sus brazos y no tuve tiempo de pensar si estaba haciendo todo esto esperando algún tipo de contraprestación. Lo dejé confortarme, arroparme, porque eso era lo que necesitaba.

—Cariño, lo siento tanto. —Sentí los brazos de Ally rodeándome también—. Si quieres que nos vayamos hoy, solo tienes que decirlo.

—Por favor —dije bajito.

—Voy a prepararlo todo ahora mismo.

Salió del salón dejándome a solas con Agusten y, por alguna razón, esos brazos que me arropaban dejaron de sentirse adecuados.

Me separé, pero si bien me dejó escapar de entre sus brazos, sus ojos, su mirada, me imposibilitaron el irme más lejos.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Quería. Desesperadamente quería dejar ir ese peso, pero no podía, no con ese extraño. Me sentía culpable, avergonzada, tonta.

—Gracias —dije tratando de no lucir de la forma en que me sentía—, por lo que le dijiste a Ally.

Agusten suspiró con cierto deje de frustración.

—Te lo dije, estoy aquí. Cuando estés lista, cuando quieras hablar, de cualquier cosa —aclaró—, puedes llamarme. Considera que esto —y señaló el espacio que nos separaba— es un lugar seguro. Sé que la confianza es algo que debe ganarse, pero al menos debes darme una oportunidad.

Asentí y en esa oportunidad no fue una respuesta automática o dada para salir del paso.

Lo llamé muchas veces cuando regresé a Nueva York. La primera

vez permanecí callada por más de un minuto después de saludar y no se impacientó, no preguntó nada. En los meses siguientes, nunca estuvo muy ocupado para no responder o llamarme de vuelta. Hablábamos de cotidianidades, de mi vida en la ciudad, de sus estudios en Boston. Apareció algunas veces por la casa cuando venía a visitar a sus padres y salíamos al cine, a comer algo o simplemente me mostraba sus lugares favoritos.

Nunca fue otra cosa más que un amigo dispuesto a recibir cualquier cosa que yo quisiese darle y, al año siguiente, cuando apareció en Los Hamptons, fue la primera vez que pude respirar normalmente de nuevo en ese lugar.

Me invitó a salir ese verano dejándome bien claro que no lo hacía como un simple amigo, dándome la opción de negarme, de dejar las cosas como estaban.

No lo hice. Sabía que era tiempo de continuar y estaba convencida de que él era el candidato adecuado para hacerlo, aunque me tomó un tiempo más dejar de esperar que el otro zapato cayera, que las exigencias llegaran. A pesar de todo me costó volver a confiar en alguien.

Nunca más hablamos de aquella noche.

Agusten nunca preguntó, yo nunca quise recordar.

Capítulo 21

Ahora

Hacer el trayecto en coche hasta Nueva York era la parte de mi plan que más aprehensión me producía. Creí que estar sola, en el coche, le daría a mi mente tiempo para pensar, para analizar las cosas en demasía, para buscar excusas y finalmente mudar mi decisión. Sin embargo, y a pesar de que las dudas asomaban la cabeza desde las esquinas, no podía cambiar el plan, no ahora, no después de todo lo que había pasado, al menos no sin que, con el paso de los años, volvieran las preguntas sobre qué habría sido de mi vida si me hubiese permitido la oportunidad de descubrirme.

Llegué a la ciudad y el tráfico me brindó un respiro. Todo parecía haber coludido para que hiciera lo que tenía que hacer, lo que tuve que hacer hacía ya muchos años.

La luz en el departamento y el olor a comida me dio la confirmación de algo que me había tomado la molestia de averiguar por teléfono previamente: Augusten estaba en casa.

Miré a mi alrededor para comprometer cada recuerdo feliz de nosotros, juntos, en mi memoria. El día que trajimos el sofá a casa y pasamos la tarde demostrando lo inútiles que éramos en armar un simple mueble de Ikea. Las risas de Augusten cuando descubrimos que esa silla tan vistosa que insistí en comprar era la más incómoda existente conocida por la mente humana desde que el Trono de Hierro hizo su aparición. La alfombra que nos regaló Ally y que accidentalmente manché de vino el mismo día que la puse en el salón. Y la mesa que compró Augusten para tapar mi torpeza, esa foto

que estaba en la esquina y que nos sacaron en la universidad justo unos segundos después de que Agustén me sorprendiera por la espalda. Lo miraba sonriendo como una loca y él lo hacía como si el sol saliera y se ocultara solo por esa sonrisa.

—¿Agustén? —llamé bajito, la cobardía haciéndose presente entre tanta cotidianidad que me abrumaba, esperando que no apareciera, que no me escuchara.

—¿Sanela? —Asomó su cabeza por la puerta de la cocina y sonrió como un chiquillo cuando me vio—. ¿Tienes una especie de sensor para saber que estoy cocinando?

Sonreí de vuelta sin poder evitarlo, pero la sonrisa me salió triste.

—¿Pasó algo? —preguntó Agustén saliendo de la cocina y perdiendo la sonrisa en el proceso.

Tomé un poco de aire. Era tan difícil hacerlo mirándole a la cara.

—Vamos a suspender la boda.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió? ¿Están todos bien?

Lucía tan preocupado. No molesto, tampoco triste o decepcionado, solo preocupado. Así era Agustén, y así era la vida de extrema. Había pasado por la vida de un hombre egoísta y uno que era la perfecta definición de bueno llegó a mi vida para ocupar su lugar. De uno al otro sin explorar el medio.

—Ha llegado el momento de que seas ese amigo que necesito.

Me miró un momento algo confuso, deteniendo el avance que instintivamente había comenzado a hacer hacia mí y, tras unos segundos, el entendimiento llegó a su rostro. Caminó lentamente hasta el sofá, se sentó y esperó. No había en su expresión ningún apremio o duda, simplemente esperó.

—Esa noche en la playa... —comencé a decir antes de perder el valor, haciendo las palabras salir, forzándolas. Pero me di cuenta de que, tras una década más que escondiendo, protegiendo un secreto, no podía hacer eso parada en medio del salón, apurada—. No —dije tanto para Agustén como para mí—, mejor comienzo desde el principio.

Me senté en la mesa baja, justo al frente de él y comencé la historia desde el momento en que me bajé del avión proveniente de Suiza.

Hablé, hablé y hablé y, con cada palabra, con cada historia, con cada pedazo de vida compartida, el peso en mi alma iba desapareciendo. No lo endulcé, tampoco edité los detalles más escabrosos, ni del pasado ni de lo que había sucedido recientemente. Me reí algunas veces, en otras suspiré frustrada tratando de encontrar las palabras adecuadas, también hubo mucho de rabia, de culpa intentando justificarse.

Cuando terminé mi historia estaba agotada y las lágrimas caían por mis mejillas. Me las limpié con el dorso de la mano e intenté sonreír. No quería dar lástima, tampoco incitarlo a que sintiera pena por mí. Simplemente quería que supiera la verdad.

—Siempre lo supe —dijo solemne y el peso del asombro se hizo presente justo en el medio de mi pecho—. No con todos los detalles, ni de cerca con todos los detalles. —Rio un poco, sin humor—. Me gustabas, tal vez un poco más que el simple gustar, y esperaba el momento en el que finalmente me dejaras entrar, por eso estaba pendiente de ti y tú siempre lo mirabas a él y, algunas veces, desaparecían juntos. Tenía que ser ciego o idiota para no sospechar que había algo, y cuando él apareció en nuestra fiesta de compromiso, supe que no era enteramente una casualidad.

—Y te fuiste... —Y aunque no quería, mis palabras sonaron a reproche—. Me dejaste allí con él.

—¿Por qué no hacerlo? —Se encogió de hombros—. Es imposible tratar de proteger, de conservar, algo que no es tuyo, y tus sentimientos son tuyos, no míos. Pero estás aquí, conmigo, no con él.

—¡Pero dudé, Agustén! Lo consideré más que seriamente. Tienes que saberlo, entenderlo.

Agustén suspiró, miró por la ventana unos segundos y luego volvió a mirarme.

—La gente no engaña porque no quiera o no sienta la tentación. El que nos ceguemos a cualquier otro tipo de atracción es una noción muy romántica, pero no es real. La gente no engaña porque sabe lo que puede perder si lo hace, porque le importan más los sentimientos de la persona que está engañando que ese impulso, esa emoción, que todos los seres humanos sentimos alguna vez. El que

no hayas querido herirme, el que pensaras en mis sentimientos antes de seguir ese impulso, habla volúmenes de lo que yo significo para ti, de lo que somos.

—No sé si eres la mejor persona que camina sobre la tierra o una especie diferente de sociópata. ¿Puedes al menos estar molesto? ¿Ofendido?

Se rio un poco.

—¿Por qué habría de estarlo? Tuviste un novio antes de que yo llegara a tu vida que significó mucho para ti; yo también tuve una. Apareció en nuestra fiesta de compromiso tratando de convencerte de que huyeras con él y lo mandaste a volar. Si siento algo es, tal vez, que he crecido como un par de centímetros y tengo derecho a mirar al resto de los hombres de esta ciudad, y tal vez del mundo, por encima del hombro. —Me miró poniéndose muy serio—. No siento celos de tu pasado precisamente porque decidiste dejarlo donde pertenece y ahora estamos listos para comenzar en el presente.

—¿Qué hay de Aaron?

—¿Aaron?

—Estuve involucrada en su muerte.

—Fue un accidente.

—No. Jericho lo empujó, yo estuve allí...

—Sanela. —La voz de Agusten, profunda, seria y con cierto deje de preocupación evitó que me sumergiera nuevamente en esos recuerdos—. Tomaste una decisión equivocada, no lo niego. Sí, no debiste huir, no debiste quedarte callada, pero no eras otra cosa que una adolescente asustada. Yo también cometí errores esa noche. Te encontré a la orilla de una carretera hecha un desastre y sabía que algo horrible había sucedido y no dije nada. Imaginé miles de escenarios, cada uno más terrible que el otro, pero no querías hablar y no quise forzarte. Luego cuando Allison nos contó lo de Aaron y vi tu reacción, supe que ambos hechos estaban conectados de alguna forma y no dije nada. Quería que confiaras en mí, que hablaras cuando estuvieses lista, y el no saber me torturó por mucho tiempo.

—¿Y aun así te arriesgaste conmigo...?

—Aun así. —Me sonrió con esa sonrisa de niño, confiada, tierna,

honestas. Esa que me hizo enamorarme de él—. Ahora sé la verdad sobre esa noche y es menos terrible que cualquier escenario que pude haber imaginado. Fue un accidente...

—No...

—Sí —insistió—. Nada de lo que pudiste haber hecho y no hiciste hubiese cambiado el resultado. La muerte de Aaron seguiría siendo catalogada como un accidente porque es lo que fue. Tienes que aprender a perdonarte por eso.

—No sé si podré...

—Podrás, pero solo cuando estés dispuesta a aceptar que cometiste un error, no un asesinato, un error. —Tomó mis manos entre las suyas—. Sanela, vamos a casarnos, vamos a dejar el pasado, los errores, las equivocaciones donde pertenecen.

—No puedo.

Y aunque quería seguir sintiendo el calor de sus manos sobre las mías, me obligué a retirarlas.

—No me amas —lo dijo, no lo preguntó, y se miró las manos ahora vacías.

—Estoy convencida de que sí, pero qué sé yo de amor...

—No dejes que Jericho siga jugando con tu mente.

—No es eso. Simplemente no sé quién soy.

—Yo sé quién eres.

—Y Jericho también está convencido de que lo sabe, y Ally, incluso Quincy, y para cada uno de ustedes soy una persona diferente porque lo que soy siempre ha estado definido por algo externo. Fui la huérfana, la niña con suerte adoptada por unos millonarios, la adolescente atrevida y sexualizada que Jericho necesitaba, la hija perfecta para Ally y Mark, la novia dulce y buena que Agusten quería, la directora ejecutiva que trabaja más que nadie y nunca se equivoca... —Suspiré—. Necesito saber quién soy realmente sin ninguna de esas cosas que normalmente me definen y, aunque sé que ya estoy mayorcita para una crisis existencial, necesito tomarme un tiempo para descubrirlo.

—Está bien. Toma el tiempo que necesites. Yo estaré aquí cuando lo descubras. —Sonrió un poco. Luego se puso de pie y miró a su

alrededor—. Bueno, no aquí. Me mudaré esta noche.

—No hace falta. Me voy en unas horas.

—¿Te vas? —Me miró confundido—. ¿A dónde?

—Al mundo. —Caminé hasta él y tomé sus manos. Mi primer impulso fue abrazarlo, pero sabía que ese contacto me quebraría y necesitaba hacer esto por mí y también por él—. Eres una buena persona, probablemente la mejor que existe en esta ciudad y tal vez en el mundo. —Tentando mi suerte o mi fuerza de voluntad, no estaba segura, llevé una de sus manos a mi boca y la besé—. Sigue con tu vida. No me esperes. No sé cuándo regresaré o si voy a hacerlo, y si regreso puede que ya no te quiera o que la mujer que vuelva no sea la que amas.

—Sanela, no...

—Sé que suena a poco, pero gracias —lo interrumpí. Sabía que si había algo que podía convencerme era el asombro mezclado con tristeza que estaba comenzando a hacer presencia en su rostro—. Gracias por estos diez años siendo mi red de seguridad, por ser la persona que necesitaba en ese momento de mi vida.

—Aunque ya no lo hagas.

—Quiero amarte sin necesitarte, Agustén. Quiero extrañarte solo porque no estás, no porque me hagas falta para sentirme segura. No sé si he confundido el agradecimiento con amor, no sé si algo de lo que digo tiene algún sentido...

—Sanela...

—Y, por sobre todas las cosas, quiero que me ames por lo que de verdad soy.

—Te amo por lo que eres y lamento que no puedas verlo con la misma claridad que yo.

Soltó mi mano, se pasó los dedos por el cabello y me miró con tristeza.

—Espero que encuentres lo que estás buscando y, si algún día regresas, búscame para ponernos al día porque espero que, al menos, siempre podamos ser el amigo que el otro necesita.

—Lo prometo.

—Adiós, Sanela.

—Adiós, Agusten.

En esta oportunidad, dar la espalda no fue tan sencillo, pero no todo lo que es correcto es fácil.

Me quité el anillo, ese que Quincy había catalogado de horrible, pero que en ese momento se sentía mi posesión más preciosa, y lo dejé sobre la mesa. Caminé hasta mi mochila que había quedado cerca de la puerta de la entrada y antes de irme me giré.

Agusten estaba parado frente a la ventana, con un brazo apoyado en el marco y la mirada perdida. No podía saber con exactitud si su expresión era de rabia, decepción o tristeza, tal vez un poco de todo, pero sin duda era una mezcla que partía el alma.

Sin embargo, no había nada que pudiera decir o hacer para confortarlo.

Algunas veces necesitas ponerte a ti primero, convertirte en tu propia prioridad, aún por encima del mejor hombre del planeta.

Me colgué la mochila al hombro y me fui.

Capítulo 22

Después

— ¿Por qué este encaje luce sintético?

— Porque es sintético —respondió Quincy desde el otro lado de la pantalla del portátil.

— El arte en nuestro trabajo es que las cosas se vean costosas, aunque no lo sean. Este se suponía que debía ser mi vestido de novia. Dime, Quincy, ¿querrías verme caminar hacia el altar cubierta en poliéster?

— ¿Era este tu favorito? Nunca lo dijiste.

— Podría haberlo sido.

Quincy suspiró de forma tan audible que, incluso sin la ayuda de la tecnología, probablemente lo hubiese escuchado aun cuando nos separaban miles de kilómetros.

— Nada de esto estaría ocurriendo si no te hubiese dado esa loca idea de encontrarte a ti misma. ¡Seis meses, Sanela! ¡Seis! ¿Y qué has hecho? Vagabundear por el mundo haciendo trabajo voluntario, construyendo escuelas, durmiendo en albergues. —Tembló teatralmente—. ¿Cómo haces con la ropa?

— Cuando se ensucia la llevo a la lavandería y, si se rompe, la tiro y compro otra.

— ¿Y no te provoca dormir en una cama con un colchón grueso? ¿Con almohadas de plumas? ¿Sábanas de algodón egipcio?

— Algunas veces. Cuando eso ocurre tomo mi tarjeta de crédito y me registro en un hotel.

— Una vagabunda con recursos...

—Es la mejor manera de ser una vagabunda.

—Aunque le estoy viendo otros beneficios —dijo Quincy estirando el cuello para tratar de ver por encima de mi hombro en el escaso margen de maniobra que le daba la cámara—, en ese estilo de vida tuyo. —Me miró curioso y con una sonrisa pícaro en los labios—. ¿Estás en Noruega?

—Adiós, Quincy.

—¿En Asgard, tal vez?

—Arregla ese encaje y envíame las fotos. No hagas quebrar mi compañía.

Gritó algo más, pero no lo escuché, pues ya estaba en proceso de cerrar el portátil.

—Buenos días —dijo una voz ronca a mis espaldas.

—Buenos días. —Me volví y sonreí. ¡Vaya que el sujeto era de muy buen ver, aunque no pudiera recordar su nombre! No culpaba a Quincy en lo más mínimo por pensar que estaba en Noruega, más cuando por la posición de la cámara no había podido ver el refulgente sol que había afuera, porque este Sven, Jan o como quiera que se llamase, parecía el hermano de Thor—. Hay café y algo de desayunar.

—Gracias.

El buenorro sin nombre, aunque podía afirmar que era alemán y no noruego, fue hasta el carrito que había traído el servicio de habitaciones.

Era una idea más que tentadora seguir deleitándome con su pecho, sus piernas y el cabello que le caía mojado hasta los hombros, y recordar vívidamente lo que se escondía bajo la toalla que envolvía sus caderas, pero decidí darle un poco de privacidad y concentrarme en el hermoso cielo azul y el sol radiante del exterior. En Nueva York era invierno.

Al poco rato, el probable descendiente de Odín, me trajo una taza de café, y se sentó a mi lado en la terraza desde donde la vista de Cabo San Lucas era espléndida. Tenía una taza de café para él en un mano y en la mesa que nos separaba dejó un plato con varias tostadas con mermelada.

—Creo que esta es una de las mañanas menos incómodas que he tenido después de pasar la noche con una chica que conocí en una fiesta —dijo dándole un buen trago a su café.

—Gracias. He tenido algo de práctica, además es parte de mi terapia.

—¿Terapia? ¿Eres una asesina serial?

Sonreí con ternura recordando a Agusten aquella noche antes de la gasolinera. Ya el recuerdo no me hacía temblar o tratar de enterrarlo con violencia.

Agusten.

El pobre debía de estar congelado en Nueva York.

—Si fuese una asesina serial no lo diría.

—Buen punto.

Probé el café y estaba bueno. Le faltaba algo de azúcar y lo prefería con un toque de leche. Agusten lo supo desde la primera vez, tal vez porque le gustaba de la misma forma que a mí.

—¿Eres modelo o algo así? —le pregunté a mi compañero porque con ese físico de seguro haría millones y estaba pensando en lanzar una línea masculina para la próxima temporada.

—Soy surfista, Sanela. Te lo dije anoche.

—Y además recuerdas mi nombre.

—¿Tú no recuerdas el mío? —preguntó con una chispa divertida bailando en sus ojos.

—No...

Estalló en una carcajada gruesa, sexy y muy contagiosa.

—Es Horst.

—Horst —repetí—. Vale.

—¿No vas a olvidarlo?

—No puedo prometerte nada.

Di otro trago al café.

—¿Qué haces en la vida, Sanela? —preguntó, dándole especial énfasis a mi nombre—. Además, claro, de destruir la autoestima de hombres bien intencionados y muy seguros de sí mismos y disfrazarlo como una forma de terapia.

Esta vez fue mi turno de reír.

—Me tomé un tiempo para descubrirme a mí misma.

Estiré la mano y tomé una de las tostadas sobre la mesa.

—¿Descubriste algo? —preguntó casual, imitando mi gesto.

—Muchas cosas. Las tostadas con mermelada son lo máximo en las mañanas y no tengo por qué avergonzarme de que me gusten. — Agité lo que quedaba de pan en el aire y, como si se tratase de un brindis, Horst tocó su tostada con la mía—. También que el sexo casual está sobrevalorado.

—¿Estás tratando de emascularme? —Sonrió—. ¿Otra vez?

—No creo que eso sea posible. —Lancé una mirada significativa a su cuerpo estirado sobre la silla—. Antes de este viaje, tenía veintiséis, estaba a punto de casarme y solo había estado con dos hombres. Estaba segura de que me estaba perdiendo algo.

—¿Y? ¿Te estabas perdiendo de algo?

—No. Resulta que mis dos chicos estaban en el tope de la cadena alimenticia, cada uno en su estilo.

—¿Cómo así?

—La mayoría de los hombres allá afuera no tienen idea de qué hacer con sus penes más allá de meterlos y sacarlos, como un coche viejo al que solo le funciona la primera y el retroceso. La compañía presente excluida, claro.

Horst estalló en una carcajada y miré nuevamente hacia afuera sin dejar de sonreír.

Gracias a largas sesiones de terapia, que ahora gracias a la tecnología podía tener en cualquier lugar del mundo con la doctora más loca y hippie del universo, que Ally había encontrado para mí y que me atendía dos veces a la semana por Skype, podía pensar en Jericho, incluso pronunciar su nombre, sin sentir prácticamente nada.

El alemán a mi lado también era parte de mi poco ortodoxo método de terapia. Había aprendido a desmitificar el sexo, a explorarme a mí misma en ese sentido sin ningún tipo de temor o vergüenza, sin que tuviera que significar algo trascendente o conceder otros deseos más que los míos.

También al aprender a enfocarme más en mí había, poco a poco,

dejado de temer lo que otros pensarán. El proverbial zapato finalmente había caído y ningún apocalipsis tuvo lugar.

Escribí todo en un viejo cuaderno, uno en cuya portada escribí solo «antes» y me encontré con Ally y Mark en París, terreno neutral por así decirlo, y se los entregué. Cuando tuvieron tiempo de procesarlo, les dije que la niña en mí siempre los había responsabilizado de alguna forma por lo ocurrido, que por muchos años les reproché que no me cuidaran lo suficiente.

La verdad era la mejor terapia. Me liberó.

Ahora simplemente no había culpas ni rencores. Estaba cómoda en mi propia piel. Las acciones de la Sanela de «antes», como la llamaba la psiquiatra, no me torturaban; simplemente las consideraba parte de un aprendizaje que me había llevado a ser quien era, y esta Sanela me gustaba.

—Tal vez tuviste mala suerte en el departamento masculino durante tu viaje— dijo Horst.

—Por el contrario, siempre he sido la chica con más suerte sobre la faz de la tierra, pero me negué a creerlo y a disfrutarlo.

Me puse de pie y sacudí las pequeñas migajas de pan que habían caído en mis piernas.

—¿Tienes planes para hoy? —preguntó—. ¿Quieres ir a la playa? Te puedo enseñar a surfear.

Miré nuevamente hacia el sol radiante, al mar que se extendía debajo, cálido, brillante. Era tentador, no iba a negarlo. Sin embargo, había algo más cálido y brillante que perseguir.

—Muchas gracias, pero no. Creo que ya es tiempo.

—¿Tiempo de qué?

—De ir a casa.

Capítulo 23

Ahora

El frío de finales de enero en Nueva York me hace querer dar la vuelta y regresar a las cálidas playas mexicanas. En el aeropuerto tengo que hacer una parada para comprar un abrigo, una bufanda y un par de guantes para no morir de hipotermia.

No obstante, ya fuera del terminal, apropiadamente vestida para el clima, respiro el aire helado y todo pensamiento sobre escapar queda en el pasado. Estoy en casa, ese lugar que de adolescente me aterraba y en el que aprendí a vivir porque era el hogar de mis seres queridos, y que se transformó en mi hogar sin darme cuenta.

Gracias a las averiguaciones que Quincy hizo para mí en el último momento, sé exactamente la dirección que debo darle al taxista y, una vez que llego al lugar, simplemente espero en una esquina, en el frío, con la vista fija en la puerta hasta que lo veo aparecer.

Agusten sale del hospital, su traje quirúrgico visible debajo del abrigo Ralph Lauren que le regalé cinco años atrás y que nunca me dejó cambiar, todo el atuendo hace contraste con sus viejos zapatos de correr. No puedo evitar sonreír. Sus rizos marrones apuntan en todas direcciones, prueba de que ha tenido una guardia movida.

Él también sonríe, pero no a mí, sino a la linda rubia que sale tras él. Hablan un rato frente a la puerta de la sala de emergencias, compartiendo risas. Ella lo toca en el hombro, cariñosa, en confianza, y estoy a punto de dar la vuelta e irme, no ofendida o decepcionada, no tengo derecho, sino porque simplemente no quiero interrumpir, no quiero convertirme en su Jericho.

Pero la rubia agita la mano a modo de despedida y Agusten sigue su camino, precisamente en mi dirección. Si eso no es una señal divina, no sé qué otra cosa puede ser. Doy un paso al frente, es lo justo. No voy a regresar a la ciudad sin decirle nada. Esto no será fácil, pero sería mucho peor, algo parecido a la traición, si nuestros caminos se cruzan por accidente. Además, lo prometí.

—Hola, Agusten.

Levanta la vista y se queda parado allí en mitad de la calle. La única expresión en su rostro es la sorpresa.

—Sanela —dice finalmente y es más como una exhalación—. Volviste.

—Hace un par de horas. Prácticamente me acabo de bajar del avión. —Sonrío porque es un placer verlo, escuchar su voz—. Te prometí que serías el primero en saberlo cuándo lo hiciera.

Se queda en silencio, mirándome, como quien espera algo y no puedo decir nada porque verlo en carne y hueso, vistiendo la piel de una persona real y no disfrazado de recuerdo, es mucho mejor de lo que anticipé y borra de golpe todos mis planes.

—Te ves bien —dice finalmente—. Me gusta el cabello.

—Gracias —digo sin dejar de sonreír, no puedo evitarlo. Me paso la mano por lo que queda de mi otrora estilizado corte de cabello, ahora reducido a un corte bastante genérico pero muy cómodo. Es un gesto nervioso, lo sé, pero no es como si pudiera controlarlo. Estoy nerviosa—. Me siento bien.

—Me alegra escucharlo. —Sonríe, por primera vez desde que me vio, y es la misma sonrisa de siempre, la que sube hasta los ojos, y eso basta por ahora para poner pausa a mis gestos nerviosos porque el efecto tranquilizador de esa sonrisa no ha variado—. ¿Me vas a contar tus aventuras?

—Cuando quieras.

—Hacen un excelente café allí en la esquina, si tienes tiempo.

La Sanela de antes lo hubiese puesto a él primero, considerando que tras la guardia debía de estar muy cansado para esta conversación. La de ahora toma lo que le ofrecen sin pensarlo mucho. Ahora el quedarme paralizada no es nunca mi primera opción.

—Tengo el tiempo.

Hace un gesto con la cabeza y lo sigo. El camino hasta la cafetería lo hacemos en silencio, pero no es de esos incómodos como en el que estuvimos momentáneamente atrapados hace apenas unos instantes, sino el de dos amigos que han caminado uno al lado del otro por más de diez años.

Abre la puerta para dejarme entrar a una cafetería de esas independientes que poseen la magia de ser únicas.

—¿Alguna preferencia? —pregunta mientras nos acercamos al mostrador.

—Sorpréndeme. Me conoces bien.

—¿Todavía?

—Todavía.

Asiente con la cabeza, nuevamente la insinuación de la sonrisa allí.

—Elige una mesa.

Me siento cerca de la ventana. Ver a la gente apurada, caminando en todas las direcciones, es un recordatorio de que, pase lo que pase, la vida continúa; de que mi vida continuará mientras siga respirando, y este encuentro es una parte necesaria de la forma que quiero darle a mi futuro.

Agusten regresa con un *latte* doble acompañado de un pastelillo de chocolate para mí y dos expresos para él.

—¿Una guardia dura? —pregunto señalando con la cabeza sus dos cafés.

—He estado trabajando turnos dobles desde hace unos meses.

—¿Por qué? ¿Reducción de personal?

No responde.

Toma uno de sus expresos y se lo baja de un trago. No sé cómo no le quema la lengua.

—Bueno, cuéntame. ¿Dónde has estado?

Sin darme cuenta vuelvo a sonreír. Ese es Agusten. Es obvio para quien lo conozca, aunque sea un poco, que no está completamente cómodo sentado aquí conmigo como si nada hubiese pasado, pero aun así hace todo lo que estaba a su alcance para sobrepasarlo y no hacerme sentir incómoda a mí.

—En muchos lugares —respondo, todavía sonriendo ante su dulzura y el gesto es minúsculo comparado con la emoción que estoy sintiendo—. Construí escuelas en Haití, trabajé en un refugio de animales en Praga y estuve un tiempo como voluntaria en la misma organización de ayuda a los huérfanos de la que mis padres eran miembros.

—¿Fuiste a Bosnia? —pregunta sorprendido, esa es una parte de mi vida que la Sanela de «antes» siempre prefirió olvidar.

—Sí. Visité mi viejo orfanato. Cerré definitivamente ese círculo.

—Eso es bueno.

—Pero no todo fue tan altruista. También fui simplemente una turista, visité lugares interesantes, fui a museos, a la playa...

—¿Fuiste a Londres? —Y a pesar de toda la cordialidad que está intentando aparentar, esa pregunta hace que su rostro se vuelva de piedra en un esfuerzo obvio por esconder cualquier sentimiento que la respuesta pueda generar.

—Sí.

—¿Lo viste?

—¿A Jericho? —Menciono su nombre a propósito porque estoy segura de que, así como yo puedo leer cada una de sus expresiones, él puede leer las mías y quiero que sepa que decir su nombre en voz alta ya no significa nada para mí—. Fui a Londres siguiendo el mismo impulso que mantuve durante todo mi viaje, uno sin ningún propósito específico. Es una ciudad muy hermosa y nunca la había visto sin la presión del trabajo, me pareció una buena idea. Solo cuando estaba caminando como una turista cualquiera, recordé que Jericho vive allí y ese pensamiento se esfumó con la misma facilidad con la que vino.

—¿No has sabido nada de él?

—No, nada, y eso está bien. Lo que sea de él, lo que haga con su vida, no es importante para mi historia.

Toma su otro café y me parece que una mínima sonrisa de satisfacción aparece en sus comisuras.

—¿Y has regresado para quedarte o estás solo de paso? —pregunta con el rostro visiblemente más relajado.

—Para quedarme.

—¿Dónde vas a vivir? ¿Necesitas que me mude?

—Es tu departamento. El contrato está a tu nombre, eres tú quien siempre ha pagado la renta. Me quedaré en casa de Ally, siempre está vacía, hasta que encuentre algo que llame mi atención.

El silencio se hace presente nuevamente, cansado de tanta charla trivial y esperando que alguno de los dos dé el paso que el otro está esperando.

—¿Conseguiste lo que estabas buscando? —pregunta Agusten finalmente, siempre y todavía mucho más valiente que yo.

Me rio ante la ironía de la respuesta que estoy por dar.

—Sí. —Me encojo de hombros—. Resulta que no había nada que buscar: me gusta llevar una vida simple, aunque de vez en cuando algo de lujo no cae nada mal. La ropa de diseñador no solo es bonita, sino que también queda mejor en el cuerpo y no siempre es una declaración de dinero o estatus, algunas veces también significa comodidad, calidad o durabilidad. Amo mi trabajo, lo extraño y no tiene nada que ver con quedar bien con Ally. Es mi compañía y quiero que triunfe. Aparentemente soy competitiva, incluso más que Mark. —Miro hacia afuera, a todas esas personas, y me pregunto cuántas de ellas piensan más de una vez al día sobre lo que están haciendo de sus vidas, malgastando horas en disertaciones mentales, en planes que nunca cumplen, en lugar de simplemente vivirla, un día a la vez —. Después de seis meses me di cuenta de que todas esas cosas ya las sabía antes de irme, pero siempre pensé que eran el reflejo de alguien más, no de mí. Estaba equivocada.

—Algunas veces necesitamos alejarnos para tener un poco de perspectiva.

—¿Sabes qué más descubrí en estos seis meses?

—¿Qué?

—Que te amo.

Los ojos de Agusten se abren por la sorpresa. Incluso su cuerpo se aleja de la mesa todo lo que el respaldo de la silla le permite.

—Sanela...

—No, no digas nada. —Hago un gesto nervioso, y totalmente

involuntario, con las manos para impedir que siga hablando—. Sé que no tengo derecho a decirte eso después de que cancelé nuestra boda y desaparecí del mapa, después de que te pedí que siguieras adelante con tu vida, pero la honestidad es mi nueva política, además de dejar el pasado donde pertenece, y yo te amo. No porque te necesite a mi lado como una red de seguridad, ya me dejé caer sin que estuvieras allí para atajarme y sobreviví. Tampoco porque te esté agradecida o sienta que te lo debo tras diez años de mentiras o porque es muy fácil amar al mejor amigo que has tenido en tu vida. Te amo porque eres un hombre maravilloso, porque eres la mejor persona que he conocido, te amo porque los cirujanos son sexys y descubrí que me encanta estar en la cama contigo, te amo por miles de cosas que no tienen nombre y también por ninguna de ellas, simplemente porque mi corazón así lo quiere.

—Sanela...

—Y te conozco lo suficiente para saber que no estás del todo cómodo sentado aquí conmigo, escuchando todo esto, y el que seas lo suficientemente caballero para no dejarme hablando sola es otra de las cosas por las que te amo y necesitaba decírtelo. Y por sobre todas las cosas necesitaba que lo supieras porque...

—Sanela —me interrumpe tomando mis manos entre las suyas—. Quemé la cocina.

—¿Qué?

—Un mes después de que te fuiste, cuando me di cuenta de que no llamabas, no escribías, que no ibas a regresar, decidí que era momento de comenzar a salir con otras mujeres.

Esperaba eso. Me preparé para ello y, aun así, siento que alguien mezcló mi sangre con hielo.

—Estaba molesto, furioso incluso, y cada vez que salía con alguien terminaba hablando sobre mi novia de toda la vida que canceló nuestra boda para irse a recorrer el mundo solo porque su exnovio, un hijo de puta inglés que cree que todo lo merece, se presentó en nuestra fiesta de compromiso. —Hace una mueca frustrada—. De más está decir que no triunfé en eso de salir con mujeres. Algunas accedían a volver a verme porque sentían lástima por mí o querían

curar mi corazón roto, otras dejaban que las llevara a la cama porque soy cirujano y tengo dinero...

—¿Qué tiene que ver eso con la cocina? —pregunto haciendo un enorme esfuerzo para no sonreír. No es una situación de risa, pero es que nunca he visto este lado un poco descontrolado y malhablado de Agusten y no puedo negar que es tan adorable como el serio, el controlado e incluso el inocente. El hombre que nunca se despeina, que siempre tiene una respuesta calmada para todo, está hablando a borbotones y en distintas direcciones.

—Una mañana desperté y me di cuenta que para la cita de la noche anterior había usado el reloj que me regalaste por nuestro compromiso, que todavía tenía en cuenta tus consejos sobre cuál corbata es la más adecuada, que nuestra fotografía todavía estaba en la mesa de la sala... —Niega con la cabeza—. Soy lo suficientemente inteligente para darme cuenta de que no estaba listo para salir con otras mujeres, que las estaba usando o dejando que me usaran, que tras casi una década con la misma pareja y un trabajo tan complicado, no tenía las ganas ni la energía para hacerlo, así que me volqué en la cocina. Objetivamente pensé que sería algo bueno para distraerme, pero muy dentro sentía un extraño placer morboso al saber que estaba haciendo algo que no te gustaba, que expresamente me había prohibido más de una vez. Tal vez simplemente esperaba que en cualquier lugar del mundo que estuvieses tus sensores se activaran y volvieras, aunque fuera solo para regañarme...

—Agusten...

—Un día sonó el teléfono mientras intentaba hacer unas chuletas en salsa de ciruelas, esas que hiciste la primera vez que cocinaste para mí. Era un paciente y la conversación se alargó. Cuando recordé que tenía algo en el fuego, bueno... —Se encoje de hombros y el gesto es como una disculpa—. Tuve que llamar a los bomberos y remodelar la cocina, aunque debo reconocer que estuve tentado a dejarla así solo para molestarte. Aun después de eso, de quemar tu preciosa cocina, de vaciar tu armario y mandar toda tu ropa a casa de tu tía, no estaba listo para continuar, no tuve el valor de quitar la fotografía, ni la alfombra con la mancha de vino, pero hoy apareces

aquí más bella que nunca, feliz, con más confianza que cuando ganaste tu primer millón y, por más extraño que pueda sonar, la rabia desapareció. Siento paz, aquí. —Pone la mano en mitad de su pecho como si necesitara indicarme el lugar—. Mi mejor amiga ha vuelto y está bien, contenta y aunque parezca tonto, pequeño, o insignificante es todo para mí, me quita un peso de encima. Ahora que sé que estás bien, que todo está bien, creo que finalmente estoy listo para poner todo el año pasado en el pasado y seguir adelante.

—Eso es bueno —digo dudosa y tratando que no se me note. Es bueno para él, me alegra que mi visita de alguna forma lo ayude a seguir adelante. Lo que eso significa para mí es otra historia—, y no sé si vale de algo, pero lo siento. Siento haberte hecho daño, siento haberte hecho pasar por todo eso. —Me pongo de pie porque no vale la pena seguir alargando esto. Ya hice lo que vine a hacer—. Gracias por escucharme, Augusten. Es mucho más de lo que esperaba.

—Sanela.

—¿Sí?

—¿Quieres ir a cenar esta noche?

—¿Qué?

—Dije que estaba listo para comenzar a salir y la única mujer con la que quiero hacerlo es contigo.

—Augusten...

—Eres el amor de mi vida, la mujer con la que quiero envejecer. ¿Acaso creíste que cada vez que lo decía eran palabras vacías? —Se pone de pie él también y toma mis manos entre las suyas—. Mi amor por ti no es tan frágil que no pueda resistir un temporal o dos.

—Pero me fui, te abandoné...

—Porque necesitabas encontrar a esa mujer que siempre supe que eras y con tu regreso me has dado la razón y sabes que me encanta tener la razón.

—Pero estabas tan molesto, quemaste mi cocina.

—Estaba molesto conmigo porque sentí que te había fallado, estaba frustrado porque te escurriste entre mis dedos y fui incapaz de retenerte, porque me torturaba pensar que tal vez debí luchar un poco más y también que mi amor no era suficiente para darte lo que

necesitabas en ese momento. No sabes cuántas veces repetí en mi mente la noche que te fuiste, que se me ocurrieron miles de cosas que pude haber dicho o hecho en vez de quedarme allí, parado como un idiota aceptando tu decisión como si no significara el derrumbe de mi vida...

—Agusten, ¿no te das cuenta que, como siempre, me diste exactamente lo que necesitaba? Le diste prioridad a mis sentimientos, a mis necesidades...

—Y no puedo estar más orgulloso porque encontraste lo que buscabas por ti misma y eso te trajo de vuelta a mí, pero si vamos a ser honestos tengo que decirte que había días que te odiaba, pero la mayoría me odié a mí mismo. Si de verdad me amas no dejes que me siga odiando por no haber luchado, por no ser suficiente.

—¿No ser suficiente? De verdad, eres el mejor hombre que existe sobre la faz de la tierra.

—No, solo tuve la suerte de encontrar a mi chica perfecta una noche de verano.

Sus brazos me rodean en ese abrazo que secretamente esperaba desde que decidí regresar, pero que no me atreví a pedir. Siento sus labios acariciar mi frente y finalmente creo que lo que todos dicen es verdad: soy una chica con suerte. Solo necesité dejarme caer para descubrirlo.

Agradecimientos

Con cada libro que publico, la lista de agradecimientos parece hacerse más larga y eso está bien. Este trabajo se hace mejor en compañía y mi mejor compañía cuando trabajo son los lectores.

Así que el primer agradecimiento es para ustedes; los que leen, los que compran libros, los que siguen las novedades y se toman el tiempo de dar su opinión o de contactarme directamente a través del correo y las redes sociales. Son esos comentarios los que me motivan, me ayudan a mejorar, incluso me dan nuevas ideas.

También quiero agradecer a Roxy González, de *La caja de los libros*, quien en esta oportunidad me brindó su asistencia como lectora cero. No conocía a Roxy, salvo un par de conversaciones por Facebook sobre otros temas, y cuando me la recomendaron y la contacté, inmediatamente se puso manos a la obra. Sus impresiones fueron acertadas y muy importantes, pues algunas veces solo necesitamos alguien con quien hablar para que el camino correcto aparezca.

Como siempre, no puedo dejar de mencionar a Tai, mi mejor animadora, la que lee mis historias cuando van a la mitad para asegurarme que voy por el camino correcto. Su odio por Jericho solo se compara con el amor que le tiene a Gregory Salinger, y ese disgusto que le producía el personaje fue el combustible para seguir avanzando. Los chicos malos merecen perder de vez en cuando.

Por último, aunque no por eso menos importante, mil gracias a todo el equipo de Harlequin Ibérica. A María Eugenia, con quien puedo hablar por horas de libros y tendencias; a Elisa, que es la

editora más dulce sobre la faz de la tierra, con una paciencia increíble y que me atendió como una reina cuando estuve allá (hace un café muy bueno); a Laura, de digital, que me escucha con una sonrisa cuando pretendo decirle cómo hacer su trabajo (luego me doy cuenta de que soy insufrible y me da pena); a Sandra, que trabaja como una hormiguita con los envíos; a Mónica, que sufre con mis portadas porque no colaboro y no tengo ni media idea de nada; a María José y todo el equipo de finanzas, que me paga puntualmente; y a todo ese equipo que hace posible que yo solo escriba y no me preocupe de absolutamente nada más, haciéndome sentir como un «autor importante».

Escribir un libro y publicarlo son dos procesos diferentes, y en Harlequin me han enseñado mucho de lo primero y todo de lo segundo. ¡Por siempre gracias!